

En el transcurso de los años, los sudcalifornianos hemos ido cambiando. a pesar de las cuentas que regularmente cobran los avances, con esa evolución ha llegado una enorme carga de productos positivos. Los vemos en las generaciones económicamente activas, en las que desde sus distintas funciones dirigen hoy día la creación maravillosa que se llama Baja California Sur: la tierra bella; la tierra “larga y lejana”; la tierra merecedora de las mejores voluntades, de los mayores legados y de todas las lealtades.

Nos hemos venido transformando, no de manera espontánea, sino a base de grandes sacrificios, poniendo “piedra sobre piedra”, con ímpetu regionalista en franca acción.

El libro que ustedes, apreciables lectores, tienen hoy en sus manos, es claro testimonio de ello. *Vidas con huella* no podría tener un título más apropiado, porque congrega en sus páginas las vidas y obras de varios personajes de nuestra entidad que, desde sus espacios de actuación, aportaron —y en algunos casos siguen aportando— lo propio, para fortalecer el entorno estatal.

Mercedes Acuña Peralta



VIDAS CON HUELLA ~ ARMIDA TORRES DE CALOCA

VIDAS CON HUELLA

ARMIDA TORRES DE CALOCA



Archivo Histórico Pablo L. Martínez



Armida Torres Valdez de Caloca (Culiacán, Sin., 1937). Viajó con sus padres por varias poblaciones de Sinaloa, hasta la edad de 4 años cuando sus padres llegaron a la ciudad de La Paz, BCS, donde vivieron hasta su muerte. En esta capital se casó y se estableció con su esposo Felipe Caloca Oros, y en ella sigue radicando.

Luego de concluir la secundaria cursó la preparatoria y luego estudios de comercio, trabajó en el sector privado e ingresó al sector público. Fue diputada local, responsable de las oficinas de prensa del IV Ayuntamiento de La Paz, de la delegación de la SEP en BCS, y del DIF estatal.

Ejerce el periodismo como columnista desde 1975. Tres años después fundó la revista *Nosotras*, primera revista fundada y dirigida por una mujer en Socalifornia. Actualmente edita la revista *California Gráfica*.

Ha escrito dos libros de cuentos, anécdotas y de pasajes de su vida y de su paso por algunas poblaciones de México y de Baja California Sur bajo los títulos de *Anécdotas, recuerdos y otras cosillas* y *Anecdotario chollero*.

En *Vidas con huella* transmite lo que en charlas informales le contaron distinguidas personas sudcalifornianas, cuya memoria, según la autora, merece recordarse y mantenerse viva.

VIDAS CON HUELLA

Vidas con huella

Armida Torres de Caloca

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. CARLOS MENDOZA DAVIS

Gobernador del Estado de Baja California Sur

PROFR. HÉCTOR JIMÉNEZ MÁRQUEZ

Secretario de Educación de Baja California Sur

DIP. PROFRA. DIANA VON BORSTEL LUNA

Presidenta de la Comisión de Educación del Congreso del Estado de Baja California Sur

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES

Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR

Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA

Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

LIC. LUIS ALBERTO ROCHÍN BÚRQUEZ

Coordinador de Difusión del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Segunda edición, 2018

ISBN 2018: 978-607-8609-18-5

D.R. © 2018 ARMIDA TORRES VALDEZ

D.R. © 2018 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,

C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito de la autora y del Archivo Histórico Pablo L. Martínez.

Impreso y hecho en México

Prólogo

En el transcurso de los años, los sudcalifornianos hemos ido cambiando. A pesar de las cuentas que regularmente cobran los avances, con esa evolución ha llegado una enorme carga de productos positivos. Los vemos en las generaciones económicamente activas, en las que desde sus distintas funciones dirigen hoy día la creación maravillosa que se llama Baja California Sur: la tierra bella; la tierra “larga y lejana”; la tierra merecedora de las mejores voluntades, de los mayores legados y de todas las lealtades.

Nos hemos venido transformando, no de manera espontánea, sino a base de grandes sacrificios, poniendo “piedra sobre piedra”, con ímpetu regionalista en franca acción.

El libro que ustedes, apreciables lectores, tienen hoy en sus manos, es claro testimonio de ello. *Vidas con Huella* no podría tener un título más apropiado, porque congrega en sus páginas las vidas y obras de varios personajes de nuestra entidad que, desde sus espacios de actuación, aportaron —y en algunos casos siguen aportando— lo propio, para fortalecer el entorno estatal.

Desde el año de 1978, la señora Armida Torres Valdez de Caloca, autora de este volumen, tomó la decisión de ir publicando, primero en su Revista Nosotras y después en California Gráfica, una serie de entrevistas realizadas a aquellas y aquellos ciudadanos cuyas existencias poseen rasgos especiales que los distinguen y que los han hecho dignos

de nuestro reconocimiento. Una parte de esa interesante producción, es la que contiene la presente edición. A través de ella, ustedes conocerán las trayectorias de mujeres y hombres admirables que, animados por su espíritu de superación, pudieron enfrentar las condiciones adversas de su medio, para desarrollarse y entregar los frutos de sus esfuerzos al servicio de los demás, en el campo de la política, de la educación, de la salud, de la religión, del comercio, del periodismo, del arte y de otras actividades muy variadas, donde ellas y ellos hicieron “camino al andar”.

Al adentrarnos en estos capítulos, nosotros, los que estamos transitando por suelo sudcaliforniano desde el siglo XX, haremos gratas remembranzas de los tiempos pasados y refrendaremos el orgullo de haber nacido o crecido en esta tierra estoica. Por su parte, los jóvenes podrán obtener respuestas a muchas de las preguntas que acaso se formulen sobre la sociedad de antaño, el ambiente familiar, las costumbres, las luchas cotidianas, las carencias, los sueños, los anhelos, y sobre lo que cada ciudadana y ciudadano han hecho en el devenir para combatir la marginación y el atraso que en otra época padecimos.

Más que un compendio de semblanzas biográficas, *Vidas con Huella* es un conjunto de ejemplos a seguir, es una demostración tangible de que las barreras que nos impone la vida sí se pueden derribar, y de que cuando volteamos a ver las estrellas —que no los abismos—, “ellas también nos miran” y nos iluminan para traducir el bien personal en bien común.

El encuentro de ustedes, amigas y amigos lectores, con este nuevo libro de la distinguida escritora y periodista Armida Torres, también los hará pasar momentos muy amenos, pues, como podrán comprobarlo, posee un estilo literario exento de complicaciones lingüísticas y una amplia capacidad para reproducir entrevistas en forma clara, sencilla y atractiva.

Tengan la plena certeza de que su lectura generará muchas y muy diversas sensaciones, así como comentarios, reflexiones y renovadas motivaciones; y la seguridad de que *Vidas con Huella* dejará una huella indeleble en sus vidas.

Mercedes Acuña Peralta

DEDICATORIA:

A mis padres.
A mi esposo.
A mis maestros.
A Baja California Sur y a toda su gente.

VOTO DE AGRADECIMIENTO:

A la profesora Mercedes Acuña Peralta,
por todo su apoyo y sus consejos
siempre acertados y bien intencionados.

A Saúl Alfredo Acuña Peralta,
por su paciencia y por su
desinteresada colaboración.

A todas las personas que me
facilitaron fotografías muy gentilmente.

Al profesor Alfredo González González,
por su invariable apoyo y amistad.

Vidas con huella

Concientes de que todos los seres humanos dejamos huella a nuestro paso por la vida, tuvimos la inquietud de entrevistar a muchas personas de nuestra comunidad, para que nos relataran su origen familiar, sus vivencias, sus sueños y si lo deseaban, dar por nuestro conducto, algún mensaje a las nuevas generaciones. Cuando el licenciado Luis Octavio Rafael Hernández León fundó en esta ciudad el diario El Tiempo, por allá en 1974, nos invitó a escribir, publicamos diariamente una columna que se llamó “Supimos que...,” pero también quisimos plasmar en la tinta y el papel las entrevistas con personas de nuestra localidad, titulamos “Vidas con huella” a esta sección, que fue semanal, inspirándonos en una película que luego se convirtió en un clásico del cine mundial, titulada “Días sin huella”, actuaba Ray Milland y la cual todavía se sigue exhibiendo en la televisión.

Al primero que entrevisté fue al doctor Carlos Estrada Ruibal, y como él era todo un personaje muy apreciado y destacado, esta entrevista tuvo mucho éxito. De ahí seguí con muchas otras, escogiéndolas por ser representativas, puntos de referencia en sus ocupaciones y profesiones. Me han faltado muchas, obviamente. Gracias a Dios tenemos mucha gente valiosa en nuestro entorno; de hecho, todo ser humano tiene algo valioso, recordemos que nuestro Creador nos hizo a su imagen y semejanza.

Cuando fundamos la revista mensual Nosotras, en noviembre de 1978, primera revista editada y dirigida por una mujer aquí, en Baja California

Sur, decidimos iniciar la sección “Vidas con Huella”, que luego seguimos publicando cuando continuamos editando la revista California Gráfica, que fundara don Miguel Guzmán Cárdenas, a petición, semanas antes de su muerte, del propio don Miguel, y que continuamos editando... hasta que Dios nos lo permita.

Esta obra recopila apenas unas cuantas de estas entrevistas, que tratamos de hacer no demasiado formales, sino más bien como una charla. Gracias a todos y a todas estas personas, vivas o a las que ya moran en otra dimensión, por haberme concedido su valioso tiempo, por haberme permitido conocer y transmitir sus vivencias y sus experiencias. Gracias también a sus familiares que me aportaron datos muy valiosos.

Gracias a las instituciones del Gobierno del Estado de Baja California Sur, al Instituto Sudcaliforniano de Cultura y al Archivo Histórico Pablo L. Martínez por ser el editor y promotor de la presente obra en su segunda edición.

Gracias a ti estimado lector, lectora, por permitirme llegar hasta ti.

Armida Torres de Caloca

La Paz, Baja California Sur, marzo de 2018

Alma Consuelo Bátiz Ríos

Taquígrafa parlamentaria bilingüe y contadora privada

(Publicado en la revista *Nosotras*, julio de 1991)



ALMA CONSUELO BÁTIZ RÍOS



Alma Consuelo Bátiz Ríos, Chelo Bátiz para sus paisanos, es oriunda de la ciudad de La Paz, y podemos decir que es una de las pioneras de la profesión de secretaria que buscaron siempre superarse. Ella es una de las más eficientes secretarias que hemos conocido. Como el 17 de julio del actual se acaba de festejar a nivel nacional el “Día de la Secretaria”, fecha instituida ¡por fin! en nuestro país, quisimos hacerles un respetuoso homenaje a todas las secretarias sudcalifornianas en activo o retiradas, quienes dentro del servicio público o privado han contribuido y siguen contribuyendo diariamente al engrandecimiento de Baja California Sur y, por ende, de México.

Chelo es hija del licenciado Eduardo G. Bátiz Blancarte, funcionario público, y de la profesora Lucila Ríos Márquez, quienes trataron de darle una buena educación, teniendo en cuenta la inteligencia natural de la niña. Cursó el jardín de niños en el Cristóbal Colón, la primaria en la escuela incorporada Emilio Carranza, su educación media en la Escuela Secundaria Federal No. 14 (hoy Secundaria José María Morelos), aquí, en su ciudad natal. Luego, apoyada por su padre, se fue a la ciudad de México, donde ingresó a la Escuela Bancaria y Comercial, para estudiar la carrera de Contadora Privada.

Deseosa de superarse, empezó a estudiar inglés por correspondencia en la Hemphill Schools y, más tarde, se trasladó a Los Ángeles, California, E.U., para asistir a esa misma escuela a tomar un curso de inglés avanzado.

Al terminarlo, y no conforme con ello, al regresar a la ciudad de México ingresó en la Escuela Comercial Administrativa (ECA), donde cursó la carrera de Secretaria Parlamentaria Bilingüe. Entonces la ECA tenía un reconocido prestigio a nivel nacional, pero también contaba con alumnado proveniente de otros países centro y sudamericanos y, obviamente, de toda la República Mexicana.

Como ya tenía el título que le había otorgado la ECA, pero en taquigrafía Pitman, decidió viajar a Guadalajara, Jalisco, siempre apoyada por su señor padre y, obviamente, con el permiso de su madre, para inscribirse en la Academia Comercial Gregg, ya que entonces el Pitman y el Gregg eran los dos sistemas taquigráficos que se usaban, pues todavía no existían ni grabadoras ni mucho menos computadoras. Chelo también obtuvo un nuevo título como secretaria bilingüe. Pero siempre combinando estudios con trabajo, dejando de descansar en sus vacaciones, regresaba a la capital del país. Así cursó estudios de nivelación pedagógica en el Centro de Estudios Superiores Rafael Dondé, durante tres años.

Chelo, durante gran parte de su vida se mantuvo estudiando. Al terminar sus cursos de nivelación pedagógica, se inscribió sucesivamente en el Centro Nacional Profesional, de la ciudad de México; lo que le ocupaba buena parte de sus vacaciones, pues tomó nueve cursos, uno detrás de otro, y así fue durante varios años. Ella empezó a trabajar muy jovencita. Tiene una larga trayectoria profesional y laboral. Esto le ha valido el reconocimiento de sus jefes y compañeros de trabajo. Fue *Foreign Clerk* por espacio de cinco años, trabajando en el Viceconsulado de los Estados Unidos de América, con sede en la ciudad de La Paz; durante seis años, todo el período de la Segunda Guerra Mundial, en la Aduana Marítima como oficial 5º, aquí en este puerto. Gracias a su capacidad, fue invitada a trabajar por seis meses como secretaria taquígrafa del director general de Aduanas, en la capital del país. Cuando se fundó en la ciudad de La Paz la Escuela de Enseñanzas Especiales No. 27, dirigida por la profesora Concepción Casillas Segume (escuela que hoy lleva el nombre de la destacada maestra sudcaliforniana), Chelo impartió la cátedra de Enseñanza Tecnológica. Convertido este plantel en la Escuela Técnica Industrial y Comercial, la ETIC, siguió impartiendo la misma cátedra. Luego, cuando

el Valle de Santo Domingo era un emporio algodonero, en las décadas de los cincuenta y sesenta, ella trabajó en la Industrial Algodonera de La Paz, la famosa INALAPA. Ocupó el cargo de secretaria de la gerencia general durante cinco años, luego la empresa se debió liquidar por incosteabilidad, a principios de los sesenta, y Chelo fue indemnizada con excelentes recomendaciones, ya que siempre se distinguió por su eficiencia en el trabajo, además de que ella traducía toda la correspondencia que llegaba o se enviaba, tanto a Japón como a Estados Unidos y Canadá, clientes de la INALAPA.

Luego Chelo ingresó a trabajar en el hotel “Los Cocos”, de esta ciudad, en el departamento de Reservaciones. “Los Cocos” era uno de los mejores hoteles de Baja California Sur y del noroeste. Ahí se encargaba de la correspondencia recibida y contestada en inglés. Tiempo después laboró como oficial administrativo en la Escuela Secundaria Federal para Trabajadores, donde tuvo como compañeros y compañeras a personas con las cuales mantuvo su amistad por muchos años. Algunas de ellas todavía viven.

Entre sus gratos recuerdos está el profesor Marcelo Rubio Ruiz. Esta escuela fue fundada por varios maestros, entre ellos el propio Marcelo y el profesor Miguel Liera Ibarra, plantel que hoy lleva orgullosamente el nombre de este distinguido maestro sudcaliforniano, quien sería su director fundador. Por varios años, Chelo fue también secretaria particular del gobernador del Territorio. Recuerda que le hacía trabajos de traducción al general Francisco J. Múgica y a su esposa, doña Carolina Escobedo de Múgica. Trabajó con el general Agustín Olachea Avilés; con el general Bonifacio Salinas Leal trabajó todo el tiempo que fue gobernador, y luego trabajaría por algún tiempo con el licenciado Hugo Cervantes del Río.

Chelo también fue maestra de Enseñanza Vocacional en el CBTIS 62, de esta ciudad. Nos dice que los empleos de 1949 a 1985 fueron desempeñados de manera compatible, autorizados por la Dirección de Egresos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, y, posteriormente, por la Secretaría de Programación y Presupuesto.

Ella casó en su juventud con Manuel Salgado Salgado, ya finado, y de su matrimonio nacieron dos hijos: Guadalupe Judith, que es secretaria

médica trilingüe, egresada de la Universidad Femenina de México (por cierto, fundada durante el sexenio del licenciado Miguel Alemán Valdés, por la señora Adela Formoso de Obregón Santacilia, quien fuera su directora durante muchos años). Lupita se casó y tiene una hija. El segundo hijo es José Manuel, médico ortopedista traumatólogo, egresado de la UNAM y radicado en esta capital. Él trabaja en el ISSSTE y atiende su consulta privada.

Chelo Bátiz tuvo una vida mayormente dedicada al trabajo y a superarse. La calificamos de taquígrafa parlamentaria bilingüe únicamente por falta de espacio, pero vemos también que es contadora privada y profesora. A lo largo de su vida ha conocido muy poco el descanso. Pero no es una mujer frustrada, al contrario. Si algo le hemos reconocido siempre es que se siente realizada, muy realizada, como mujer. Con una vida llena de satisfacciones y de sufrimientos, pero que no se ha amargado. Con alegrías y tristezas. Una vida plenamente vivida. Tiene un ingenio natural y una rapidez mental dignos de admirarse. Una inteligencia innata que le permitió superarse y salir de la mediocridad. Pero también es una mujer de nobles sentimientos. Chelo se ha dedicado en estos últimos años a cuidar a su madrina, la profesora Conchita Casillas Seguame, quien con más de un siglo de vida, requiere de muchos cuidados y, sobre todo, de mucho amor. Pero Chelo también se da tiempo para participar en sus labores altruistas. Está en el Comité de Voluntarias de la Cruz Roja, es miembro activo de la Asociación de Mujeres Profesionistas y de Negocios de B.C.S., y toma parte en tareas de auxilio a la comunidad.

Esta entrevista la publicamos hace nada menos que veinte años. Chelo está retirada del servicio activo. La profesora Conchita, su querida madrina, murió hace años. Hoy Chelo tiene la compañía de sus nietos y bisnietos. Al hacer un recuento de su vida, nos dice que le da gracias a Dios por haber sido testigo de tantos acontecimientos en nuestra historia local y nacional. Vive amparada con el cariño de su familia y de sus muchísimas amistades. Varias se le adelantaron en el viaje eterno, pero ella sigue cultivando las que tiene y a otras que ha ido haciendo a lo largo de su vida.

Ella es una de nuestras valiosas mujeres sudcalifornianas.

Lic. Jesús Antonio Álvarez Rico

Un ejemplo a seguir: recordando
(Publicado en la revista *Nosotras*, mayo de 1981)



LIC. JESÚS ANTONIO ÁLVAREZ RICO



Carlos Domínguez Tapia, nuestro recordado amigo, periodista, escritor y humorista inigualable, nos dice en su libro *Forjadores de Baja California*, refiriéndose al licenciado Jesús Antonio Álvarez Rico, que el distinguido profesionista nació en San Martín Hidalgo, Jalisco, el 13 de junio de 1943, radicando desde niño en el Territorio de Baja California Sur, a donde vinieron sus padres a sumarse a los pioneros que llegaron a abrir al cultivo las tierras del Valle de Santo Domingo. Licenciado en Economía, egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1971; presentó su tesis profesional bajo el rubro “El arrendamiento como medio de financiamiento”. De regreso a la media península, fue oficial mayor de Gobierno en 1973, siendo gobernador de Baja California Sur el ingeniero Félix Agramont Cota. Presidió la Comisión Electoral y firmó la Constitución Política de Baja California Sur, como secretario General de Gobierno, por ministerio de Ley (15 de Enero de 1975). Fue diputado por el VI Distrito local electoral en la primera legislatura del estado, 1975-1978; vicepresidente y presidente del Congreso estatal en 1976 (hasta aquí lo reseñado por Carlos Domínguez Tapia).

Poco después, al terminar su responsabilidad como diputado local, el licenciado Jesús Antonio Álvarez Rico fue delegado para el estado, de la Secretaría de Industria y Comercio. Ocupaba este cargo cuando se mató en un accidente automovilístico, cerca de Ciudad Constitución, municipio de Comondú, en las tierras de su querido Valle de Santo Domingo.

Y esto fue lo que escribimos, a raíz de su trágica muerte:

Nos enteramos de tan lamentable noticia, de labios de Gloria Davis de Bezinger, quien, muy consternada, nos comunicó la terrible noticia por teléfono. No podíamos asimilar, como ella y como todos los que conocíamos al joven comundño, que una persona tan valiosa, desapareciera del mundo de los vivos en forma tan trágica. Cuando frente a él tenía un porvenir tan promisorio, cuando tenía todo lo necesario para ser feliz: una hermosa familia, una bonita y amorosa esposa, tres hijos varones que lo necesitaban, su profesión, su situación económica perfectamente cimentada. Pero nadie tiene la vida comprada, y constantemente estamos recibiendo pruebas de ello.

Pero la realidad era demasiado dura de afrontar. Así que cuando las esperanzas de una equivocación sobre su deceso se vinieron abajo, y ya no quedaron dudas, le pedimos al licenciado Matías Amador Moyrón y a su esposa Rosa María Savín de Amador, que nos permitieran integrarnos a la comitiva que, encabezada por ellos, iría a Ciudad Constitución para estar presente en el velorio y en el posterior entierro del licenciado Álvarez Rico. El licenciado Amador Moyrón, como Presidente del IV Ayuntamiento de La Paz, presentaría las condolencias del pueblo paceño. Toño Álvarez Rico era su compadre muy querido.

También era amigo muy estimado y respetado de mucha gente, benefactor de tantos jóvenes de escasos recursos del Valle de Santo Domingo, a los que sin publicidad de ninguna clase, Toño les tendía su mano, sin que casi nadie se enterara. En Toño encontraron siempre la mano extendida, franca y generosa, que les brindó apoyo moral y económico para que siguieran estudiando.

Con toda sinceridad, al llegar, esperábamos encontrarnos con un cuadro muy triste, con el llanto angustiado y desesperado de toda su familia, con el dolor de su joven esposa, de su señora madre y de sus hermanos. Afortunadamente, sus hijos eran todavía muy pequeños para darse cuenta de la magnitud de la tragedia. A nuestra llegada nos encontramos con la sorpresa de encontrar a una familia verdaderamente católica, que

realmente practica su religión como Cristo deseó, con una madre que con su conducta espartana calmaba la angustia de todos, propios y extraños.

Ante el féretro de su hijo adorado, doña Lolita oraba constantemente, rezando la oración que el propio Cristo enseñara a sus apóstoles, el Padre Nuestro. Pero también rezaba una oración muy suya, salida de lo más profundo de su corazón y que a todos nos calaba muy hondo, al grado que no podíamos musitar palabra alguna, excepto oírla a ella:

Señor, con lágrimas de alegría recibí a mi hijo Antonio. Hoy, con lágrimas de dolor lo despido. Pero mis lágrimas, Señor, no son de rebeldía. Son lágrimas de angustia por la pérdida de mi hijo adorado. Pero acato, Señor, tu voluntad. No me rebelo a ella. A ti te lo entrego, y te doy las gracias por haberme permitido tenerlo a mi lado todos estos años. Fue muy buen hijo, Señor. Júzgalo y perdónalo si en algo falló, para que así pueda gozar de tu presencia para siempre. Llévatelo a tu lado. Señor. Yo acato tu sagrada voluntad. Dame fuerzas únicamente para ayudar a Chayito y a sus hijos, como ayudé a Toño.

Se hizo el silencio más profundo. Únicamente se escuchaba el sollozo de hombres y mujeres, de jóvenes y adultos. Sin embargo, nadie osaba llorar abiertamente. Ella nos ponía el ejemplo de lo que es la verdadera resignación cristiana.

A su lado, Chayito López de Álvarez Rico, la joven esposa, también lloraba. También pedía para su Toño el perdón por alguna falta involuntaria, con la plena seguridad de que no hubo en el amado esposo ninguna intención de ofender a nadie.

Y ante la tumba abierta de la fértil tierra del Valle de Santo Domingo, de esa tierra generosa sí, pero también cruel, que tantas vidas valiosas ha costado, pensábamos que, sin duda, la familia Álvarez Rico, como las demás familias de los pioneros valledominguinos, estaban hechas de un material casi indestructible, a las que nadie podía vencer, sólo la voluntad divina.

Con razón llegaron a forjar para ellos y los suyos un nuevo hogar. Vencieron al desierto, aunque éste les cobre con creces tal afrenta. Y comprendimos que los colonos del Valle de Santo Domingo tienen el mismo

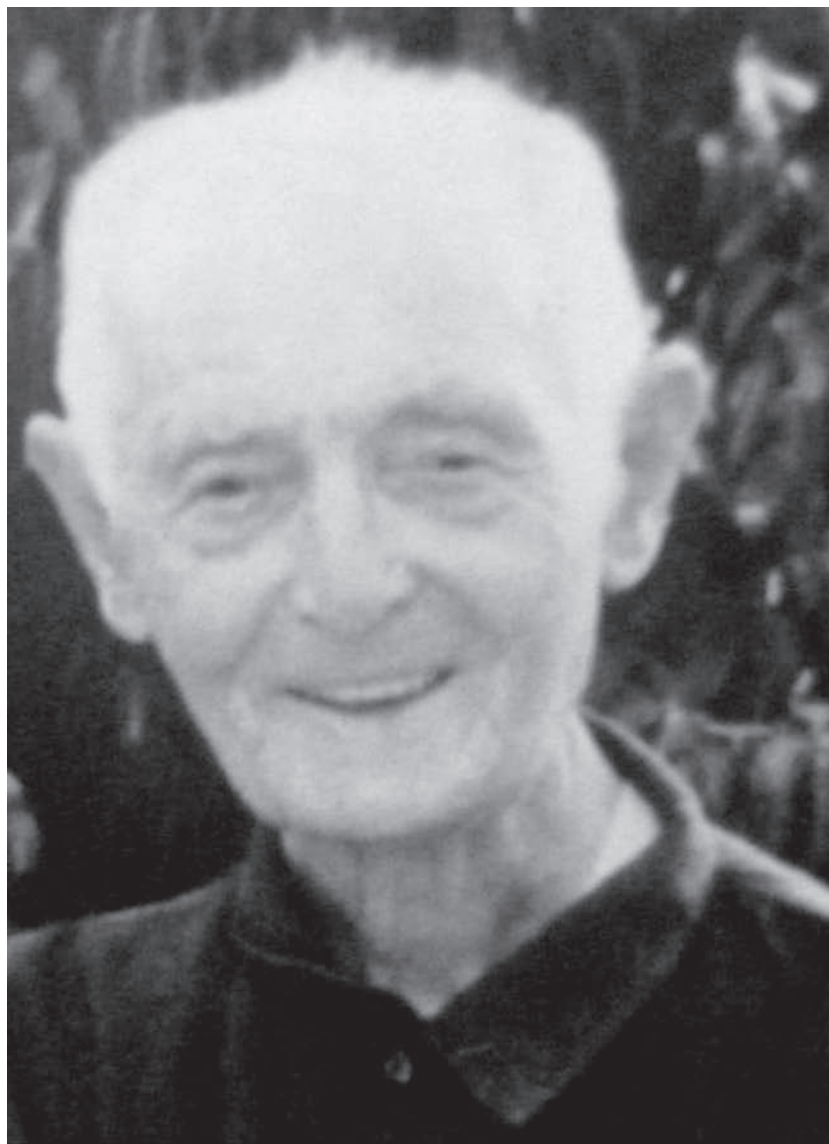
espíritu de los grandes luchadores. Han sido como los héroes legendarios, por ser vencedores de la adversidad.

Toño murió el 23 de mayo de 1981, nos recuerda el periodista y gran amigo de Toño Álvarez Rico, su paisano comundeño. Pero ambos, Jesús Chávez Jiménez y yo coincidimos, como muchos de los que conocimos al joven economista, en que ante él se abría un abanico de posibilidades. Probablemente hubiera sido presidente municipal de Comondú, diputado federal, senador y, a lo mejor gobernador del estado. Cuando menos, esto lo damos por seguro: hubiera sido uno de los pretensos a la gubernatura dentro de su partido, el PRI, donde militó desde muy joven.

En la ciudad de La Paz, una calle lleva su nombre; y esperamos que al recordarlo, las jóvenes generaciones sepan quién fue el licenciado en Economía, Jesús Antonio Álvarez Rico, un gran valor sudcaliforniano.

Monseñor Juan Giordani

Misionero comboniano



MONSEÑOR JUAN GIORDANI



Los datos que tenemos nos dicen que nació el 20 de marzo de 1903, en Lanzada Sondrio, Italia. De 1925 a 1931 hizo estudios eclesiásticos en Venegono y Troia, Italia. El 22 de marzo de 1931 fue consagrado sacerdote en la Catedral de Foggia, Italia. De 1931 a 1936 fue formador en el Seminario Comboniano de Italia. De 1936 a 1941 fue misionero en Etiopía y otros países africanos. De 1941 a 1946, capellán militar y prisionero de guerra en Kenia y Uganda, en África. Regresó a Italia cuando fue liberado, y de 1946 a 1955, ejerció como maestro de novicios en su país natal. De 1955 a 1956, representante del Superior General de los Combonianos en España.

En 1956 llega a nuestro país y en sus dos primeros años se desempeñó como fue padre provincial; de 1958 a 1976, prefecto apostólico para Baja California Sur; de 1977 a 1979, encargado de la animación misionera en Italia; de 1979 a 2001, vicario episcopal para las rancherías de la zona norte del municipio de La Paz y sur de Comondú, con sede en Las Pocitas, de la delegación municipal paceña de Los Dolores.

Los habitantes de esa extensa zona, una de las más marginadas del estado, afirman que el padre Juanito, como ellos lo llamaban cariñosamente, bautizó a la comunidad de Toris, del municipio de La Paz, como Santa María de Toris.

Monseñor Juan Giordani murió tras una larga enfermedad, en la ciudad de La Paz, el 28 de enero del 2001.

Juan Giordani también participó como padre conciliar en el Concilio Vaticano Segundo. El gobierno italiano le otorgó el reconocimiento al mérito “Caballero de Italia”. A su muerte, fue enterrado a los pies del Santísimo Sacramento, su gran amor, en la Catedral de Nuestra Señora de La Paz, en la capital de Baja California Sur, muy cerca del pueblo al que ofrendó gran parte de su fructífera vida como misionero de la orden de Daniel Comboni.

Ésta es una biografía muy resumida de la vida de monseñor Giordani, que nada nos dice de los sufrimientos, las angustias, las penurias y las torturas sufridas por este santo varón para difundir la fe en Cristo.

Monseñor Juan Luis Giordani Nana, pertenecía a una familia de clase acomodada de Italia y, por lo tanto, no tenía ninguna necesidad de sufrir penurias, torturas, enfermedades y hambre. Pero Dios lo llamó a su servicio y él dejó sus bienes materiales, su familia, sus afectos y su patria; una vida bien asegurada, para llevar la luz de la fe a otras tierras. Baja California Sur tuvo la fortuna, la bendición divina, de contar con misioneros que trajeron la luz y la esperanza a sus habitantes, entre ellos los misioneros combonianos, que han dejado una profunda huella en esta media península. Al Padre Juanito, en la zona de Las Pocitas, municipio de La Paz, y en el sur del municipio de Comondú, sus pobladores lo recuerdan con mucho cariño, con verdadera veneración, y lo consideran un santo.

Él se identificó plenamente como uno de ellos. Recorría frecuentemente toda esa zona, sus rancherías tan dispersas, con tan poca población, y compartió con ellos sus necesidades, su pobreza, su marginación, su abandono, su miseria y sus hambrunas. Las compartía como un miembro más de esas familias, con una sonrisa en los labios, sin quejarse. Con una fe y una alegría que transmitía a los lugareños, a quienes les llevó fe, esperanza y caridad, la fe en Cristo y el amor a la Virgen María.

Esto lo comprobamos personalmente en las giras de trabajo que hicimos por esa zona, acompañando a algún funcionario público, diputado, presidente municipal o gobernador del estado, a alguna presidenta del DIF, estatal o municipal. Nos impactaba el cariño, el respeto y la veneración que sentían por monseñor Juan Giordani.

Cuando murió el padre Juanito, se ofreció una misa de cuerpo presente en la Catedral de Nuestra Señora de La Paz, por monseñor Gilberto Balbuena Sánchez, primer obispo de la diócesis paceña, quien precisamente la recibió de monseñor Juan Giordani. En su sermón, el obispo Balbuena, refiriéndose a monseñor Giordani, dijo que: "...fue un hombre de fe, de oración, de humildad, de servicio y obediencia". Virtudes que retratan fielmente a este sacerdote comboniano.

Pero la veneración que muchos sudcalifornianos le dispensaron al padre Juanito, no debe de quedar sólo en eso, en buenos recuerdos, llantos o veneración. Debe ir más allá, se deben buscar la beatificación y hasta la canonización de este santo varón que dedicó su vida a servir, a amar a Dios y a su prójimo.

Muchos aseguran que han solicitado la intervención de este misionero comboniano y que ya han recibido buenas respuestas a sus plegarias. Tan buenas, que las consideran verdaderos milagros. Otros están convencidos de que monseñor Juan Giordani poseía el don de la ubicuidad, porque lo vieron y platicaron con él aquí, en la ciudad de La Paz, mientras se encontraba postrado en su lecho de dolor, sin poder levantarse, allá en Las Pocitas, y esto lo comprobaron sin lugar a dudas con los propios lugareños y personas que lo cuidaban. Otras personas más dicen que el comboniano levitaba, que lo vieron caminar y hasta subir escaleras sin tocar el piso ni los escalones. Y quienes esto cuentan, no son personas ignorantes, de mente débil ni fácil de sugestionar.

Nuestra iglesia y los creyentes, bien podrían hacer una investigación al respecto. Así se aclararían estas versiones. Pero eso sí, la fe y el amor que en Baja California Sur se le tiene a monseñor Juan Giordani, es muy real.

Aída Castro de Domínguez

Una mujer plenamente realizada



AÍDA CASTRO DE DOMÍNGUEZ



Pertenecía a una conocida familia paceña. La conocimos desde siempre, y la tratamos muy de cerca por unas tres décadas. Hija de don Juan Manuel Castro y de doña Guadalupe Castro de Castro, tuvo cuatro hermanos: Juan Manuel, Rubén, Luis, Héctor y Arturo. Casada felizmente con el ingeniero Francisco Domínguez Salgado. Procrearon cuatro hijos: Francisco, Nora, Fernando y Napoleón.

De ella, puede decirse que siempre se destacó por su sencillez, su sobriedad en el vestir y en su arreglo personal.

Era de carácter firme, pero bondadoso. Incapaz de dobleces o de falsedades. Inspiraba confianza plena. A pesar de que nació en el seno de una familia con buena situación económica, nunca se envaneció. Tendía su mano generosa a quien necesitaba, ofreciendo su ayuda moral o material calladamente, sin hacer alarde de las aportaciones materiales o de los consejos que daba. Nunca hacía referencia a su buena posición económica y social; decía que hacerlo era de muy mal gusto. Era sencilla por naturaleza. Su familia y sus numerosas amistades coinciden en que supo ser buena hija, buena hermana, buena esposa y buena madre. Amiga sincera.

Su mundo estaba centrado en su hogar, junto a su familia. Era feliz de atender a su esposo, a su hija, a sus hijos, y a los nietos y nietas que les fueron llegando. Mantenía su casa impecable, decorada con muy buen gusto, demostrando con esa sencillez su buen gusto, y que reflejaba su personalidad elegante y sin excesos.

Tenía mucho sentido del humor, era bromista. En el seno del hogar fue Paco, el esposo y el padre, el que siempre llevó el mando; pero, indiscutiblemente, era Aída la que guardaba el equilibrio. Sin embargo, nunca fue una mujer sumisa. Sabía hacerse oír y respetar, y fue muy bien valorada y respetada. Sabía escuchar, y opinaba de acuerdo a lo que le dictaba su conciencia. Era una mujer de gran sensatez.

Nunca demandó lujos ni los necesitó. Se enorgullecía de vivir y amoldarse a lo que su esposo podía darle. Se sintió realizada plenamente como ama de casa. Un día se sintió mal. Su médico le detectó algunos problemas del corazón. La operaron y lograron salvarle la vida; pero debía permanecer bajo vigilancia médica en cuanto sintiera la menor molestia. Para festejar su “resurrección”, como decía sonriente, ella y Paco se fueron a pasear. Tomaron un crucero para recorrer varios países de Europa, y aunque ya habían hecho otros viajes al extranjero con sus hijos, en esta ocasión quisieron ir solos, en una nueva luna de miel.

Al poco tiempo de haber regresado a La Paz, Aída empezó a sentirse mal. Sus médicos le diagnosticaron un cáncer agresivo, que en pocos meses minó su salud y acabó con su vida. Poco antes de que ella muriera, había fallecido Graciela Nevares, la esposa de Rubén, su hermano. Para Aída, Graciela había sido más que su cuñada, su hermana, la hermana que nunca tuvo.

Aída murió dejando a todos sus seres queridos sumidos en el dolor y un gran vacío entre sus amistades, muchas de ellas iniciadas desde la infancia y los años juveniles. Vimos cómo Paco se derrumbaba ante la irreparable pérdida. Un día, platicando con él, nos contó que muy seguido soñaba a Aída, pero que hubo un sueño que lo impresionó mucho:

Estaba yo en Todos Santos, y una noche soñé a Aída como si estuviera viva. La vi entrar feliz y sonriente. Me abrazó muy fuerte y me dijo que ya no la llorara, que ella estaba en un lugar muy bonito, que un día volveríamos a estar juntos, como lo estuvimos durante los casi cincuenta años que duró nuestro matrimonio.

Le dijimos a Paco que quizá no había sido un sueño; que Dios Nuestro Señor, viendo que su dolor era muy grande, le permitió a Aída estar unos momentos con él, para consolarlo y recordarle que hay otra vida.

Aída Castro de Domínguez fue una gran señora, el eje de su hogar y representante genuina de los mejores valores de la mujer sudcaliforniana, de la mujer mexicana. Ella, que se sentía tan plenamente realizada como mujer, madre de familia y ama de casa, también gustaba de que la identificaran, al referirse a su persona, como Aída, la de Paco. Pues así hay que recordarla: como Aída, la de Paco.



Profr. Silvestre Hiraes Carballo

Un gran ser humano y maestro ejemplar



PROFR. SILVESTRE HIRALES CARBALLO



Las nuevas generaciones de sudcalifornianos deben de saber quién fue el profesor Silvestre Hirales Carballo. Nació en la ciudad de La Paz, capital del Territorio Sur de la Baja California, el 29 de agosto de 1912. Sus padres fueron Romualdo Hirales Ortega y Rosa Carballo Félix. Como era natural en esos años, el matrimonio tuvo muchos hijos, de los cuales sólo sobrevivieron unos cuantos. A Silvestre, el hijo menor, le decían cariñosamente Tete, apodo que se le quedó para siempre y así fue conocido por sus familiares, amigos y alumnos, en toda la comunidad.

Pero dejemos que sea él mismo quien nos narre su vida, tal y como nos la contó cuando lo entrevistamos por el año de 1979, para la Revista Nosotras.

“Cursé mis estudios primarios en las escuelas ‘48’ y ‘Bonifacio Topete’, que era una escuela muy humilde; estaba ubicada donde luego estuvo el taller de Juan Agruel, contra esquina de la casa de la familia Cosío. Al terminar la primaria, ingresé a la Escuela Normal Regional. De aquella generación, recuerdo a Francisco Cardoza Carballo, que luego estudió Medicina; a Lorenzo López; a Rosalba Piñeda Chacón; a Atanasio Carrillo, que luego estudió ingeniería; y a Julia García de Ojeda. Estuve trabajado un tiempo en Santiago, y de ahí me fui a la ciudad de México a continuar estudiando.

Luego estuve trabajando en Tamaulipas durante cuatro años. De mi estancia en aquel estado, recuerdo con mucho cariño a su gente. Se

portaron maravillosamente conmigo. Son gente muy hospitalaria, muy amable y muy franca. Trabajé en la Comisión de Irrigación, en la Comisión Agraria Mixta y así recorrí más de veinte estados, junto con el ingeniero Atanasio Carrillo y José María Aréchiga. Recuerdo que hicimos un viaje de estudios y lo hicimos a pie, viajando por los estados de Veracruz, Oaxaca y Chiapas, llegando a la frontera con Guatemala.

De mi infancia recuerdo que cuando estaba cursando el segundo año de primaria en la '48', la famosa escuela de la Tenería, siendo su directora la profesora Josefa Cota viuda de Valencia, se me ocurrió amarrar las trenzas de dos niñas a un mesabanco, las que, por estar platicando, ni cuenta se dieron; pero al levantarse, el jalón de pelo les dolió mucho; lloraron y me fueron a acusar. Me regañaron, y yo creí que ahí iba a quedar la cosa; pero días más tarde, venía yo con mi papá, que me traía de la mano, cuando vamos encontrando a la profesora Chepa, que era media pariente de nosotros, y mi papá le preguntó: —Oye, Chepita, ¿y cómo se porta mi muchacho? Viéndome, la profesora le respondió: —Muy mal, es muy grosero y muy travieso. Luego le platicó a mi papá lo que yo les había hecho días antes a unas niñas. Mi papá nada dijo, pero llegando a la casa descolgó una reata, de esas de cuero trenzado, y me pegó de reatazos. Nunca se me olvidó por qué me había pegado, y nunca lo volví a hacer.

Uno de los recuerdos que más me han impresionado en mi vida, es que cuando todavía estudiaba en la Bonifacio Topete, y el país estaba en plena Revolución, asesinaron al presidente Venustiano Carranza, lo que causó mucha indignación aquí, como en todo México. A mí me dio la noticia Juan Vives Lucero.

De los maestros de aquella época de la Normal Regional, recuerdo con mucha admiración a Jorge Alvarado, a Margarita Silver, Catarino Galván Santos, y al que más tarde fue director de Educación, el profesor Pedro González Orduño. Un modesto profesor, sumamente sencillo, maestro por verdadera vocación. Precisamente por andar arreglando asuntos relacionados con la escuela, al salir de unas oficinas, allá en la ciudad de México, fue atropellado por un automóvil. Recuerdo a Refugio 'Cuco' Angulo, a Luis Peláez Manríquez, al profesor y doctor Francisco 'Lico' Cardoza Carballo, al doctor Raúl Carrillo Salgado, a Josefina y a Jovita

Meza Olmos, a Juan Jiménez, al doctor Enrique ‘Plique’ Von Borstel, al profesor Benito Beltrán, a Teófilo Encinas Cuadra, a Guadalupe e Isabel Macías, a Humberto Muñoz Zazueta –quien primero había sido nuestro alumno y luego fue nuestro compañero maestro–, a Sebastián Fernández Liera –‘El Tián’–, a Ignacio Famanía –‘El Chito’–, a Carlos Moreno –‘El Chale’– y a Emilio Mendoza Mouet –‘El Milo’–; los cuatro últimos, inolvidables maestros de deportes.

Yo entré a trabajar a la secundaria José María Morelos como catedrático, en 1938. Daba matemáticas en el segundo y tercer grados. También impartía las cátedras de física, dibujo constructivo y química. Los maestros de entonces teníamos que estar preparados para todo, porque en ese tiempo no había tantas especialidades. Como la secundaria contaba sólo con un raquítico presupuesto, no nos podían pagar mucho; así que, aunque impartiéramos muchas horas de clases, nos pagaban..., si bien nos iba, sólo la mitad de éstas. Yo daba muchas horas de clases a la semana, y me pagaban sólo siete horas; pero como sabíamos que de no cooperar nosotros, la secundaria desaparecería, aceptamos. Comprendimos que la secundaria era vital para el Territorio, que tenía que preparar a sus nuevas generaciones. Sin embargo, a pesar de las penurias, esa época la recuerdo con mucho cariño. Los compañeros maestros, todos fueron maestros por vocación, no importaban tanto las plazas.

También recuerdo al doctor José Torre Iglesias y a su hermano, el licenciado Manuel Torre Iglesias, y anteriormente a Luis Moreno Uruchurtu, a Emilia Vermot, a Francisco Jerez Angulo, a Ángel Bello y Gómez. De mi época de profesor de secundaria, también recuerdo a mi hermana Josefa Chepita Hirales Carballo de Díaz, a Fernando de la Toba –entonces bibliotecario y un excelente pintor–, y al profesor Raúl Pérez Amador.

Todos ellos, compañeros y maestros inolvidables. Con ellos la secundaria José María Morelos vivió su época de oro, época romántica. Esto no quiere decir que yo menosprecie la época actual, pero aquélla fue una época muy dura para nosotros los maestros, porque como también el gobierno del Territorio tenía un presupuesto muy raquítico, no podía pagarnos, pues los sueldos venían de la ciudad de México y a veces tardaban hasta seis meses en pagarnos. Como Hirales es un apellido poco común

por la capital del país, las secretarías siempre se equivocaban, y cuando no me ponían Mireles, me ponían Hilario, y naturalmente, el pagador o el cajero no me pagaban; así que tenían que enviar o hacer la corrección hasta la ciudad de México, y el colmo fue, porque también me pasó, que la corrección ¡también estuviera equivocada! Total, eternamente me estaban debiendo sueldos.

Recuerdo también que durante la Revolución, debido a la situación por la que atravesaba el país, había menos recursos, y el Territorio Sur de la Baja California estaba peor que el resto de la República; entonces, a los pobres maestros les pagaban con un recibo firmado por el director de la escuela en donde prestaban sus servicios, y mister William Westerman, un comerciante radicado en La Paz, compraba los recibos para después cobrárselos al gobierno, previo el pago de intereses, desde luego. Ser maestro en aquellos tiempos, y después, cuando nuestra situación no mejoraba, fue muy duro. Una odisea. A diario teníamos que preparar nuestras clases. Dábamos varias materias cada uno. Además, debíamos estar dispuestos a aguantarnos sin que nos pagaran durante meses y meses, y aunque muchos compañeros tenían otros medios de vida, la mayoría vivíamos únicamente de nuestro sueldo como catedráticos en la secundaria Morelos primero, y luego en la Normal Urbana.

Pero, ¿recuerdas, Armida? Entonces estaba como director de los dos planteles mi tío, el profesor don Domingo Carballo Félix, y para mí, sin pensar en el parentesco, él ha sido el maestro más grande que tuvo la Baja California Sur. Completamente dedicado a su profesión y profundo conocedor de la psicología humana. Acuérdate que nunca regañaba, llamaba la atención únicamente, pero todos le temíamos a su sarcasmo. Con eso nos dejaba inermes. Pero eran otras generaciones, el miedo era muy distinto. Ustedes, como alumnos, también eran de otro carácter, muy guerristas, muy traviosos, pero nunca majaderos. Yo te lo digo, Armida, en todos mis años de maestro de secundaria, desde 1938 a 1970, cuando me retiré por enfermedad, nunca tuve problemas con mis alumnos, ni con mis compañeros... y hay algo que también recuerdo con especial cariño: la formación de la Escuela Preparatoria Morelos, que se creó casi como otro sueño romántico, sin recursos y a puro valor mexicano.

El ingeniero Ignacio Vargas, los profesores Humberto Muñoz y Fabián Rosales, y otros más, fueron los que entraron a la guerra sin fusil, sin percibir ni esperar retribuciones, hasta que más tarde la escuela adquirió forma. Pero todos con gran entusiasmo. También muchos profesionistas nos ofrecieron su cooperación. Sentimos que así como habían sido necesarias la secundaria y la Normal, también ya era indispensable la preparatoria, para que arraigara a nuestros jóvenes otros pocos años; para que les impidiera irse tan jóvenes a correr mundo, lejos de sus padres, lejos de su gente y, sobre todo, para darles oportunidad a tantos y tantos jóvenes de escasos recursos que podían adelantar más en sus estudios, ahorrando gastos.

Precisamente, en la secundaria Morelos me dieron dos infartos, y te contaré algo que me emociona y me emociona mucho, algo que recuerdo con mucha gratitud. Yo sabía que tenía que guardar reposo si quería sobrevivir. Me lo dijeron los médicos que me atendieron, pero también sabía que faltaba como un mes para que el año escolar terminara. Entonces los muchachos tenían que prepararse para entrar a la preparatoria o a la Normal a presentar su examen de admisión y también los que terminaban la preparatoria debían prepararse, valga la redundancia, para irse a continuar sus estudios profesionales fuera del Territorio. Entonces, yo no podía olvidarme de mis obligaciones, de lo que consideraba como mi exclusiva responsabilidad. Así que decidí volver a dar clases, pero recuerdo que el profesor Humberto Muñoz y el resto de mis compañeros maestros, organizaron las cosas de tal manera que yo daba mis clases en el piso de abajo, así no tenía que subir escaleras.

También hablaron con los muchachos y ninguno me molestó, ¡y eran diez grupos!, siete de secundaria y tres de preparatoria; pero repito, ninguno de mis alumnos, en ningún momento se insubordinó. Nadie hacía el menor ruido. Todos me escuchaban en silencio y con atención. Así terminamos el año, sin ningún problema. Eso es algo que a mí, como maestro, me emociona, te repito. Algo que nunca podré olvidar, fue que maestros y alumnos ayudaron a mi recuperación con su conducta ejemplar.

De mi vida como maestro, es lo que te puedo contar. De mi vida privada, te diré que con mis padres fui feliz. En 1940 me casé con una maestra, Mercedes Beltrán Castro. Entonces ella trabajaba en la Escuela

27, de Pueblo Nuevo, en esta ciudad. Luego iría a trabajar a la escuela Melchor Ocampo, también en La Paz. Procreamos dos hijos: Mercedes y Leopoldo Silvestre. Mercedes, la Pipi para sus padres y familiares, está casada con Francisco Abaroa. Nuestros nietos también nos han dado muchas satisfacciones. Tanto Mercedes como Polo han salido muy buenos hijos”.

Cuando le pedimos al profesor Tete que nos deje algún mensaje para quienes fuimos sus alumnos, pero también para las nuevas generaciones, nos responde:

De ustedes, de los que fueron mis alumnos, me siento muy orgulloso de que hayan sabido superarse, que sean hombres y mujeres de provecho. Ya ves, muchos han destacado a nivel nacional, y me produce una gran satisfacción haber contribuido a prepararlos. Que procuren que nuestro estado no se sature de profesionistas. Nos hacen falta muchos técnicos, muchos artesanos. Hay muchos médicos, ingenieros, abogados, arquitectos, contadores públicos; pero no tenemos técnicos en pesquería, ni en agricultura, ni en minería.

Y el profesor Tete agregó que “...nos hacen falta buenos electricistas, fontaneros, carpinteros, pero responsables y con amplios conocimientos. En eso debemos tener mucho cuidado, el estado debe programar y orientar su educación. Finalmente, te diré que todos ustedes, mis alumnos, pero también las nuevas generaciones, deben de seguir superándose siempre, aunque pasen los años, pero sobre todo, nunca deben olvidar los verdaderos valores... los valores morales”.

Hasta aquí llegó aquella entrevista con mi querido, admirado e inolvidable maestro, Silvestre Hirales Carballo. El profesor Tete murió el 14 de mayo de 1981, de un ataque al corazón, un día antes del Día del Maestro. Murió físicamente, pero su recuerdo sigue muy vivo en aquéllos que tuvimos el gran honor de ser sus alumnos. Y queremos que las nuevas generaciones de sudcalifornianos y de mexicanos, sepan quién fue el profesor Silvestre Hirales Carballo, un gran maestro en esta tierra, que es cantera de maestros.

María Salgado de Sotelo

Valiosa mujer sudcaliforniana



MARÍA SALGADO DE SOTELO



Es una mujer que ha participado en la vida de la comunidad. Nació en San Antonio, B.C.S., donde cursó su educación primaria. Luego vino a la ciudad de La Paz, a cursar la secundaria y una carrera comercial. Muy joven se casó con Arturo Sotelo y Canett, procreando seis hijos: Arturo, Gonzalo, Blanca, Sandra, Esmeralda y Omar. Estando ya casada con él y ya con hijos, decide abrir una tienda de ropa, naciendo así Mary's Store, que tuvo bastante éxito. Más tarde abrió otra tienda, Importaciones Mary, que vendía ropa, perfumería importada para dama y caballero –según decía su publicidad–, accesorios y, en general, tenía mercancía de muy buena calidad. Luego abriría otras dos sucursales. Como comerciante, ingresó a la Cámara de Comercio y Turismo de La Paz, siendo secretaria de Correspondencia en una de las mesas directivas, y más tarde fue nombrada consejera de esa organización.

Su familia seguía creciendo. También aumentaba su participación en la vida de la comunidad. Ella y su esposo fueron invitados a integrarse al Comité de Ciudades Hermanas Redondo Beach, California, E.U.A.-La Paz, B.C.S., México, donde participó activamente con la cartera de Asuntos Culturales.

Aún con lo pesado que era atender a su familia, ella trató siempre de asistir a todas las juntas que se celebraban en distintas ciudades de California, en E.U.A., así como a las de Baja California y Baja California Sur, en México. Recuerda haber sido invitada a una recepción que ofreció



el presidente Richard Nixon al presidente de México, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, el 3 de septiembre de 1970, en Isla Coronado, California, E.U.A. También asistió como invitada a la toma de posesión de Milton Castellanos Everardo, como gobernador de Baja California, en la ciudad de Mexicali, en noviembre de 1971.

Recuerda haber acompañado a su esposo a los banquetes que, con motivo del Día de la Libertad de Expresión, cada 7 de junio, se celebraban todos los años en la capital del país, encabezados por el presidente de la República en turno, acompañando a su esposo, don Arturo, quien era propietario del diario Últimas Noticias, que circulaba a nivel estatal, y que junto con los diarios Baja California, de don Jorge Carrillo, y el Acción, de Francisco Díaz Bonilla, formaban la trilogía de diarios editados y en circulación en esos años. Ella y su esposo procuraron siempre asistir a todas estas celebraciones, que se habían iniciado con el presidente, Miguel Alemán Valdés, y que continuaron con los presidentes Adolfo Ruiz Cortínez, Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz y, por último, con Luis Echeverría Álvarez.

Mary de Sotelo dice que, a pesar de estar casada y con hijos, ella sentía la necesidad de seguirse superando, de ampliar sus horizontes personales. Afortunadamente para ella, don Arturo nunca la limitó; por el contrario, siempre la estimuló y la apoyó para que se superara. Ella nos dice lo siguiente: “A la edad de 28 años, ya casada y madre, decidí independizarme. Mi esposo Arturo era agente de la Lotería Nacional y también era el propietario y editor del diario Últimas Noticias, así que un día le dije que quería abrir una tienda. Me apoyó y abrí la *Mary's Store*, en nuestra casa, por la avenida 16 de Septiembre, en pleno centro. Cosa rara en aquellos años en que el machismo estaba tan arraigado. Arturo dejó que yo sola la manejara. Me dio todo su apoyo y su confianza.

Como una anécdota, quiero contar que fue la primera tienda en La Paz con escaparates a la calle, donde se exhibían las mercancías. En uno de ellos se exhibía joyería de oro y de plata, pero entonces la Paz era una ciudad tan tranquila, no había los marcados índices de robos, drogadicción y mucho menos de narcotraficantes; así que nos podíamos sentar a platicar en la banqueta, con las puertas del negocio abiertas y nunca nos pasó nada. Poco a poco tuve éxito. Al poco tiempo surgió la zona libre, para la importación de mercancías diversas; por lo que empezaron a llegar agentes de casas comerciales de Estados Unidos. No sé si les gustó el tipo de tienda, pero a mí me ofrecieron mercancía en forma exclusiva. Manejé muchas marcas de gran calidad, de mucho prestigio internacional.

Me fue bien. Tenía mucha clientela de la ciudad, del estado y del interior del país. Ya estaba muy bien acreditada. Así que con las utilidades, construí un nuevo edificio en la esquina de Independencia y Revolución, también en el puro centro de La Paz. Ahí se abrió la tienda Importaciones Mary, que vendía ropa, artículos y perfumería de gran calidad, europea y norteamericana. Era el año del 1970. Estaba el auge de la zona libre, y con ese auge vinieron también muchos agentes de casas europeas. Ellos vinieron, y luego me dijeron que observaron mi tienda; les gustó, y así fue como empecé a trabajar con casas europeas. Eso fortaleció mi éxito comercial. Sin descuidar a mi familia, me integré al cien por ciento en los negocios. Abrí dos sucursales más: una en la avenida 5 de Mayo, y otra en la zona del malecón, en esta ciudad.

Creo que junto con mi esposo Arturo, formamos una pareja de excepción, pues cada quien nos dedicamos a nuestros propios negocios, iniciados de cero, sin haber recibido ninguna herencia, no habiendo desempeñado puestos públicos, cargos políticos y menos haber trabajado en el gobierno; sin embargo, logramos abrirnos paso y salir adelante.

Fueron algunos años de mucho auge para el comercio de la media península, sobre todo para el paceño; luego nos llegó el famoso Tratado de Libre Comercio, por lo que la gente que venía de compras del interior del país, poco a poco dejó de hacerlo, pues las mercancías, antes exclusivas de la zona libre, las podían adquirir en todo el país, a las puertas de su casa. Entonces el comercio local empezó a decaer, pasando los años de auge, hasta que se terminó la zona libre. Muchos de los comerciantes establecidos aquí, en La Paz, se fueron. Solamente habían venido a hacer negocio, aprovechando la zona libre.

Con el progreso de Los Cabos, que crecía a pasos agigantados, Baja California Sur era conocida en todo el mundo, y llegaron a esa zona grandes empresas, grandes cadenas comerciales, con las cuales no se puede competir, pues tienen grandes recursos económicos. Debido a ello, las pequeñas empresas empezaron a desaparecer.



Para entonces, nuestros hijos ya habían crecido; se habían desarrollado, casado y formado sus propias familias. Arturo administraba los negocios de su padre; Gonzalo es licenciado en administración de empresas, tenía un empleo federal y hoy es dueño de un negocio; Omar es licenciado en turismo y propietario de un conocido restaurante; dos de mis hijas viven fuera de la ciudad. Entre todos nos han dado 15 nietos y 17 bisnietos.

Arturo y yo logramos hacer un pequeño patrimonio para la familia. Él se retiró de trabajar. Yo seguí un tiempo más en la tienda, hasta que un día me cansé. El Monte de Piedad me pidió en renta el local, y como ya estaba cansada de trabajar, decidí rentárselos, y ahora vivo descansada. Arturo murió. Siento que me hace mucha falta. Siempre estuvimos juntos. Yo le agradezco que nunca me pusiera limitaciones, que me dejara desarrollarme”.

Pero Mary, a lo largo de su vida ha hecho muchas otras cosas. Sobre ellas, nos dice:

En 1968 y 1969, la señora Zoila Torres de Castillo Castro, esposa del licenciado Rafael Castillo Castro, secretario general de Gobierno del Territorio, y siendo gobernador el licenciado Hugo Cervantes del Río, ella fundó aquí el Club de Mujeres Profesionistas y de Negocios. Me invitó a afiliarme. Zoila fue la primera presidenta y yo fui socia fundadora. Cuando terminó el periodo de ella, fui elegida presidenta para 1970 y reelegida en 1971. En este cargo asistí a todos los congresos que se celebraban en el país. En 1974, en el congreso que se celebró en Hermosillo, Sonora, resulté electa vicepresidenta de la federación nacional, y con esta representación asistí al congreso que se llevó a cabo en Londres, en febrero de 1975, en donde conocí y saludé al Primer Ministro inglés. Recuerdo que antes de iniciar el viaje, fuimos a notificárselo al gobernador del estado, licenciado Ángel César Mendoza Arámburo. Me acompañaron dos socias: Delfina Garmendia de Méndez Pardavé y Elvira León de Guzmán Cárdenas; además de dos socias de la ciudad de México. Ángel César nos dio una carta personal para su amigo, el entonces embajador de México en Gran Bretaña, el licenciado Hugo B. Margain, quien nos atendió espléndidamente, ofreciéndonos una recepción.

En 1976, en el congreso que tuvo como sede La Paz, fui elegida presidenta nacional, y con esa representación asistí al congreso internacional

en Helsinki, Finlandia. Ángel César, que era el gobernador del estado, con esa gentileza que lo caracteriza, nos dio una carta personal para la embajadora de México en aquel país, que nos colmó de atenciones y nos ofreció una recepción muy bonita.

En los países que menciono, en el verano todo el tiempo es de día. La noche es muy corta y el invierno es casi una noche total. Para nosotros fue difícil acostumbrarnos. Recuerdo que un día me senté a escribirles unas líneas a mis hijos, y se me pasó el tiempo; entonces mi esposo, que me acompañaba en el viaje, me dijo: '¿No piensas dormir? Ya son las tres de la mañana'. Y como había luz del sol, yo pensaba que era de día. A dos años de ser presidenta de la Federación de Clubes de Mujeres Profesionistas y de Negocios, visité todos los clubes de la República; aumenté la membresía de socias y el número de clubes, que siendo 11 al iniciar mi gestión, cuando entregué la presidencia eran 26.

María Salgado de Sotelo también ha participado en política, dentro de la Comisión Electoral, como secretaria de Prensa y Propaganda de la Asociación Nacional Femenina Revolucionaria, del Partido Revolucionario Institucional. Fue Regidora en el II Ayuntamiento de La Paz, con el contador público Jorge Santa Ana González como presidente. Era la encargada de Panteones y Jardines, y se le recuerda porque desempeñó muy bien esta comisión.

Ella recuerda que el 12 de septiembre de 1980, un grupo de diecisiete destacadas mujeres paceñas se reunieron para formar la Asociación de Ejecutivas y Profesionales de Baja California Sur, cuyo ideal fue el becar a jóvenes de escasos recursos para que pudieran terminar sus estudios y ayudar a la comunidad, así como luchar y promover la unidad de la familia sudcaliforniana.

Trabajamos unidas, en armonía, y hemos tenido muchas satisfacciones. Cuando presidí el Club de Mujeres Profesionistas y de Negocios y la Asociación de Ejecutivas y Profesionales de B.C.S., logré que ambas asociaciones, durante mi gestión, quedaran protocolizadas como asociaciones civiles.

Me preguntan por qué no destaqué más en política, pues porque no era mi vocación. Me gusta más el servicio a la comunidad, pero fuera de todo cargo político.

Algo de lo que me siento sumamente orgullosa, que me llena de satisfacción, es haber colaborado en la Cruz Roja. En 1984 fui presidenta de Damas Voluntarias de esa noble institución. En 1988 fui nombrada delegada estatal en Baja California Sur por la Cruz Roja Nacional, en 1990 fui nombrada presidenta del consejo de la Cruz Roja Mexicana en La Paz. De 1991 a 1992, delegada regional de la Cruz Roja Mexicana en la zona noroeste del país, que incluye los estados de Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Baja California y Baja California Sur, asistiendo a varias reuniones internacionales. Por último, fui nombrada consejera del grupo de Damas Voluntarias de la Cruz Roja.

Aunque ella no lo dice, sentimos que el trabajar para la Cruz Roja, es algo de lo que se siente muy orgullosa, y que le ha dado muchas satisfacciones. Es lo suyo ayudar a la gente. Por cierto, para muchas personas, la labor que ella desempeñó al frente de esa benemérita institución, haciendo un magnífico equipo con quienes fueron sus colaboradoras, colaboradores y con todo el personal de la Cruz Roja, ha sido la mejor época para este organismo de beneficencia.

En el año del 2009, el 16 de octubre, el Congreso del Estado, en sesión solemne le entregó a la señora María Salgado de la Peña de Sotelo, la Medalla Dionisia Villarino Espinoza, reconociendo su valía. Una presea muy merecida.

Por modestia, ella nunca reconoce que ha sido una de las mujeres más bonitas de Baja California Sur, pero a ella su belleza nunca la envaneció; prefirió superarse intelectualmente, desarrollarse plenamente como ser humano; para ella, su belleza física fue algo accidental, no logrado por méritos, por esfuerzo propio, y para la Mary, como la conocemos familiares y amistades, eso es lo que cuenta: lo que un ser humano puede lograr con su empeño, con su trabajo. María Salgado de Sotelo es una de nuestras mujeres más representativas en la entidad, e indiscutiblemente, uno de los valiosos activos de Baja California Sur.

Don Antonio Olachea Montejano

Ranchero sudcaliforniano

(Publicado en la revista *Nosotras*, junio de 1989)



DON ANTONIO OLACHEA MONTEJANO

Y eso fue precisamente don Antonio, profundamente sudcaliforniano y ranchero de los pies a la cabeza.

Nació en Santa Catarina, población sureña que hoy pertenece al municipio de Los Cabos, el 13 de junio de 1913. Hijo de José Olachea Burgoin y de Paula Melitona Montejano Lucero. Fueron sus hermanos María de Jesús, José Rodolfo, Enrique, Octavio, Flavio, Concepción —estos tres últimos, destacados y afamados deportistas—, María y Leticia.

De don Antonio podemos decir que fue un recio caballero sureño, a la usanza de aquella época. Franco, de hablar fuerte y sin dobleces. Que siempre vivió muy apegado a la tierra.

Como buen ranchero, también fue ganadero. Por lo tanto, conoció las angustias de aquellos que, aferrados al terruño, han tenido que luchar con la sequía y con los largos meses y hasta años, de hambrunas y de secas, en la interminable espera de que lleguen las aguas.

En 1940 contrajo matrimonio con una bonita joven cabeña, oriunda de Santa Anita: Francisca Carrillo Montaño. Formaron una familia a la usanza antigua, en donde el padre era la figura central. De su matrimonio nacieron 17 hijos, de los cuales sobreviven 14. Todos ellos muy unidos, que crecieron respetando al padre, al patriarca don Antonio, quien llevó el mando de la familia hasta su muerte, acaecida hace unas semanas (junio de 1989).



A la numerosa familia Olachea Carrillo, al correr de los años, y a medida que hijos e hijas iban creciendo y formando sus propias familias, se le fueron sumando nueras, yernos y nietos.

Los hijos son: Miguel Antonio, Omar, Pablo, Paula, Melitona, Rodolfo (QEPD), Ignacio, María Ninfa, María Silvia, Francisco (QEPD), José Raúl, Félix, Juan Ángel, Clotilde (QEPD), Rosalía, Flavio y Francisca. La familia Olachea Carrillo vivió muchos años en la comunidad de Buenavista, del municipio de Los Cabos, pero conforme los hijos fueron creciendo, se fueron dando cuenta de que la meta que sus padres tenían trazada para ellos y ellas, era que hombres y mujeres estudiaran, no importándoles a don Antonio y a doña Francisca cuánto tuvieran que trabajar y sacrificarse. Así que todos, hijos e hijas, estudiaron la primaria y la secundaria, y varios de ellos llegaron a ser profesionistas. Hay ingenieros civiles, agrónomos, maestros y maestras, y hasta un médico veterinario.

Los hijos más chicos todavía están estudiando, como es el caso de Elia Francisca, quien por cierto representó a la mujer cabeña en el reciente certamen estatal para elegir a la damita que, a su vez, representaría a Baja California Sur en el concurso “Señorita México 1989”. La vida de don Antonio no fue una vida fácil, al contrario, fue una vida muy dura, de mucho trabajo, de muchas penurias, con frecuentes desilusiones; pero siempre las afrontó con valor, con reciedumbre, sin darse por vencido ante

la adversidad, que luego fue siendo mitigada por las muchas satisfacciones que le fueron dando sus hijos, el cariño de los nietos; pero, sobre todo, por la ternura, la comprensión, la lealtad y el apoyo indeclinable de su esposa, doña Pachita Carrillo Montaña de Olachea. Ella y don Antonio estaban por cumplir en 1990 cincuenta años de casados. Hijos, nietos y su numerosa familia se preparaban para festejarles sus Bodas de Oro. Pero el destino les marcó otro derrotero. Don Antonio fue llamado a cumplir su cita con la muerte.

Sin embargo, a todos ellos, a sus descendientes, les queda la satisfacción de haber compartido la vida con él. De haber nacido de él, un ranchero sudcaliforniano. Orgullosamente.

Al morir el patriarca de la familia Olachea Carrillo, fueron muchos, muchísimos los cabeños, los sudcalifornianos que asistieron a su velorio, que se llevó a cabo, según las costumbres regionales, rodeado por su ejemplar e inseparable compañera de más de cuatro décadas, con la que juntos formaron una gran familia siempre unida. Estuvo rodeado de hijos e hijas, yernos y nueras, nietos y numerosos familiares y amistades, de paisanos, acompañados sus restos mortales por el rezo de las mujeres y el respeto de los hombres, personas de todas las edades.

También a su entierro fueron muchos los que lo acompañaron hasta su última morada, entristecidos por su ausencia física, pero reconfortados por la certeza de que volverán a encontrarse. El profesor León Cota Collins, presidente municipal de Los Cabos, manifestó su pesar por la pérdida de este patriarca, pero ratificó que “quedaba su ejemplo, de tesón, de enfrentarse a la adversidad de pie, sin doblegarse, ejemplo a seguir, no sólo para sus descendientes, sino para todos los cabeños, para muchas generaciones de sudcalifornianos y de mexicanos. El ejemplo de la reciedumbre de quienes desde su entorno, por más modesto que sea, contribuyeron y contribuyen a forjar el destino de la Patria Chica. De todo México”.

Don Antonio Olachea Montejano no dejó pasar la vida, él pasó por ella; y como decía el personaje de una antigua poesía: “sembrando, siempre sembrando”. Don Antonio, un hombre que supo dejar huella de su paso por este mundo.



Flora Zermeño Ojeda

Periodista y luchadora social



FLORA ZERMEÑO

Esta entrevista se hizo en agosto de 1979 y fue publicada en el No.11 de la revista *Nosotras*, de septiembre de ese mismo año. Entrevistamos a Flora Zermeño Ojeda en las oficinas del Registro Público de la Propiedad, en Santa Rosalía, B.C.S. Era sumamente conocida en toda la península, no solamente en la parte sur, porque Flora fue quizá la primera mujer sudcaliforniana que abrazó profesionalmente el periodismo. Era de plática amena y tenía su mente muy lúcida todavía, a pesar de su edad avanzada.

A ella le dejamos la palabra:

Nací en la ciudad de La Paz, en la ciudad de las bugambilias y los molinos de viento. Mi padre fue Sóstenes Zermeño Luna, originario de San Juan de Los Lagos, Jalisco. Mi madre fue Luciana Ojeda Armenta de Zermeño. Fui hija única, ya que mi madre murió. Yo nací en 1902, así que tengo 77 años. Cursé mis estudios primarios en la Escuela Leona Vicario y en la Escuela Benito Juárez, de aquí de Santa Rosalía. De esta última, era directora la profesora María Gastélum, y recuerdo que tuve como maestras a Leonor Alamillo, María Reyes, Jesusita Vega, Epistema Avilés Verdugo y a Angelita León; todas ellas inolvidables maestras, que hicieron del magisterio un apostolado sacramental.

En 1920 nos fuimos a vivir a Mexicali y allá acabé de desarrollarme intelectualmente. Empecé a hacer periodismo en 1924, a mis 22 años. Escribía en varias publicaciones, entre ellas, en *El Heraldo de México*, de don Brígido Coro, de Los Ángeles, California, E.U.A. Obtuve un primer lugar en un concurso literario en 1933. Escribí en *El Nuevo Mundo*, y a partir de entonces tuve muchas oportunidades de entrevistar a personajes de la política, de las artes y del comercio. El periódico lo dirigía Ángel Saldívar, y mi primera entrevista se la hice nada menos que al licenciado Tomás Garrido Canabal, el inquieto político y luchador social tabasqueño.

Le preguntamos a Flora qué impresión le causó Garrido Canabal, y nos contesta:

Un hombre atento y muy soñador, siempre pensando en mejorar la vida de las clases necesitadas, muy lejos de la imagen que pintan de él sus detractores.

Me enviaba libros y a veces nos escribíamos. Vino a la ciudad de México con el general Lázaro Cárdenas, queriendo implantar la educación socialista.

También escribí en *El Tricolor*, de don José Castillo, de pura cepa revolucionaria. Entonces, como gobernador del Territorio Norte de la Baja California estaba el general Agustín Olachea Avilés. Recuerdo también a Carlos Trejo y a Lerdo de Tejada como un gran gobernante; abrió fuentes de trabajo y comedores públicos. Mexicali apenas comenzaba. El coronel Cantú también fue un gran gobernante, quizá el mejor que ha tenido el Territorio Norte y luego estado de Baja California. Fue el que le dio vida al pueblo. Pavimentó calles y abrió fuentes de trabajo. Fue la mejor época para la gente pobre. Impulsó la actividad literaria editando gacetillas. Yo también colaboré en ellas y escribí artículos de fondo. Hubo una gacetilla que llamamos Minerva. Fue algo grande verdaderamente, de José Castañeda.

Después colaboré en *El Tiempo*, de don Juanito Hernández. Recuerdo que en esa época fueron cesados 65 maestros católicos y en Mexicali hubo una gran manifestación para apoyarlos. La Sociedad de Alumnos pidió que los repusieran. Estaban de director y subdirector de Educación, los profesores Bandala y Lampusa. El profesor Eliseo Bandala también fue director de Educación Federal en el Territorio Sur de la Baja California, en 1934.

Más o menos para 1932, ya había regresado a Santa Rosalía. Ahí estaba Arturo Sotelo y Canett, de Mulegé, quien luego fundó en La Paz el diario Últimas Noticias. Él se ha de acordar. En esos años se postuló como candidato a diputado federal el doctor Adán Velarde Oaxaca, un gran hombre, de gran calidad humana. Yo participé activamente en su campaña. Recibimos muchas amenazas de parte del general Juan Domínguez Cota, entonces gobernador del Territorio, pero no nos arredramos. Yo fundé la primera agrupación femenina y teníamos gente desde el Paralelo 28 hasta Cabo San Lucas. Lo llamamos Frente Popular Manuel F. Montoya Pro-Defensa de los Derechos de la Mujer.

Ganamos las elecciones, y el doctor Adán Velarde Oaxaca hizo un gran papel como legislador en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, representando al Territorio Sur de la Baja California. Entonces las representaciones populares no estaban tan devaluadas. Entonces sí se defendían realmente las causas populares. Al doctor Velarde Oaxaca se le debe el ser el autor de la emisión de la primera estampilla para la erradicación del paludismo en México. Él, como médico —pero un médico de gran calidad humana, no ávido de riquezas y olvidando el juramento de Hipócrates—,



se dio cuenta de que esta enfermedad azotaba a muchas zonas de México, que hacía verdaderos estragos.

Recuerdo que durante la campaña del doctor Velarde nos querían amedrentar; nos golpeaban a sangre fría, pero entonces el pueblo nos defendía. Recuerdo que bautizamos a Juan Domínguez Cota, el gobernador del Territorio Sur de la Baja California, como El Asno Salvaje de la Tartaria.

Los mineros nos daban todo su apoyo, pero los más malos eran los capataces de las minas, ya que siempre eran más malos que los franceses que nos guardaban atenciones. Los principales seguidores nuestros eran los mineros de la Sección 117. Por eso verán que yo siempre estoy en sus desfiles y en sus sesiones. Para mí, ellos son lo primero. Me siento muy orgullosa de que continúen siempre unidos y defendiendo sus derechos.

Yo siempre he dicho que cuando el pueblo vive de rodillas, es como los pavorrales, que siempre se están pavoneando de su belleza, pero en cuanto se les ven las patas horribles, se mueren de tristeza. Hay que amar la lucha por la lucha misma; de lo contrario, se llega a la categoría de los políticos vendidos.

Yo he sido colaboradora de las publicaciones de Porfirio Avena, de Arturo Sotelo y Canett, de Miguel Guzmán Cárdenas; estuve de directora de un periódico de combate, aquí en Santa Rosalía. Pero estoy desilusionada del periodismo. No entiendo el periodismo plagado de inmundicia. El periodismo debe de ser para educar al pueblo, para mejorar a la sociedad en que uno vive. No soy cobarde. Me opongo a los periodistas que se venden, que venden su pluma y su conciencia a cambio de dinero, y que le dan la espalda al pueblo, que es su origen. Repudio también ese periodismo que usa un lenguaje vulgar y soez; que ataca por el puro espíritu de atacar, sin ninguna base y sin ninguna decencia. En resumen, estoy en contra de la barbarie y la inmundicia en que hoy se debate el periodismo.

Yo luché porque mi pueblo fuera mejor. Entonces no había Ley Federal del Trabajo. Sesionábamos a escondidas, teníamos oposición entre los mismos trabajadores que tenían perder su trabajo. Fueron tiempos muy duros. Los franceses hicieron mucho por Santa Rosalía. Nunca ha vuelto a haber un cuerpo médico como el que ellos tenían aquí, de médicos egresados de La Sorbona de París. Entonces la vida era muy barata: el kilo de café ‘Caracolillo’ valía 35 centavos, la carne cincuenta centavos el kilo. En Santa Rosalía teníamos ropa de Francia, Bélgica, Alemania, Suiza y de toda Europa. Las mujeres podían usar perfumes legítimos franceses. Los vestidos de boda y los ajuares para los bailes, se encargaban directamente a París. La gente que venía del interior, se quedaba asombrada del nivel de vida tan alto que teníamos aquí, en Santa Rosalía; porque los pobres del interior del país, todavía andaban de calzón de manta y huaraches.

Así nos llegaban a trabajar a las minas. Nuestra gente andaba de zapatos y buena ropa. Nada le hacía falta a la tienda de El Boleo. No urbanizaron Santa Rosalía, es cierto, porque consideraron que era un pueblo minero tendiente a desaparecer. Cuando empezaron a desocupar gente, el pueblo se quedó muy triste. Como las casas no eran de nadie, sino de la compañía, la verdad es que tampoco nadie se preocupaba por arreglarlas. Cuando el general Bonifacio Salinas Leal fue gobernador del Territorio de Baja California Sur, estando como encargado del Registro Público de la Propiedad en Santa Rosalía el licenciado Héctor Castro Castro, se fundó el Patronato Pro-Urbanización de Santa Rosalía, siendo su presidente Ignacio Brambila Meza; entonces, por intercesión del licenciado Héctor Castro, se le pidió al general Salinas Leal que se vendieran las casas y los terrenos. Entonces, el cambio se notó inmediatamente. Se vendieron a precios sumamente baratos, y así los compradores pudieron reparar las propiedades que ya eran suyas.

Ahora mi lucha es diferente. Estoy viviendo en el Asilo de Ancianos de Santa Rosalía, pero no soy asilada. Vivo ahí por mi gusto, porque considero que es una obra muy hermosa. Las Madres nos dan un verdadero ejemplo de caridad y de humildad. Luchan y se desviven por los ancianitos, pero ya ves como los tienen, ni en sus casas viven mejor que aquí, con esa limpieza, con esa ternura, con todos los cuidados; nada les falta, todo tienen. El asilo siempre está limpio, lleno de flores, de risas y de amor. Estoy en esta lucha por el Asilo de Ancianos de Santa Rosalía, por este hogar del anciano en Santa Rosalía, y lucharé hasta donde mi esfuerzo y mi espíritu alcancen.

No me pesa haber vivido como viví. Luché y defendí lo que consideré que era digno de defenderse, y de luchar por ello.

Dejamos a esta periodista, poetisa y luchadora social sumida en sus recuerdos. Nos fuimos meditando sus palabras, sobre todo las que se refieren a su vocación como periodista, satisfecha de haber luchado por sus ideales. Flora Zermeño Ojeda murió en Santa Rosalía, en el Asilo de Ancianos a cargo de la orden católica religiosa que cuidaba a los ancianitos desamparados. Cuando la entrevistamos, yo la conocía de referencias únicamente. Esa vez, habíamos ido a Santa Rosalía por los trabajos de consulta que se hicieron a los ganaderos del municipio de Mulegé, para elaborar la Ley Ganadera de B.C.S. Algo solicitado a los candidatos a diputados locales de lo que sería la II Legislatura del Estado y al gobernador, licenciado Ángel César Mendoza Arámburo. El II Ayuntamiento mulegino nos ofreció una comida. El presidente de la Gran Comisión del H. Congreso del Estado era el licenciado Matías Amador Moyrón, representante del II Distrito local. El presidente Municipal, licenciado Mario Vargas Aguiar, al preguntarle yo por Flora Zermeño, y decirle que quería entrevistarla, la invitó a esa comida; nos presentaron, y más tarde nos fuimos ella y yo a las oficinas del Palacio Municipal, donde tuve la oportunidad de charlar con ella.

Recordarla es revivir sus luchas. Se necesitó de mucho valor para enfrentarse al medio a luchar como mujer para desarrollar su vocación como periodista, pero periodista de combate. Además, ella compuso mucha poesía. Recordamos algunos poemas: uno de ellos dedicado a las mujeres del hábito blanco, las monjas del Asilo de Ancianos de Santa

Rosalía; otro a la señora Luz Davis de Mendoza Arámburo, a cargo de la presidencia estatal del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia y del Patronato de Promotores Voluntarios. A este poema, Flora lo tituló “Luz de California”. Flora, ya en sus últimos años, todavía participaba en muchos acontecimientos políticos que tenían como escenario Santa Rosalía. Cuando era candidato del PRI a la gubernatura Alberto Andrés Alvarado Arámburo, ella lo acompañó en su recorrido por las calles de la capital del municipio mulegino. Nunca se sentó a compadecerse. Era orgullosa y luchó hasta el final de sus días.

**Profesora Rosa Hiraless
Carballo de Beltrán**



ROSA HIRALES CARBALLO DE BELTRÁN

La maestra nació en la ciudad de La Paz, el 22 de noviembre de 1910, siendo sus padres Romualdo Hiraes Ortega y Rosa Carballo Félix, dedicada al hogar. Su padre era comandante de policía, en el Cuerpo de Policía, pero más tarde se dedicó a la ganadería.

Ella pasó los primeros años de su vida al lado de sus padres y de sus diez hermanos: Gregorio, Romualdo, Inés María, José Ramón, Josefa, Ramón, José, Felipe, Ma. Luisa y Silvestre. De ellos, seis se dedicaron a la docencia y destacaron como maestros; algunos de primaria, otros de secundaria, y fueron también maestros en la Escuela Normal Urbana de La Paz.

Doña Chocha Hiraes, como era conocida entre sus familiares y amistades, cursó sus tres primeros años de educación primaria en la Escuela Elemental No. 48, de esta ciudad de La Paz. Continuó sus estudios en la Escuela Superior No. 2 para niños y niñas, donde cursó del cuarto al sexto año; finalizando su educación primaria el 16 de julio de 1923.

En el mes de septiembre de ese año, inició sus estudios como oyente en la Escuela Normal Regional (actualmente Benemérita Escuela Normal Urbana “Profr. Domingo Carballo Félix”), ya que por su corta edad, no pudo inscribirse hasta el siguiente año; y terminó sus estudios como maestra, en julio de 1927.

El 11 de noviembre de ese mismo año, fue a ocupar su primera plaza de maestra en la escuela primaria Gregorio Cruz, con un grupo de tercer año, en la entonces Villa de San José del Cabo, B.C.S.

En el año de 1928 presentó su primer examen profesional de maestra de Educación Primaria, y el 19 de julio de 1931 presentó su examen de maestra de Jardín de Niños; examen en el que, para orgullo de los sudcalifornianos, estuvo presente como sinodal la ameritada maestra Rosaura Zapata Cano, ya que en esa fecha también realizaron su examen profesional: Laura Núñez Cota, Eloísa Díaz, María Luisa Arámburo de Alvarado y María Luisa Carballo Félix de Cardoza, que era hermana de su mamá. Ellas formaron la primera generación de educadoras del entonces Territorio de Baja California Sur.

En el mes de marzo de 1928 se trasladó a desempeñar sus funciones como maestra en la escuela primaria superior No. 7, para formar y fundar un grupo de jardín de niños, anexo a la escuela primaria No. 8; y, posteriormente, trabajó como maestra de educación preescolar, en el jardín de niños que estaba anexo a esa primaria. El 2 de enero de 1930 la cambiaron a la ciudad de La Paz, a ocupar una plaza en la Escuela Normal, con nombramiento de maestra adscrita a la Dirección de Educación Federal. En marzo del mismo año, pasó al jardín de niños anexo a la Escuela Superior No. 1, donde laboró durante siete años.

En septiembre de 1937 se desempeñó con una plaza de educadora en el jardín de niños anexo a la escuela No. 48, entonces escuela de la Tenería; pero como en dicha escuela había dos educadoras con el mismo nombramiento, decidió irse a trabajar al jardín de niños anexo a la escuela primaria No. 27, donde no había suficientes aulas para los alumnos del kínder, situación que aprovechó la maestra Rosa Hirales Carballo para hacer las gestiones necesarias, con el fin de que los párvulos tuvieran un local digno, mismo plantel que ella fundó, y que comenzaron a construir durante la administración del general Francisco J. Múgica, el cual se terminó en marzo de 1941, inaugurándose con un parque anexo, y recibiendo el nombre de Jardín de Niños Juan Jacobo Rousseau.

La profesora Hiraes Carballo trabajó en éste, hasta el 1 de marzo de 1961, cuando se retiró de la docencia frente a las aulas, después de 34 años y algunos meses de servicio.

Para superarse profesionalmente, la profesora Hiraes Carballo tomó varios cursos de perfeccionamiento y orientación profesional, recibiendo sus constancias respectivas y certificados oficiales. Cursos éstos, de los tantos que se impartían en las misiones culturales por prestigiados maestros, entre ellos el de Industria del Vestido y el de Curtido de Pieles.

Acerca de su vida familiar, diremos que doña Chocha se casó con Felipe Beltrán Castro, el 29 de abril de 1939, procreando cuatro hijos: Cecilia, Luis Felipe, Eligio –ya finado– y Armando, los cuales, a su vez, formaron sus propias familias y les dieron varios nietos. Don Felipe se dedicaba al transporte y, en 1945, le dieron la concesión del Servicio Postal Mexicano. Él llevaba carga de La Paz a San José del Cabo, y tenía también la concesión de carga y pasaje para esa ruta.

Don Felipe falleció el 11 de marzo de 1990. Logró celebrar sus Bodas de Oro con su esposa, rodeado de sus hijos, hija, nueras y nietos. El esposo de su única hija Cecilia, el profesor Marcelo Rubio Ruiz, había fallecido años antes.

Doña Chocha murió el 4 de junio del 2007. Ambos fallecieron en la ciudad de La Paz, rodeados del cariño de sus descendientes directos y de toda su familia, a los que les dejaron un buen recuerdo como padres muy responsables, y a quienes les inculcaron elevados valores morales. Fueron los pilares de una familia formada por hombres y mujeres de bien.

C.P. Manuel Jorge
Santa Ana González
Un valioso ser humano



MANUEL JORGE SANTA ANA GONZÁLEZ

Quien luego sería un destacado profesionista y político sudcaliforniano, Manuel Jorge Santa Ana González, nació en Todos Santos, B.C.S., el 23 de abril de 1938. Hijo del matrimonio de don Manuel Santa Ana Villarino y Amada González de Santa Ana, que procrearon dos hijos: Manuel Jorge y Julia.

Jorge cursó sus estudios primarios en la Escuela Melitón Albáñez, de su tierra natal, y al terminarlos se vino a la ciudad de La Paz para ingresar a la escuela secundaria José María Morelos y Pavón. Al concluir sus estudios en este plantel, se fue a Hermosillo, Sonora, donde permaneció por varios años, pues al terminar la preparatoria, ingresó a la Facultad de Comercio y Administración, de la Universidad de Sonora.

Al concluir satisfactoriamente sus estudios profesionales, regresó a la ciudad de La Paz, donde radicaban su madre y su hermana, siendo invitado por don Carlos Cota Downey para que trabajara en sus empresas Casa Cota y filiales, como contador general. Jorge trabajó en estos negocios por varios años, hasta que llegó a la gubernatura del entonces Territorio Sur de la Baja California el ingeniero Félix Agramont Cota, su paisano, quien lo invitó a colaborar en su gobierno como titular de la Tesorería del Gobierno del Territorio, donde permaneció hasta el fin de la administración del citado ingeniero Agramont.

Jorge Santa Ana se mostraba orgulloso de sus antepasados hispanos por la línea paterna, los Santa Ana. Comentaba que procedían de las islas Canarias; que algunos de sus miembros habían llegado a Cuba, de donde

pasaron a México, y que su espíritu aventurero los trajo hasta la Baja California Sur, donde radicaron definitivamente, formando sus familias e integrándose plenamente a la comunidad peninsular.

Jorge recordaba con tristeza la prematura muerte de su padre, a raíz de la pérdida de gran parte de sus tierras, del patrimonio que había formado a través de muchos años de esfuerzo y duro trabajo. Esto, porque el gobierno del presidente de la República, general Lázaro Cárdenas del Río, decretó la expropiación de las tierras en todo el país, y esa decisión afectó a muchos propietarios en la media península, entre ellos a la familia Santa Ana. Él comentaba que de ahí le nació la idea de superarse y, afortunadamente, lo logró.



Durante el gobierno del ingeniero Félix Agramont Cota, en el Territorio se habían reinstaurado los ayuntamientos, siendo el primer presidente municipal de La Paz, el ingeniero Alfonso González Ojeda. Al terminar su responsabilidad como tesorero general de Gobierno, Santa Ana González decidió buscar la presidencia del II Ayuntamiento paceño, avalado por el Partido Revolucionario Institucional. Fue así como pudo ver coronadas sus aspiraciones y presidir el II Ayuntamiento de La Paz, de 1975 a 1977 (este periodo concordó con el año fiscal).

Al concluir el trienio que él encabezó, fue invitado por el gobierno federal a ocupar la gerencia general del Banco de Desarrollo Rural, en el recién nacido Estado Libre y Soberano de Baja California Sur; cargo en el que duró varios años, siendo recordado con respeto y afecto, tanto por el personal que trabajó a su lado como por los usuarios de esa institución bancaria, debido a su carácter afable, educado y cortés.

Tomando en cuenta la buena imagen que el todosanteño tenía ante la comunidad, el PRI decidió ofrecerle la candidatura para diputado local en la V Legislatura, aceptando el ofrecimiento e integrando fórmula con Josefina Cota Cota. Los diputados de la V Legislatura tomaron posesión de sus cargos el de abril de 1987. Al poco tiempo, Jorge Santa Ana González pidió licencia para retirarse del Congreso del Estado, ya que fue invitado por el gobernador Liceaga Ruibal a asumir la titularidad de la Secretaría de Finanzas y Administración del Gobierno del Estado, puesto en el que permaneció todo ese sexenio.

Jorge fue mencionado en los medios informativos y políticos como un fuerte aspirante a la gubernatura estatal. Muchas encuestas lo beneficiaban. Sin embargo, la decisión de las cúpulas partidistas, locales y nacionales, no le fue favorable; pero en el ánimo de muchos sudcalifornianos quedó la convicción de que Jorge Santa Ana González hubiera sido un buen gobernante.

Terminada su responsabilidad como secretario de Finanzas y Administración del Gobierno del Estado, Jorge nuevamente ingresó a las filas del gobierno federal, ocupando algunos cargos relevantes.

De su vida personal, diremos que luego de algunos años de noviazgo, a la usanza de la época, contrajo matrimonio civil y religioso con una



guapa damita paceña: Delma Osuna Mayoral. Se casaron en la Parroquia de Nuestra Señora de La Paz, el 2 de octubre de 1966. La boda civil, como la fiesta, luego del matrimonio religioso, fue en la casa paterna de la novia, la de la familia Osuna Mayoral, de Serdán y Degollado, en el centro de La Paz, tal y como se acostumbraba en aquellos años. De su matrimonio nacieron tres hijas: Delma Belén, Maricela, Karla, y un hijo varón, Jorge, como su padre. Por cierto, todas sus hijas estudiaron carreras profesionales, se casaron y tienen sus hijos e hijas. Jorge estudió también la carrera de contador público y auditor, y egresó de la misma facultad que su padre, la de Comercio y Administración, en la UNISON.

Jorge demostró siempre con hechos, el gran amor que le tenía al terruño natal. Demostró también que su amor por Todos Santos y por Baja California Sur, no eran sólo poses de político. Donó varias extensiones de terreno en Todos Santos, para la edificación de un puesto de socorro de la Cruz Roja, la construcción del DIF delegacional y para que funcionara la zona militar. Ayudó a muchos jóvenes, hombres y mujeres que estudiaban, apoyándolos económicamente. Murió el 28 de octubre del 2003.

De Jorge Santa Ana González, podemos decir que es uno de los funcionarios públicos que mejor relación ha tenido con la prensa. Supo valorar y entender el trabajo de los periodistas, y la prensa le correspondió con afecto y respeto.

De este valioso todosanteño, de este gran sudcaliforniano, pueden las nuevas generaciones tomar su ejemplo.

Jesús Leonor
(Quichu) Isáis Verdugo
Concertista de piano



JESÚS LEONOR (QUICHU) ISÁIS VERDUGO



Uno de sus mayores orgullos es haber triunfado en Viena, la Patria de la Música. Jesús Leonor Isáis Verdugo es oriunda de la ciudad de La Paz. Hija de don Justino Isáis Marcq y de doña Enriqueta Verdugo Talamantes de Isáis, quienes en su matrimonio procrearon tres hijas: Jesús Leonor, María Elena y Margarita.

De Quichu, como la conocemos desde muy niña, supimos de sus inquietudes, de su gran amor por la música. Fue guiada musicalmente desde muy jovencita por un gran maestro, un gran talento de la música, el profesor Luis Peláez Manríquez, quien apreció el talento de su alumna con más percepción, más allá de lo que se veía en Quichu. La carrera de la pianista sudcaliforniana en sus primeros años se forjó aquí, en su tierra natal; pero ella tenía otras aspiraciones, tenía otras miras, siempre apoyada por su maestro que, como Pigmalión, modeló su talento. Quichu fue la alumna preferida de don Luis Peláez. Él siempre la calificó como “su hija espiritual”.

Venciendo muchas vicisitudes, Quichu, con el correr de los años, logró llegar a Viena, Austria, para estudiar. El recorrido no fue fácil, y tuvieron que pasar largos años para cumplir su anhelo de estudiar piano en la Patria de la Música. Ella logró triunfar donde miles de pianistas de todo el mundo fracasaron. Eso debemos de tenerlo muy presente.

Cuando ella radicaba en Viena, para las fiestas decembrinas vino a La Paz a visitar a su madre, hermanas, a sus familiares de sangre, que

son muchos, y a los de su afecto, que somos muchos más. Fue entonces que decidí entrevistarla, concertando dicha reunión, luego de abordarla al terminar el concierto que ella ofreció en el Teatro de la Ciudad, en esta capital, a solicitud de las Damas Vicentinas que representaba su prima Josefina González Verdugo, presidenta de esa agrupación de asistencia social, para apoyar al Asilo de San Vicente de Paúl.

Fue muy difícil hacerle esta entrevista en su casa. El teléfono no dejaba de sonar. Eran personas que venían a verla y querían que ella las atendiera personalmente. Lo que pensábamos que sería una plática de unas dos horas, se prolongó por varias más. Pero sentimos que valió la pena.

—Quichu, ¿cuál fue tu idea, la de irte a Viena, lejos de tus hijas, de tu familia, de todo lo que conformaba tu vida?

—Eso se lo agradezco al padre, al misionero comboniano Dante Bronzzato. Él era director de un coro aquí en La Paz. Era un gran músico. Había estudiado en Italia y en Alemania. Un día, comiendo aquí en La Paz, me dijo: “Ahora vas a superarte, no sé si en Viena, en Berlín o en Rusia”, y me hizo una carta a lápiz, que decía más o menos: “Recomendación del Padre Bronzzato. Déle un cuarto moral a Quichu. Ella lleva dinero para pagarlo”. Así me recomendó. De aquí, de la casa, hablamos a Innsbruck, Austria, a la sede de los combonianos. Es la única parte de Austria donde hay misioneros. Habló con Pepe Combo Rábago, pariente del doctor Gómez Rábago. Él dijo que sí, y un mes más tarde, sin avisar de mi salida y tampoco del número de mi vuelo, tomé el avión y llegué a Düsseldorf. Era la forma más económica, y me dije: “Al hablarles a los combonianos, seguramente van a ir por mí”. ¡Mira mi ignorancia! Pues llegué y nada. Nadie fue por mí... No hubo respuesta. Tuve que rentar un cuarto de hotel y estar dos días buscando a los misioneros, y nunca me contestaron. Hasta la fecha, nunca he conocido al sacerdote Combo Rábago, ni él contactó en Innsbruck. Hablé a Milán, que era la sede más cercana, y me contestó un sacerdote, que me dijo en español: —Señora, ¿por qué hizo estas cosas? Las cosas no se hacen así. Nos debía de haber informado de todos los detalles de su salida. Yo le respondí: —Padre, ¿no

tiene usted fe en que Dios me va a ayudar? Su respuesta fue: —La felicito por su fe en Dios... y me colgó el teléfono. Y me quedé en Austria. Para mí, ésa es una prueba más de que la fe mueve montañas.

Me salvó un teléfono de Irma Angulo, familiar de Suqui Angulo, de aquí de La Paz, que estaba también en Viena. A las siete de la mañana hablé a su casa, y me contestó su esposo, que me dijo: Quichu: Esto es un milagro, porque nomás abrí la puerta para recoger un cheque que estaba sobre el teléfono, cuando usted llamó. Él me dio instrucciones de cómo llegar a Viena. Llegué en mala época, pues en julio y agosto cierran las salas de concierto. De escuelas, ¡nada! Me fui a la Embajada de México y



ahí me encontré a una pareja de mexicanos, los Jeffroy. ¿Te acuerdas de ellos? Así que ellos me salvaron la situación de dónde vivir, dónde estar, y les llamaron a todos los latinos, y desde ese momento pasé a ser la madre de todos los latinoamericanos. Se corrió la voz: ‘Aquí hay una señora que sabe hacer tortillas, que sabe hacer caldo, etcétera’.

Nos reímos de este comentario de la Quichu porque, efectivamente, ella sabe hacer tortillas, caldo, salsas y comida internacional. Ella es muy buena cocinera. Pero nos reímos recordando que el profesor Luis Peláez la regañaba mucho porque cocinaba. Porque a mí me lo dijo el maestro en varias ocasiones, cuando visitaba en nuestra casa a mi esposo Felipe; y me lo decía muy enojado: “No es posible que Jesús Leonor ande por el mercado comprando el mandado y metida en la cocina pelando papas y moliendo tomates como cualquier criada... Ella es una concertista, una gran pianista. Se va a estropear sus manos”. El profesor Peláez nunca logró aceptar que Quichu tenía obligaciones, que era esposa, madre y ama de casa.

Y después de tantos años, eso mismo recalca la Quichu: Porque yo era y soy también ama de casa. Por eso ahora cocino. A veces en el hotel se me antoja hacerlo. Por eso me gusta cocinar de cuando en cuando. Cocinar también es un arte. Me gusta cocinar algo especial. Por ejemplo, cuando llega un amigo(a) muy querido, le digo: ‘Te voy a hacer un mole’. Y como en el hotel donde trabajo hay tantas cocinas, nada más pregunto: ‘¿En qué cocina puedo hacer algo?’

—¿Tú tienes los ingredientes?

—Todo hay en el hotel, son más de sesenta cocineros.

—Sí, de acuerdo, ¿pero los ingredientes para el mole?

Hay de todo en Viena. En las Naciones Unidas le llaman el Comisariato. Ahí se encuentra todo lo mexicano. Hay un pobre estudiante que se casó con una austriaca y abrió una gran tortillería. Le surte a todos los restaurantes de comida mexicana y hace un gran negocio. Así dejó de ser pobre.

—Bueno, Quichu, ¿y cómo ha sido la aceptación de los austriacos hacia ti, una mexicana?

—Mira. Hacer amistades en Austria es muy difícil. Te puedo decir que quizá yo tenga dos amigas en Austria que están casadas con mexicanos, Bernard y Helmut. El austriaco es cerrado; pero, eso sí, cuando quiere, quiere para toda la vida. Son muy honestos, no te dicen mentiras. Son como robots, pero encuentras buenas personas, como en toda Europa. Desde que se abrieron los bloques, toda la gente va a Austria, y Austria les da acogida. Desconfían mucho de los extranjeros y con sobradísima razón. Porque ahí pasan muchas cosas. Los mexicanos somos, por decirlo, los únicos bien aceptados, por la relación con el emperador Maximiliano.

—¿No nos guardan rencor por haberlo fusilado?

—Eso te iba a decir. No. Tenemos visa gratis, y cuando voy a que le pongan el sello a la mía, me dicen: “¡Gratis!” Y siendo que les matamos a Maximiliano. Y cuando me preguntan: “¿Y por qué está aquí?” Yo les respondo: “Porque nadie puede tocar La Cucaracha, y me dicen: “¡Ah!, está bien”. Me dicen eso y me ponen el sello. De todos los latinoamericanos, soy la única que tiene permiso de trabajo, pensión, seguro social. Todo en regla, como los austriacos. Te juro que yo he tenido milagros en Austria. Todo se me ha solucionado. Con mis cuatro hijas, me tocó la inflación. De mil dólares, se me volvieron 400, que son pagar el teléfono, la luz, el gas, la renta del departamento. Fue muy duro.

—¿Cuántos idiomas hablas?

—Nada más el inglés, el alemán y desde luego el español.

—¿Y el francés?

—Puedo decir que lo entiendo, porque es una cadena hotelera francesa donde trabajo, pero no puedo decir que lo hablo.

—¿Dónde trabajas ahora?

—Estoy en el *City Club*. Controlo todo lo de música. En un lado tengo todo lo clásico y en otro todo lo popular, en el lobby del hotel. A veces estoy tocando música popular, y oigo que me dicen: “Me gustaría algo de Mozart porque estamos en Viena”. Yo me levanto y digo: “Con mucho gusto”, porque a nosotros nos tienen por tercermundistas, tontos y flojos. Ahora ya cambió la opinión, y me dicen: “¡Cuidado con la mexicana!” Yo puedo hacer todo ahí. Es mi casa. Toco de las 6 a las 8 y de las 10 a las 12 de la noche, música clásica y música popular, lo que quieran. A veces llego al *Royal Park*, un restaurante lujosísimo, para bodas, banquetes, después de conferencias, cenas privadas, y me dicen: “Queremos música de autores austriacos: Mozart, Schubert”. Y luego que saben que soy mexicana, me dicen una tontería: “¡Ah, señora, queremos Guantanamera!”, que no es mexicana; y luego me piden que toque La Paloma, que tampoco es mexicana, que también es cubana; pero ellos la consideran que es nuestra, que es de México. Yo les digo: “¡No! Primero empezaré con los austriacos, y luego les tocaré todo lo que me pidan”. Son muy conocedores, son cultos, por ejemplo los chinos. Todos los días hay chinos y japoneses, todo el día están en el hotel porque tienen contrato fijo con agencias que les dan descuentos. Sé cantar algunas canciones en chino y en japonés. Estoy haciendo un disco donde se va a escuchar música oriental. Ellos me preguntan: “¿Y dónde aprendió el idioma?” Y todo porque sé cantar una sola canción. Canto en chino y me alaban: “¡Qué bien habla el chino!”. Yo, riendo les contesto: “Aquí lo aprendí... pero también toco música japonesa”.

Singui Tenimura es un gran compositor. Siempre va a grabar sus canciones a Meerling, un pueblito cerquita de Viena donde hay un estudio de grabación muy bueno; pero mi disco lo estoy haciendo aquí, porque quiero que diga: “Daniel Tuchmann. La Paz, Baja California Sur, México”. Quiero que sea de aquí, porque cuando oyen La Paz, no tienen idea ni de dónde queda; ni siquiera los mexicanos, ni siquiera en México. Cuando venía para acá, me preguntaron: “¿Se necesita pasaporte para ir a la Baja California...?” ¿Cómo es posible?

—Es por ignorancia, por deficiencia en la enseñanza que imparten las escuelas públicas y privadas —le respondemos a Quichu.

—Quichu: Llegaste a Viena, allá triunfaste. Después de varios años, ¿aún sigues estudiando?, ¿tienes tus maestros?

—Sí. Estudio Control de Conciertos. Toda la vida un pianista debe tener un gran maestro que lo guíe. Se llama Clavier Aben, que quiere decir, que se llama “Tarde de Conciertos”. Se juntan alumnos y maestros, y uno toca; luego la maestra o el maestro pregunta: “¿Qué les parece el primer movimiento?” Y uno dice: “No, allá es delicado”, porque aquí nada más ponemos el pedal, ¿verdad? Pero hay obras que tienen un octavo,



un treintadoceavo de pedal, medio, un cuarto o pedal completo, y si te equivocas, te lo están criticando: “Metió un cuarto de pedal y era medio pedal, y era pedal completo. Aquí era fuerte y no hizo cada frase”. Cada compás tiene cuatro o cinco detalles.

—El público de concierto en Viena debe ser muy exigente, ¿verdad?

—Muy exigente. En Viena son muy exigentes.

—¿Has dado conciertos en Viena, de música clásica?

—Sí, en el *Club International*. Ahí lo di en el *Künstlerhaus*. Toqué en el Año Nuevo. Pidieron una mexicana, fíjate, que nunca hubiera dado a conocer sus obras. Toqué mis “Cuadros Magnéticos”. Aquí tengo el póster, te lo voy a enseñar.

—¿Ya tienes música compuesta por ti?

—Sí, pero no soy compositora. Les gusta, quizá porque me sale del corazón, pero no estoy estudiando composición; quizá también porque en mi familia muchos somos músicos, somos artistas: Lito, Alfonso Álvarez Bañuelos, mi sobrino, que va a presentar una obra de teatro sobre La Paz, y quiere ponerle de fondo toda mi música. Anoche toqué Mi Bahía. ¿Te acuerdas? Toqué un poquito, pero siempre la toco diferente. Siempre en el *City Club* toco en diferentes tonos, y hay mexicanas que me dicen: “Quichu: ¿Me podrías enseñar esto de Manuel M. Ponce?” Música popular. Y cuando se los toco, me reclaman: “No, así no lo tocaste, era en diferente tono...”. Ése es mi problema. Que siempre toco diferente. Solamente respeto a los grandes, a los clásicos; pero de ahí en fuera, hago lo que quiero. No me dicen nada. Nunca me han dicho nada en el trabajo; al contrario, soy la única con trabajo fijo, porque todos y todas rotan cada seis meses. Soy la mamá de los directores, de todititos si se enferman.

—¿Cuántos años llevas trabajando allá?

—Ocho años. El *City Club* es una construcción bellísima. Es una pirámide de cristal, con una piscina de dos mil 400 metros. Es el único hotel en Europa con cocos, obeliscos, palmeras de dátiles, higos. Si vieras. ¡Es un paraíso! Hay instalaciones para el deporte que quieras. Tienen el sauna más grande del mundo... y yo nunca voy al sauna. El hotel tiene unos cuartos preciosísimos. Es un hotel muy bonito. Están contentos conmigo. Por eso creo que no me he venido para La Paz, porque los jefes me dicen: “No se vaya, no se vaya”. Y como yo nunca había trabajado, creía que un ama de casa no podía salir adelante... traumas de ama de casa; pero ahora me doy cuenta de que uno sí puede salir adelante, si se lo propone.

—¿Piensas regresar a tu tierra, a La Paz?

—¡Claro que sí! Me iba a venir este año a poner la famosa escuela, la academia de la que ya te he contado; pero por cuestiones de mi disco y del director que va a salir, y que me dice: “Espera a que yo salga”. Porque saliendo él, saldremos todo el equipo de esa dirección. Y lo agradezco, porque si no hubiera sido por ese trabajo, me hubiera tenido que regresar a La Paz inmediatamente, porque ¿cómo y de qué iba a vivir? Allá todo es muy caro, carísimo, no tienes idea de lo caro que es. Cuando vivía en Viena, tenía una olla de caldo para todos los estudiantes. Llegaban diciéndome: “Quichu: ¿No tienes un caldito?” Y ahí estaba yo, de tonta, haciéndoles comida a todos —dice Quichu, riéndose—. Algunas personas se enojaron cuando les dije que iba a trabajar. Me quisieron desanimar, diciéndome: “¿Pero cómo vas a trabajar? Eso es senilidad. Eres una vieja. ¿Cómo vas a trabajar en ese hotel, en esa cadena francesa? No hablas el idioma. ¿En la tierra de los pianistas, egresando siete mil cada año?, ¿con muchas pianistas jovencitas y muy guapas? Tú ya estás vieja y refe...”. Y mira, soy la única que ha durado, porque soy de aquí, porque soy mexicana, soy sudcaliforniana. Y llegan pianistas de todo el mundo, pero no dan la medida, por el oído, porque no pueden brincar de la música clásica a la popular y viceversa. No pueden cantar la música, no tienen oído. Aparte de lo que Dios me dio, me salvó el oído...

Nosotras pensamos que sus “amigos” de Viena, que se disgustaron porque ella consiguió el trabajo en uno de los mejores hoteles, no sólo de la capital austriaca, sino de todo el mundo, la criticaron corroídos por la envidia, porque como Julio César, el conquistador de las Galias, Quichu llegó, vio y venció. Y lo hizo fuera de su país, en una patria ajena, en la cuna, en la Patria de la Música precisamente.

Una modesta pueblerina, de una tierra desconocida, perteneciente a un país tercermundista; pero que olvidan con toda su mala leche el talento que Dios le dio, que ignoran al maestro que siempre la guió, Luis Peláez Manríquez, con verdadero talento musical; y desde luego su orgullo, su amor propio, que la llevó a vencer todos los obstáculos que se le presentaron. Y por si fuera poco, un ser humano noble y con un corazón tan grande, que sin vacilar la llevó a compartir su hogar y su comida, tan duramente ganados, con quienes ella creyó que eran sus amigos, que la necesitaban. Pero el agradecimiento pocas veces puede vencer a la envidia.

—Quichu, efectivamente, tu oído es un don que Dios te dio, ¿pero no consideras que a ello se sumó la formación que te dio el profesor Luis Peláez Manríquez?

—Pero si eso es lo que digo siempre por todas partes. Lo dije en la Radio Cultural cuando me entrevistaron. Él decía que yo era su hija espiritual, y así me considero. Nunca menciono a mis profesores de Viena. Siempre digo: “Nací aquí, de aquí soy”. Todo es de aquí.

—Insistimos en lo mismo. ¿No piensas regresarte a La Paz, a devolverle a esta tierra lo mucho que te ha dado, a transmitir a las nuevas generaciones tus conocimientos, tus experiencias y tus enseñanzas?

—Eso se sabe de antemano. Yo tengo una deuda muy grande aquí con Baja California Sur, una deuda muy grande con la ciudad de La Paz, y me siento muy culpable de no haberme regresado luego; pero nadie se imagina lo que uno puede pasar en el extranjero, donde todo es dinero. Por ejemplo, en el Control de Conciertos se pagan 150 dólares por hora.

Es mucho. Por decirlo, una clase en Viena, en forma privada, la cobran por hora y con reloj en mano, a 150 dólares. Cuando no se tiene piano propio y se quiere rentar uno, son tres mil chelínes por hora. Así es muy difícil sobrevivir. En estos años he visto cómo se devuelven cientos de talentos y otros que no tienen la suficiente fuerza para aceptar que no eran pianistas, porque de América y de Oriente llegan pianistas de muy alto nivel, muy reconocidos... y para atrás. Son cositas tan delicadas, imperceptibles en el control de sonido.

La falla de Latinoamérica es el control del ritmo, el control del sonido. Casi nadie estudia con metrónomo. Se debe estudiar con metrónomo, manos separadas y lentísimo, en ochenta el octavo. Nadie hace eso, empiezan a ver la belleza. Todo se debe estudiar como si fuera un estudio de Czerni, es la clave para una obra, saber cómo estudiar, no leer y mover dedos.

Decía el maestro Sendelhoff: “Cualquier persona que esté sentada en el piano unas seis horas diarias, aunque sea con los pies, logrará tocar el piano”. Pero no se trata de eso, ¿verdad? Tiene uno que tener la fuerza de voluntad para seguir, sentir mucho amor por la música y contar con la ayuda de Dios. Recuerdo que el profesor Peláez me decía: “Quichu: Yo te proyecto para Europa”. Yo pensaba: “¿Qué le pasa al profesor? Si yo tengo cuatro hijas, marido, soy ama de casa, ¿cómo me voy a ir a Europa?” Por eso digo, si Peláez me ve, desde el más allá..., él me tiene en Viena, en Europa.

—¿Entonces, consideras que la enseñanza del piano debe hacerse con los métodos tradicionales, aquéllos con los que tú estudiaste, el Beyer, el Clementi, el Burgmüller, etcétera?

—La técnica es la misma, el Óscar Beringer, que todavía sigue; nada más que allá hay otras formas de estudio con metrónomo, diferentes ritmos, pero a mí, la técnica de mi maestro Luis Peláez Manríquez, es la que me ha salvado.

—Concluyendo, Quichu. ¿No hemos valorado al profesor Luis Peláez Manríquez, no hemos apreciado sus esfuerzos, por ignorancia no supimos, no hemos sabido apreciar lo que tuvimos?

—Efectivamente. No nos gustaba la clase de Armonía. Nos gustaba, eso sí, mover los dedos. Pero él era muy serio, muy estricto en su cátedra. Debemos estar agradecidos por haberlo tenido como maestro... de que tuviera tanta paciencia para aguantar a tanto tonto que tuvo en sus clases.

Dice Quichu riéndose, y continúa diciendo:

Es que veíamos la música como un complemento, como un relleno. Nadie pensó que podía ser músico, ni yo pensé que podía ser pianista. A los quince años, cuando terminé la secundaria, mi mamá me dijo: “Te vas a ir a trabajar a la farmacia de La Perla de La Paz. Me llevaron. Entré a trabajar, y en las tardes me ponía a cantar, y Agustín Ruffo Azcona, uno de los dueños, me decía: “Señorita Isáis, aquí no es teatro”... Y me corrieron. Como te digo, yo tenía quince años. No nací para los números. Odio los números y el dinero, no me gustan esas cosas.

—¿Para cuándo está programado el regreso a tu tierra?

—Como dije antes, en cuanto se vaya el director. Puede ser a fin de año o para el año próximo... Pero tú insistes en mi regreso, ¿verdad?

—Sí. Considero que debes de regresar a tu patria, aunque creo que a lo mejor La Paz ya te queda chica, pero quizá podrías lograr mucho en la ciudad de México, y de ahí desplazarte a otras ciudades, mexicanas o extranjeras.

—Estás loca, ésta es mi tierra... ¿cómo me va a quedar chica?

—Te felicito que pienses así, porque ahora no hay quien forme talentos, y Baja California Sur siempre ha sido venero de pianistas, de músicos, de gente culta.

—De artistas —añade la Quichu.

—Sí, de artistas, tienes razón; pero muy mal apreciados, mal aprovechados.

—Hablando de eso, fíjate que le dije a la profesora Graff, de Viena, que es la que hace el Control de Conciertos, reconocidísima, verdadera formadora de grandes talentos. De estudiante ganó el concurso Chopin, segundo en el mundo, ¡imagínate! Le dije que quiero estar en contacto con ella, para que lo que se haga aquí, tenga validez en Viena. En eso tengo que llegar a trabajar en La Paz. Pienso traer a dos maestros. Hay un brasileño, como Iberé. Pablo está en Japón, donde le pagan un dineral, pero está feliz de venirse para acá, porque en Japón es puro trabajo, trabajo, trabajo y más trabajo, como tipo Viena. Allá son muy depresivos, con un alto grado de suicidios. No hay el calor humano de aquí, que es nuestro tesoro. Y aunque oigo que aquí hay pleitos y enredos entre los músicos, eso es normal; por eso dice la maestra Sendelhoff: “Quichu, ayuda a todos los músicos, guitarristas, saxofonistas, violinistas..., menos a un pianista”.

Y es que los pianistas somos muy complicados. Por mi parte —dice sonriendo—, yo adoro a todos los músicos de La Paz. Me río de las cosas que hablan. Hay que trabajar mucho para que las cosas estén bien, que salgan bien. No para uno solamente. Uno no es nada, No somos nada, ni artistas ni nada. Cuidado con eso. Como decía el profesor Luis Peláez Manríquez: “Dale un palo de cacaixtle a alguien, déjalo que siente que tiene poder, y verás lo que es capaz de hacer”.

—Sí, Quichu, a Peláez le gustaba decir eso... y tenía razón; como hombre de gran inteligencia, era muy cáustico, y conocía muy bien la naturaleza humana.

Recordamos algunas anécdotas del maestro Peláez y lamentamos su muerte prematura.

—Podía haber vivido más años, pero el cáncer lo venció. Pero al autor de Costa Azul, considerado el himno de Baja California Sur, los sudcalifornianos tenemos que hacerle justicia. Ayer, revisando unos papeles, me encontré un valsecito de él. Como no he tenido tiempo de revisar a fondo la música que tengo, de verdad me sorprendí. Se llama Te Soñaba. Le voy a decir a Luis —Quichu se refiere al licenciado Luis Peláez García— y a los hermanos de Luis Peláez, de esto que me encontré. Tiene

letra de Margarito Sánchez, el mismo que compuso la letra de Costa Azul. Me la voy a llevar. ¿Me oíste anoche, cuando toqué Costa Azul en mi concierto? —Ella se refiere al concierto que dio para beneficio del Asilo San Vicente de Paúl, invitada por las Damas Vicentinas, que preside su prima, la profesora Josefina González Verdugo.

—Sí, sí te oí. Tocaste precioso. La tocaste con el alma.

—Yo tenía la idea de que todos la cantaran, pero nadie se animó. Creo que fue porque la toqué en otro tono. Tengo que cambiarla a como está acostumbrado el público nuestro.

—¿Tu vida en Viena sigue siendo dura?

—Ahora ya no. Desde que entré a trabajar en el *City Club*. Y era dura porque me corrían siempre de los departamentos donde vivía. ¡Imagínate! En la Patria de la Música me corrían con mi piano. Llegaba la policía a las diez de la mañana, porque en Viena para todo llaman a la policía. Si estornudas o toses, y al vecino no le gustó que tosieras o estornudaras, llama a la *Polize*. Ésta llega, y te dice: “Señor, señora o señorita: A su vecino no le gusta que usted estornude, que tosa o que tenga puesto el radio, la televisión...” Así es. Hablas y dices que la lavadora está tirando agua, y llegan los bomberos. Una vez llegaron los bomberos a mi casa, y les pregunté: “¿Qué es?” Me respondieron que una vecina habló y les dijo que en mi apartamento estaba corriendo el agua de la lavadora. Pero la policía ya me conoce. A cualquier policía vienés le puedes preguntar: “¿En donde está la pianista, la señora mexicana, la señora Isáis, la conocen?” Y la policía les da mis señas. Ya ha pasado.

Para vivir con tranquilidad, tú debes de estudiar en un sótano que le dicen *Keller*, o bien, allá arriba, en la azotea; porque si no, al segundo día que llegaste e hiciste algún ruido que molestó a tus vecinos, ya tienes una carta de la dueña, diciéndote que “...el gobierno recogerá el apartamento si no saca a ese inquilino, porque no deja en paz a todo el edificio”. Así son de duros. Yo traté de estudiar tapándome con cobijas y con un foco

adentro, poniendo carteras de huevo en las paredes para aislar el sonido. No se pudo, imposible... Me corrieron de seis apartamentos, y los problemas venían después, porque no me querían devolver los depósitos. Pero siempre me ayudaron, el abogado de la Embajada de México, la maestra Sendelhoffner y el director del *Ender Bank*, que está casado con una mexicana, Irma Angulo. Decían: “Si usted tomó un *groschen* a la señora Isáis, está procesado”. Voy a escribir un libro de todo lo que viví en Viena.

Hay mucho pianista mexicano y uno que destacó fue Emilio Angulo. Hace como cinco años ganó un piano *Wossendoldorf*, pero a mí me da tristeza darme cuenta de que los latinos somos débiles de carácter, especialmente los mexicanos. Estamos considerados como blandos de carácter. Algunos se han casado con austriacas. Emilio se casó con una alemana. Se salen de Viena y se van a un pueblito. Ahí están cuidando a los niños, lavando pañales, cocinando y dando clases de piano a nivel medio, cuando podían venirse a México y dar mucho más. Eso es lo que yo pienso: ¡hay que regresar a dar lo que aprendimos, lo que sabemos! ¿Cómo me voy a morir allá? Ni lo mande Dios. A lo mejor me muero, pero no quisiera. Seguramente me van a echar dentro de una bolsa de plástico y me van a ir a tirar al Danubio. Así será –dice la Quichu riéndose–, por desconocida, porque les molesté, porque hacía ruido. En un festival cervantino, en Guanajuato, escuché a una cantante mexicana que había estudiado en Viena. Ella dijo: “Estar en Viena, es sudar gotas de sangre”. En aquellos años pensé que exageraba, pero ahora veo que era muy cierto. He visto estudiantes que sufren mucho. Como no hay trabajo en Viena para sostenerse, en la madrugada tienen que quitar la nieve de las calles, por cuarenta chelines la hora. Eso es muy duro para un estudiante, porque no dan becas. México no puede dar becas y Austria da muy pocas. Unas tres o cuatro por año, y sólo las dan por un año. Es muy poco, porque en un año sólo puedes saber que tienes que aprender todo de nuevo. Cambiar totalmente la técnica. En un año.

He visto llorar a una brasileña que estaba dando conciertos en Brasil, de fama internacional, y decía: “Vine a Viena para saber que no sé nada”. Quedan traumatizadas. Eso es muy peligroso. Depende del maestro que tengan, porque hay maestros que dicen: “No sirve, no sirve. Mejor haga

otra cosa”. Te lo dicen claramente, y los muchachos y muchachas quedan tan traumatados, que no vuelven a tentar un piano.

—Quichu, decías que en Viena son unos siete mil pianistas los que se titulan cada año, obviamente de todo el mundo. ¿En realidad son tantos así?

—Y nada más hablé de Viena, pero hay que sumar a los de Salzburgo y de Graz, que son como tres escuelas; así que entre todos suman unos 10 mil pianistas. Además, hay una infinidad de academias, de conservatorios; hay infinidad de escuelas de música en Viena y todas son muy buenas. Yo pasé mi examen junto con otros 49 pianistas, pero por problemas familiares me tuve que regresar a La Paz, y al año siguiente que volví a Viena, empaté con un austriaco, y le dieron la preferencia a él, porque me dijeron: “Él no nos cuesta y la mexicana nos va a costar nuestros impuestos”. Porque allá todo es dinero. Por todo y para todo tienes que pagar impuestos, por toditito. Por eso dijeron: “Que se quede el austriaco”, y me dejaron fuera. Por eso empecé a tomar clases particulares con la maestra Graff. Ella tiene una hija que da conciertos por todo el mundo, a dos pianos. Acaba de morir su padre..., con él tocaba. Fue una gran pérdida. Sendelhoff y Graff, dos maestros, de los mejores del mundo.

—Comparando la vida de México con la de Europa en general, ¿qué sacas en conclusión?

—Allá todo está computarizado. Si le tocas la puerta al vecino, te dice: “Extranjeros no”. No existe la caridad. Y yo lo entiendo. Han pasado por varias guerras y han sufrido muchísimo. Están duros de corazón, y desconfían de todos y de todo. Aquí nuestro tesoro más grande son los corazones y la vida de paz que hemos llevado. Aquí todavía puedes ir al mercado y decirle al puestero que te conoce: “Hoy no traigo dinero..., te lo pago mañana”. Allá no te dan ni agua si no tienes dinero; si no tienes con qué pagar, nadie te va a dar nada. Varios mexicanos se han nacionalizado dizque para poder trabajar y les fue peor. Les hablan porque tienen que pagar sus impuestos, porque les toca su vacuna. Allá te dicen, por ejemplo:

“Lunes, Día del Ahorro Nacional”, y todo el mundo tiene que ir a depositar en su cuenta de ahorros. Si no vas, te llaman y te preguntan por qué no fuiste. El martes hay que comer verdura. Esto y esto y lo otro, y allá van todos y lo tienen qué hacer. Son muy disciplinados. Algunos mexicanos tuvieron oportunidad de que les dieran trabajo. El director de las Naciones Unidas en Viena es un mexicano, don José María del Campo, muy buena persona: y cuando les habló que quería ayudarlos a sacar pasaportes a los mexicanos, quedaron fuera. Son muy duros con los extranjeros.

Por eso yo digo que los estudiantes deben de ir física y económicamente checados. Que deben de tener mucho cuidado. Después de estudiar unas seis horas con la calefacción, salen a la calle a menos cero. Uno ya perdió la vista. Otro director está tuberculoso. Están muy mal alimentados. Yo entiendo a esas personas que están sufriendo, que no tienen para comer, pero que están ahí y no se quieren venir, y también lo entiendo. Viena ofrece tantas cosas culturales. He estado hablando de los aspectos negativos y debí de hablar también de los positivos.

Tienes, por ejemplo, que con 10 chelines puedes ir a la ópera. En ninguna parte del mundo puedes ir a la ópera con un dólar. Es cierto, hay que estar de pie; pero cuando hay asientos, puedes sentarte tranquilamente. Yo fui diariamente a la ópera durante tres años. Ahora solamente voy a matinés. Voy a las doce del día o a las tres de la tarde a los conciertos, porque mi trabajo es por la noche y no me dan días libres, el Club está como cementerio y todos andan preguntando: “¿Dónde está la mexicana?, ¿dónde está la mexicana?” Será porque soy un payaso. Los regaño, los aconsejo. Ellas y ellos me cuentan todas sus penas. Y luego recibo tarjetas donde me escriben: “Todo lo que me dijo, me sirvió mucho. Contésteme”. No sé ni quiénes son. Luego recibo pañoletas de seda de Japón, chocolates de Suiza. Como ves, soy apreciada y querida allá..., ¡Gracias a Dios!

—Es que tú proyectas afecto, calor humano —le decimos a Quichu, y nos contesta:

—No soy yo. Es nuestro corazón latino, que es completamente diferente. Si me estoy ahogando y busco ayuda, me dicen: “Es tu problema”.

Ésa es la frase de allá: “No es nuestro problema”. Cualquier cosa que suceda, si pides ayuda, la respuesta es siempre: “No es nuestro problema”. Entonces hablo con el señor Brandolini, un italiano. Es muy bueno, todos son muy buenos conmigo. Y por lo mismo que nadie te da nada, todo mundo ahorra y guarda cuanto chelín gana. Por ejemplo, mi música, cuando me piden algo y no quiero decir que no me la sé, corro a comprarla, y yo la pago. Allá no me la van a pagar. Todo lo pago yo.

—Bueno Quichu. Veo que has logrado muchas cosas y te felicito.

—No, ¿de qué me vas a felicitar? Yo las felicito a ustedes porque las encuentro igualitas. Oigo que en La Paz están pasando muchas cosas, pero La Paz sigue estando hermosísima. Claro que está pasado por una etapa dura, pero no es en La Paz solamente. Allá en Viena, el nuevo director quitó a setenta empleados y nada más les llegó un fax cuando andaban de vacaciones. Yo hablé con el director, y le dije: “Señor director: Yo quiero que a mí me dé un mes cuando me vaya a correr, porque tengo piano, muchos libros y mucha música en mi cuarto”. Él se rió, y me respondió: “Quichu: Duerme tranquila. Serías a la que menos correría. Mato esto si te corro”. Por eso digo que aquí en La Paz estamos en la gloria. Lo que pasa es que aquí somos muy derrochadores y no nos acostumbramos a guardar. Eso es. El dinero está muy escaso. Pero por qué ver todo sobre el camino del dinero. Si nos uniéramos como hermanos que somos los paceños, otra cosa sería. Un amigo que vino para ayudarme con los discos, vino para acabar carátulas y afinar detalles, vino por cinco días, y me dijo: “Si yo fuera gobernador aquí, pondría una línea en la frontera con el estado norte, para que cada camión que pasara, pagara una cuota como el ferry. A cada persona que entrara a la Baja California Sur, le iba a cobrar una cantidad, porque en realidad, Baja California Sur es como una isla ¡preciosísima! Ustedes no saben lo que tienen”.

—¿Poner algo así, como una tarifa por el derecho de admisión?

—Algo así —me responde ella.

—Él tiene muy buenas ideas. Trabaja en las Naciones Unidas. Yo, cuando voy a Guanajuato a ver a mi hija que vive en Irapuato, veo que allá cobran en las carreteras. No sé si por usar las carreteras en todo México se paga, y yo me pregunto: ¿y por qué no aquí? Que cada persona que llegara en el ferry pagara, cuando menos diez pesos; que cada viajero que venga por la carretera del norte, los pague; que pusieran unas casetitas para beneficio de Baja California Sur, que siempre estamos abandonados...

—Acuérdate lo que solía decir don Miguel Cornejo González... antes éramos muy pobres, pero muy felices.

—Sí, pero antes no teníamos el satélite ni todas esas cosas, y queremos todo lo que va saliendo, desgraciadamente.

—Volviendo a tu música, en lo popular, ¿qué estás tocando?

—Todas las canciones que me sé, y voy a seguir aprendiendo siempre. Mis discos los quiero para hacer caridades. Todas las personas en mi trabajo me preguntan que si tengo discos o casetes, y el señor Víctor Michel me dijo: “Yo te voy a ayudar a tenerlos”.

—¿Quién es el señor Michel?

—Un señor boliviano, al que le gusta mucho la música.

—¿Qué otra música popular interpretas, además de la mexicana?

—Música de cada país. La que les gusta a los chinos, a los japoneses, a los franceses y a los italianos, por ejemplo.

—¿Cómo se llamará tu disco?

—“Para mis amigos”. En todos los idiomas. En lo clásico, el mismo programa de mi concierto en el Teatro de la Ciudad, Haendel, Beethoven, Schumann, Debussy, Scriabin, Ravel y Luis Peláez Manríquez.

—Quichu —le digo—, desde ahora te anticipo que platiqué algo con la señora Conchita Casas de Mercado, la presidenta del DIF estatal, para que te invite a dar un concierto a beneficio del Centro de Rehabilitación y Educación Especial. La idea fue del doctor Mario García Isáis, tu primo. No fue idea mía. Él es el subdirector de los Servicios Médicos y Asistenciales del DIF estatal.

—¿Tú también trabajas ahí?

—Sí, yo también trabajo ahí. Los dos trabajamos en el DIF estatal, que preside la señora Conchita de Mercado.

—Salúdame mucho. Me acordé muchísimo de ella el día de su santo.

—Hubieras ido a saludarla. Ella nunca invita.

—No fui porque estaba trabajando muy duro con mi disco.

—Volviendo a lo del concierto para el CREE. Desde ahora te avisamos para que te prepares.

—Con muchísimo gusto.

—Queremos que vaya muchísima gente, todos los clubes de servicio, los turistas de todos los hoteles, el “Tout La Paz” y el “Tout Baja California Sur”, porque los fondos que se recaben, van a ser, como digo, para el CREE María Teresa Soto de Alvarado.

—¡Qué lindo! ...El CREE se llama María Teresa Soto de Alvarado..., la Tere...

—Así es, Quichu, porque la Tere Alvarado lo gestionó y lo fundó. Y como su nombre lo indica, es para rehabilitar y educar a personas de todas las edades. Por cierto, Quichu, este nombre se le impuso cuando el licenciado Víctor Liceaga era gobernador.

—Víctor Liceaga..., nuestro compañero de la secundaria y nuestro amigo de la infancia. ¿Cuántas personas con discapacidad habrá?, porque antes no las veíamos.

—Hay muchos, porque ahora somos muchos más habitantes y porque además en el CREE se atiende a personas provenientes de otros estados.

—¿Dónde está ese Centro?

—Por la carretera al norte, frente a lo que fue la INALAPA. Mario siempre está muy pendiente de ese Centro.

—¡Qué bueno que un pariente mío esté siempre pendiente de ese Centro —dice la Quichu, riéndose.

—Sí, y como director de ese Centro, está el doctor Mario Rebolledo Urcádiz, el hijo de Manuel Rebolledo, hijo a su vez del coronel y exgobernador del Territorio, don Lucino Rebolledo. Manuel papá está casado con Clara Urcádiz, para que hagas memoria. A ellos los conoces muchísimo. Este Centro se construyó cuando la señora Paloma Cordero de De la Madrid, era Presidenta del DIF nacional. La Tere se lo solicitó; se lo autorizaron, y el Centro se construyó. Ha dado muy buenos servicios. Gloria Alicia Trueba de Liceaga, cuando fue presidenta del DIF en B.C.S. lo apoyó muchísimo. Víctor Liceaga también y, por supuesto, ahora que Conchita de Mercado es la presidenta, junto con su esposo, el licenciado Guillermo Mercado, el gobernador del estado, están trabajando mucho por el CREE.

—¡Qué bueno! Dile a Conchita y a Mario mi primo, que lo que quieran.

Así terminamos esta larga charla. Esta entrevista que se tuvo que hacer en varias sesiones porque a Quichu no la dejan en paz, ni por teléfono ni las visitas, y porque además tiene muchas cosas qué contar...

Esta entrevista se hizo en enero de 1995. Hace nada menos que 16 años. Hoy, en el 2011, han pasado muchas cosas en la vida de Quichu. Por fin regresó a su tierra natal, La Paz. Aquí radica. Fundó su Academia de Música, a la que le impuso el nombre de su guía musical: Profesor Luis Peláez Manríquez. Ahí se han formado y se están formando muchos nuevos talentos musicales. Se volvió a casar con el señor Luis Vázquez Ceja. Murió su mamá, luego de cumplir los ciento dos años de edad, lúcida y rodeada del cariño de todos sus descendientes, familiares y amistades.

Afortunadamente, sentimos que tenemos Quichu para rato, para que ella, con su talento, siga luchando para engrandecer a Baja California Sur, que tanto necesita de sus hijos, los de nacencia y adopción, para que siga creciendo, porque también el destino de Baja California Sur... “Con el dedo de Dios se escribió”.

Xóchitl y Aldo

Una bella historia de amor



XÓCHITL Y ALDO



*“XÓCHITL, te esperaré mi querida Xóchitl.
Esta noche en nuestro sitio, ven.
Una noche entera, sólo por ti, Xóchitl mía.
Te esperaré una noche más.
Ven Xóchitl, ven.
Te amaré por siempre.”*

Aldo Salatto Marini y Xóchitl Cristina Martínez Amador vivían en dos mundos totalmente opuestos, separados por el océano Atlántico. Él es oriundo de Italia, ella de México. Aldo se confesaba aventurero, un hombre que recorría el mundo sin ataduras de ninguna clase. Había abandonado muy joven su país natal y no echaba raíces en ninguna parte. Un buen día llegó a la ciudad de La Paz. Venía procedente de Centro y Sudamérica, de paso, para seguir viajando por la América del Norte. Le gustó el ambiente tranquilo de nuestra localidad, la afabilidad de su gente, y él, que había conocido y navegado por tantos mares, se enamoró del nuestro.

Xóchitl trabajaba en las oficinas de Aerocalifornia, las del malecón, a las que acuden tantos turistas. Aldo fue uno de ellos. Así empezó una relación que, de la amistad pasó al amor. Un amor que culminó en boda. Un matrimonio que procreó tres hijos, tres varones: Carlo (8), Claudio (7) y Alessio (6). Los cinco integraron una familia feliz, un verdadero



hogar que los cinco compartían, lo que atestiguaban quienes los trataron siempre juntos, siempre felices, siempre enamorados.

Xóchitl Cristina, hija del ingeniero minero Mariano Martínez Medina (QEPD) y de Yolanda Amador Soto de Martínez; quienes, a su vez, son padres de cuatro hijos, tres mujeres: Yolanda, Leticia y Xóchitl; y de un hombre: Cuauhtémoc.

En 2006, Xóchitl y su mamá Yolanda hicieron un viaje a Australia para visitar a sus hijas y hermanas Yolanda y Leticia, que desde que se casaron viven en esa isla con sus respectivos esposos. Sus hermanas encontraron a Xóchitl muy desmejorada y le aconsejaron que al regresar a La Paz, inmediatamente, se hiciera un completo chequeo médico. Pero ella nada sentía, no sentía ningún dolor. Sin embargo, siguiendo el consejo de sus hermanas, se hizo algunos exámenes médicos. A través de éstos, sus médicos le detectaron cáncer, diagnóstico que afrontó con mucho valor, empezando

inmediatamente su tratamiento. Su familia dice que Dios Nuestro Señor fue muy misericordioso con ella porque nunca sufrió dolores; algo que consideran un milagro, ya que ni en su etapa final los padeció.

Aldo la llevó junto con sus hijos a Italia, a la ciudad de Torino (Turín), donde radica su familia. Ahí la atendieron en un sanatorio de especialidades, pero nunca estuvo internada, sólo acudía a sus tratamientos. Seguía haciendo su vida normal, pero armada de gran valor. Sin llorar ni compadecerse, se dedicó a consolar a otros enfermos. Acudía adonde la necesitaban, a la hora que fuera.

Ella murió el 17 de mayo del 2007. Cuando llegó su hora, murió tranquila, lúcida, sin ningún dolor y con una sonrisa de paz en su rostro.

Aldo quiso que todos, él y sus hijos, compartieran esas horas de dura prueba. Así fue. Xóchitl fue incinerada allá en Torino, Italia, y sus cenizas traídas aquí a La Paz, en donde reposan en una cripta del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe.

La tarde en que depositaron sus cenizas en la cripta, Aldo le dio una despedida que conmovió a todos, porque le salió del alma. Le dio las gracias por la vida compartida, por el amor que ambos se profesaron, por haberlo rescatado de la vida de trotamundos y haberlo hecho un hombre de familia, y un responsable padre de tres hijos.

Xóchitl siempre fue devota de la Virgen María, en su advocación de María Auxiliadora, como toda su familia. Mariano, su padre, murió precisamente en el día que está dedicado a ella, a María Auxiliadora. En Torino, el sanatorio adonde Xóchitl acudía a sus tratamientos, está muy cerca de la iglesia dedicada a María Auxiliadora de los Cristianos. Xóchitl se encomendaba diariamente a ella; le pedía por su esposo, por sus hijos, por su familia, la mexicana y la italiana. Y como murió sin dolores ni sufrimientos, seguramente la Virgen la auxilió para que esto no sucediera. Así lo cree su familia... y nosotros también...

Leticia, su hermana, nos da una reseña de su vida. Misma que leyó cuando depositaron las cenizas de Xóchitl en la cripta del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, y enseguida la transcribimos:

“Xóchitl nació el 11 de julio de 1964. Fue la segunda de cuatro hijos. Esposa de Aldo y orgullosa madre de tres hijos: Carlo, Claudio y Alessio.

Siempre fue la soñadora, pero no sólo dejaba en sueños sus deseos, luchaba por ellos, con sus propósitos muy firmes, siempre dispuesta a luchar y a ayudar a quienes amaba. ¿Quién no recuerda sus puntadas cuando se tenía una conversación con ella? Yo crecí junto a ella. Era la que me hacía reír, la que me protegía de niña, aunque ya de jóvenes cambiamos el papel de protección, y era con la que viví cada etapa –si no físicamente, siempre de espíritu–, las que vivió con tanta intensidad y felicidad.

“De la última etapa de su vida, puede decirse que fue la que vivió con más felicidad. Ella siempre decía, bromeando, que se quería casar con un italiano. Recuerdo el día en que conoció a Aldo, recuerdo que me dijo que había conocido a un italiano (hasta en eso realizó uno de sus sueños, el de casarse con un italiano) y lo feliz que era al empezar a tener a sus hijitos, como ella decía. Era feliz y agradecida con la vida. Tantos sueños, tantos planes, que tristemente esta vez en eso se quedaron. Hasta en esa etapa dolorosa que vivió, nos enseñó su fuerza y su amor. Su agradecimiento a la vida y a Dios. No hubo nada de aquella niña miedosa, a la que durante su niñez le asustaban las películas de Drácula, que estaban muy de moda, y que por la noche me pedía dormir conmigo, y dormía con una toalla alrededor de su cuello, junto con una medalla, por aquello de las dudas.

“Su entrega a Dios fue enorme, tranquila de saber que sus tesoros más preciados, sus hijos, quedaban en las mejores manos que ella había escogido, las de su gran amor: Aldo.

“Xóchitl vivió con intensidad cada etapa de su vida; cada cosa, cada momento lo vivía realmente y lo disfrutaba. Nunca le gustaba guardar nada para después. Su ropa, zapatos, todo lo que compraba, lo estrenaba rápidamente. Su partida fue muy pronto para muchos de nosotros, pero partió tan tranquila, que me hace recordar las semanas que estuve con ella. En el cuarto que me correspondía, había una frase, que al leerla, me ha representado a Xóchitl, la que vivía intensamente: ‘Al final, lo importante es: qué bien has vivido. Qué bien has amado y qué bien has aprendido a dejarte ir’.

“La que siempre hacía un chiste gracioso, aun en la plática más seria. Pero la que también daba consejos, la que siempre trató de apoyar a sus amigos, en los que ella depositaba su confianza. Los ayudaba siempre

que podía. Pero también era aquélla que era fuerte en sus decisiones. Fue una hija fiel, y como esposa y como madre, estaba entregada a su familia.

“Hermana, siempre estarás en nuestros corazones. Te quiero.”

Y luego, un mensaje para Aldo:

A te Aldo, grazie per tutto quello che fatto per Xóchitl, per tuo grande amore per lei. Tutta la mia famiglia ti é grata. Non si sono parole per dis-titutto cio, pero tu lo sai. Che Dio te bendica in questo camino peri il quale dovai continuare, con il piu grande tesoro que lei ti ha dado ituo figli. Ricorda sempre le sua sonrisa que ha mantenuto fino a la fine.

Al terminar Leticia de recordarnos cómo fue Xóchitl, todos oramos. Aldo y sus hijos, con una flor en sus manos, depositaron las cenizas de su amada esposa y madre, en la cripta donde ya reposa. Una flor, porque en náhuatl, Xóchitl significa flor.

Efectivamente, los niños quedaron al cuidado de Aldo, y Aldo fue un magnífico padre. Pero Aldo tenía trazado otro sino. Él era muy aficionado al buceo. Seguía buceando, a pesar de las recomendaciones de sus médicos. Un problema de salud le impedía hacerlo, pero nunca hizo caso a estas recomendaciones.

Un día se fue a bucear a las playas de Ensenada de Muertos, por El Sargento y La Ventana, en la zona costera de la delegación de Los Planes. Pescadores que lo conocían, platican que se sumergió, y cuando salió, venía muy agitado, respirando con dificultad, y al preguntarle cómo se sentía, les respondió que acababa de tener una experiencia tan hermosa, que quería volverla a vivir; se volvió a lanzar al agua, y ya no salió vivo... lo rescataron muerto.

Muchos pensamos que Xóchitl vino por él o él pidió irse con ella. Sólo Aldo supo, al final de su vida, qué es lo que vio y cuál fue la experiencia tan hermosa que él vivió en el fondo del mar. Aldo murió el 15 de diciembre del 2010. Días antes, les había comprado a sus hijos sus regalos de Navidad, lo que ellos le habían pedido. ¿Presentimiento sobre su cercano fin?... Sólo Dios lo sabe. Sus restos fueron cremados y depositados en la misma urna donde reposan los restos de Xóchitl. Ahora Aldo y Xóchitl reposan juntos... De aquí a la eternidad...



ORACIÓN A MARÍA AUXILIADORA

Santísima Virgen María que has sido constituida
como Auxiliadora de los Cristianos.
Te elijo como Señora y Dueña de esta casa, y te pido
que te dignes a mostrar en ella tu poderoso auxilio,
preservándola de la peste, del fuego, del agua, del rayo,
de los ciclones y de los terremotos, de los ladrones,
de los impíos, de los bombardeos, de la guerra
y de cuantas calamidades tú conoces.
Bendice, protege, defiende y guarda como cosa tuya
a las personas que habitan y viven en ella;
presérvales de todas las desgracias y accidentes,
y concédeles, sobre todo, la importantísima gracia
de evitar el pecado.
¡Oh!, María Auxiliadora de los Cristianos,
ruega por cuantos viven en este hogar,
que se te ha consagrado para siempre.

Rubén Alejo Aréchiga Espinoza

Abogado, notario público y hombre de bien



RUBÉN ALEJO ARÉCHIGA ESPINOZA



Con certeza puede decirse que Rubén vivió su vida plenamente.

Oriundo de la ciudad de La Paz, capital del Territorio Sur de la Baja California, donde nació el 17 de junio de 1943. Fue el cuarto hijo del matrimonio formado por don Luis Aréchiga Castro y doña Antonia Espinoza Ojeda de Aréchiga. Compartió el hogar paterno con sus hermanos: Raúl, Enrique y con Cristina, la única mujer. Enrique falleció hace algunos años. Su mamá murió de fiebre tifoidea. Los niños quedaron al cuidado de su padre; de su tío Chepe, hermano de su padre, y de su esposa, la tía Valeria; así como de su abuela materna, la mamá de doña Antonia.

Rubén cursó la educación primaria en las escuelas Venustiano Carranza —la inolvidable Escuela 8—, y en la 18 de Marzo, de esta ciudad. Luego ingresaría a la Escuela Secundaria José María Morelos y Pavón, la única secundaria en todo el Territorio Sur de la Baja California por aquellos años. Como entonces en toda la media península no había ninguna escuela preparatoria, al concluir la secundaria, Rubén se fue a la ciudad de Hermosillo, Sonora, donde cursó el bachillerato, y al terminarlo con excelentes calificaciones, ingresó a la Escuela de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Sonora, para cursar la carrera de abogado, de 1963 a 1968.

Terminados sus estudios profesionales, y siendo todavía pasante, prestó su servicio social en el Bufete Jurídico de la licenciada Beatriz Eugenia Montijo Híjar. Presentó su examen profesional con la tesis “Derechos

de Autor”, siendo aprobado por unanimidad; obteniendo su título de licenciado en Derecho, con mención honorífica, el 14 de junio de 1969. Su cédula profesional se le extendió el 30 de octubre de 1970, por la Dirección General de Profesiones, de la Secretaría de Educación Pública.

Siempre buscando crecer profesionalmente, tomó muchos cursos a lo largo de su vida, relacionados con su profesión, pero también con su desarrollo como ser humano.

Rubén tuvo una vida muy productiva en el ámbito profesional, tanto en el ejercicio libre de su profesión, como dentro de la administración pública. Al regresar a su tierra natal, continuó como abogado postulante por algunos años, atendiendo negocios de índole civil, mercantil, laboral, penal, administrativa y de amparo.

Dejó de ejercer libremente su profesión al ingresar a la administración pública, ocupando varios puestos dentro del servicio público, reanudando al ejercicio libre de su profesión de 1987 a 1989, cuando fue designado Notario Público No. 10, con residencia en San José del Cabo, BCS, notaría que estuvo atendiendo hasta su muerte.



Rubén también ejerció algunas labores docentes. Siendo abogado legalmente titulado, fue catedrático de ética en la escuela preparatoria José María Morelos y Pavón, y maestro de derecho civil en la Escuela Técnica Industrial y Comercial No. 27, aquí en la ciudad de La Paz. Ya radicado en San José del Cabo, fue expositor de temas jurídicos en el CONALEP, de esa cabecera cabeña.

Dentro de los cargos desempeñados en el servicio público se pueden citar el de delegado federal de Turismo, director de Turismo del gobierno del Territorio, magistrado del Honorable Tribunal Superior de Justicia del Estado, asesor jurídico del gobierno del Estado, director de Gobernación y Asuntos Jurídicos del gobierno del Estado, subsecretario técnico del Consejo Estatal de Población, vocal ejecutivo del Centro Estatal de Estudios Municipales y asesor jurídico de los municipios de La Paz y Los Cabos.

Como Rubén siempre fue un hombre muy inquieto, tomó parte activa en la vida de la comunidad; así que en los distintos procesos electorales que se vivían en la entidad, estuvo comisionado en casillas, en los comités electorales de distinto nivel. Desde 1960 se afilió al Partido Revolucionario Institucional, en donde también ocupó diferentes cargos dentro de las mesas directivas, tanto de los comités municipales como estatales.

Fue miembro fundador y secretario de Relaciones del primer consejo directivo de la Asociación Estatal de Abogados al Servicio del Estado, afiliado a la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, la CNOP del PRI; y, posteriormente, fue delegado en el municipio de Los Cabos, de la Asociación de Abogados; fue integrante de la dirección del Centro de Estudios Políticos, Económicos y Sociales, CEPES; y miembro de la agrupación política de Profesionistas y Técnicos, también afiliada al PRI.

Desde muy joven se inició en la masonería, aquí en La Paz, en la Ilustre, Digna, Centenaria y Respetable Logia Masónica Los Fieles Obreros de la Baja California No. 189. Fue miembro fundador de otras logias, entre ellas la Delta No. 15, de la ciudad de La Paz; de la Gran Logia de los Antiguos, Libres y Aceptados Masones de Baja California Sur; y del Club Shriner de La Paz y Los Cabos, dependiente del Centro Al Bahr, de San Diego, California, E.U.A. Encabezó las sublogias Antonio Mijares

No. 221, el Capítulo Rosacruz Guillermo Silver No. 9, el Consejo Kadosh Humildad No. 5 y el Soberano Consultorio Regional La Paz No. 44.

Obtuvo todos los grados del rito Escocés, hasta llegar a Gran Inspector de la Orden, Grado 33; y hasta su fallecimiento, fue subdelegado provincial para Baja California Sur, del Supremo Consejo de México, del Trigésimo Tercer y Último Grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado por los Estados Unidos Mexicanos.

Rubén fue redactor de la primera Ley Orgánica del Poder Judicial y del Código Penal del Estado de BCS, que estuvo vigente de 1981 a 1991. Redactor de la reforma administrativa del Poder Ejecutivo, durante el régimen del gobernador Alberto Andrés Alvarado Arámburo, y de un anteproyecto del Código de Procedimientos Penales para el Estado de Baja California Sur.



Nuestro biografiado, como todo buen provinciano, vivió su niñez y su adolescencia de acuerdo a la usanza de aquellos años; y siendo paceño, la disfrutó al estilo paceño de entonces, con la palomilla de su barrio, con sus compañeros de escuela, con los de primaria y luego con los de secundaria. En Hermosillo, durante su etapa de preparatoriano, y luego ya en la profesional de Derecho, también hizo muchas amistades, mismas que perduraron a lo largo de los años, y con las que siguió manteniendo contacto hasta su muerte.

Cuando concluyó sus estudios profesionales, regresó a su querida ciudad de La Paz, al lado de su familia. Conoció a la señorita Emma Alba de la Peña Arámburo, hija del estimado matrimonio formado por don Fermín Chacho de la Peña Gama y la señora Emma Arámburo de De La Peña, quienes radicaban en San Antonio, B.C.S., y donde Emma Alba, Puli para su familia y amistades, compartía el hogar paterno con sus hermanos: Fermín, Juan Ángel y Adolfo, y con sus hermanas Herlinda y Narda. Puli y





Rubén se conocieron, se trataron y se enamoraron, poniéndose de novios a la usanza de la época, con chaperón incluido, y se casaron civilmente en la casa paterna de la novia, y por la iglesia en la Misión de San Antonio, de esa población, el 3 de mayo de 1971.

El joven matrimonio fijó su residencia en la ciudad de La Paz, donde nacieron sus tres hijos, tres varones: José Rubén, Valerio Antonio y Héctor Alejandro. José Rubén y Héctor Alejandro son abogados, y Valerio Antonio, licenciado en administración de empresas turísticas. Los tres son egresados de la Universidad de Sonora, la UNISON, como su padre. Al formar sus respectivas familias, les dieron a sus padres siete nietos; Daniel, Valeria, José Rubén, Darío, Emilio, Luis David y María José, para alegría y orgullo de sus abuelos.

Como matrimonio, Emma Alba y Rubén participaron en muchas actividades de su iglesia, la católica, y obviamente también participaron activa y entusiastamente en las actividades que se organizaban en los planteles donde estudiaban sus hijos, y colaborando con la comunidad.

Para Puli, su esposa, para sus hijos y nietecitos, para sus hermanos Raúl y Cristina, su familia cercana, y para sus numerosas amistades, Rubén Alejo murió prematuramente. Sentimos que todavía tenía mucho qué dar, pero así lo dispuso Dios Nuestro Señor. Murió sin sufrimientos y eso es una gran bendición del Creador, sin hacer cama corta ni larga. Su fallecimiento fue casi instantáneo. Un infarto fulminante cuando, al lado de su esposa y de uno de sus hijos, veía un programa de televisión. Tranquilo, platicando, comentando, sin ningún sobresalto, en la intimidad hogareña. Tan repentina y tranquila fue su muerte, que uno de los médicos que lo atendieron, acudiendo al llamado de la familia, dijo muy convencido, que si a él le fuera posible escoger qué tipo de muerte quería, él pediría, sin dudar, la misma muerte que Rubén. Pasó rápidamente de la vida a la eternidad.

Rubén Alejo fue velado y cremado en la ciudad de La Paz, y sus cenizas guardadas en una urna colocada en un altar especial, en el hogar familiar. Ahí estará, siempre acompañado de su esposa por casi cuatro décadas. Rubén murió el 22 de octubre del 2010. Puli espera que, cuando a ella le llegue la hora de acompañarlo en la dimensión desconocida, sus cenizas

estén unidas en la misma urna. Unidos en la muerte como lo estuvieron en la vida.

Hasta ahora Rubén no ha estado solo, Puli, sus hijos y nietos le platican, le rezan, lo cubren de flores; con la certeza, y de acuerdo con su fe, del encuentro final en la otra vida.

En su velorio, uno de sus hermanos masones, el H. Sealtiel Enciso Pérez, lo despidió con estas palabras:

Hoy los amigos y amigas de la familia, su familia directa y sus queridos hermanos, nos encontramos frente a su cuerpo, del cual ya ha partido su esencia hacia la inmortalidad y, que de él surja un árbol, que simbolizará la inmortalidad de sus ideas; y que como faro de luz, nos dé la guía para ser buenos hijos, buenos padres, buenos esposos y buenos hermanos.

Don Ramón Briceño Ruelas

Honradez, tesón e ingenio



DON RAMÓN BRICEÑO RUELAS



Hablar de este nayarita-sudcaliforniano, es hablar de un hombre trabajador, honrado y muy ingenioso. Fue pionero en el Territorio de Baja California Sur, de algunas pequeñas empresas familiares, que junto con su esposa y sus hijos, desarrolló a costa de grandes esfuerzos.

Don Ramón Briceño Ruelas nació en Santiago Ixcuintla, Nayarit, en el año de 1900. Hijo de don Ramón Briceño y de doña Petra Ruelas de Briceño, ambos oriundos también de Nayarit. Sus estudios básicos los cursó en la escuela primaria Amado Nervo, en la ciudad de Tepic, capital de su estado natal y, en 1920, partió a la ciudad de México para participar en la primera promoción oficial de celadores aduanales, a cargo del entonces Ministerio del Timbre. En plena juventud, hacia 1925, empezó a trabajar en las estaciones terminales de los Ferrocarriles Nacionales de México, en Puebla, Toluca, Tepic y Mazatlán, en donde lo pasaron al Departamento de Aduanas Marítimas.

En este puerto sinaloense contrajo matrimonio con la señorita María Guadalupe Rodriguera Carreón, mazatleca, hija primogénita de don José Rodriguera Hernández y de doña Juana Carreón de Rodriguera. Días después de la boda, en febrero de 1930, los nuevos esposos se vinieron a radicar a La Paz, adonde había sido enviado el joven celador aduanal. Pero su esposa, acostumbrada a trabajar, ya que había cursado estudios de comercio en una ameritada academia comercial en su nativo Mazatlán, le propuso a su esposo instalar una fuente de sodas, con venta de refres-

cos y nieve; esta última, elaborada ahí mismo, en un primitivo rehilete. A la fuente de sodas la bautizaron como Villa del Mar, y ahora recuerda doña Lupe que estaba ubicada en el lugar del Palacio Federal, que ocupan la Aduana y la Oficina Federal de Hacienda.

En 1931, los Briceño Rodriguera decidieron cambiar su negocio a la esquina de las actuales calles de Mutualismo y Melchor Ocampo, construyendo en ese sitio una casa de madera de estilo escocés; construcción que, por cierto, todavía sigue en pie. Ahí abrieron la primera fábrica de refrescos embotellados de La Paz, fabricándolos rudimentariamente y a costa de grandes trabajos, auxiliados por una vieja taponadora comprada a don Jorge S. Carrillo, quien, a su vez, la había adquirido en una subasta en Los Ángeles, California, E.U.A.

La fábrica y los refrescos recibieron el nombre de La Paceñita y, como dijimos, eran elaborados rústicamente; embotellándolos en cuartitos comprados al público, con una etiqueta de papel que se pegaba con goma y que, por lo tanto, casi siempre se despegaba al refrigerarlos, por la humedad. Cada refresco se empezó a vender a 15 centavos y, al año siguiente, cuando don Ramón empezó a gasificar, se armó un gran escándalo entre su cada día más numerosa clientela, porque el fabricante le subió el precio a veinte centavos. Cinco centavos más por botella. Pero poco a poco los clientes entendieron que los costos de fabricación aumentaban y dejaron de protestar. Más tarde, don Ramón firmaría un contrato con la fábrica Kist, de Guadalajara; lo que hoy se llama una franquicia, que le dio la concesión para embotellar aquí la conocida marca, muy popular en esa época.

En el año de 1934, el gobierno federal, para quien don Ramón trabajaba, lo promovió al puerto de Guaymas, Sonora; pero don Arturo C. Nahl, empresario de la Tenería Suela Viosca, habló con don Ramón, pidiéndole que a toda costa se quedara en La Paz, porque sus refrescos eran la salvación del numeroso personal que trabajaba en su factoría, en la curtidora de pieles. En un viejo modelo T de la Ford, comprado al entonces joven Luis Felipe López, don Ramón se dedicó a la venta de hielo, sin dejar su embotelladora de refrescos.



En 1941 incorporó a sus empresas caseras la fábrica de paletas heladas, que empezó a vender a ¡Un centavo la pieza! En ese año abrió una vulcanizadora de llantas, que le daba servicio a los casi cincuenta vehículos de motor, entre camioncitos y automóviles, que circulaban en toda La Paz.

A don Ramón lo involucraron desde entonces en toda suerte de promociones sociales. Fue organizador de tres de los mejores carnavales paceños de aquellos años. Promovió una regata de La Paz a Mazatlán. Tuvo a su cargo la organización de una célebre función de box en un improvisado cuadrilátero que instaló en forma increíble, en el escenario del Teatro Juárez, que estaba acondicionado solamente para teatro; esto, ante la protesta velada y abierta de muchos paceños. Con tres lados inutilizados,

el público vio esa pelea desde un solo ángulo; pero en la taquilla se reflejó un rotundo éxito.

Se enfrentaron el Campeón Buradán de Sinaloa y Enrique Nava Palacios, el Sordo Avilés de Sonora contra Kid España de La Paz, un campeón nacional de apellido Verdín contra el inigualable y admirado Kid Chocolate, verdadero ídolo en Baja California Sur.

Promovió un juego de beisbol, coordinadamente con el profesor Manuel Gómez Jiménez, entre una novena extranjera, de Estados Unidos, y el célebre equipo Suela Viosca, donde, entre otros, jugaban Panchito Urcádiz, Amado Romero, Arsenio Camacho y el texano Emilio Castro.

Años después, y siempre como pionero de muchas cosas aquí en La Paz y en Baja California Sur, don Ramón armó, con un viejo motor de automóvil, un molino de nixtamal para vender masa a diez centavos el kilo, y tortillas de maíz cocidas en grandes comales y elaboradas a mano, a 50 centavos el kilo. Pero los paceños no estaban muy acostumbrados a las tortillas de maíz, y preferían las de harina, hechas en casa; mientras que los fuereños del interior de la República, sobre todo los militares y marinos, preferían las de maíz; pero en sus casas, sus mujeres se las elaboraban, obviamente, y muchas de las soldaderas, inclusive, tenían entregas de dichas tortillas en algunos hogares de La Paz; así que don Ramón y doña Lupe, al principio no la tuvieron nada fácil con su tortillería.

Pero los dos eran muy tesoneros. Don Ramón era un hombre con mucha visión, y doña Lupe es una mujer con una gran vocación empresarial, de nacimiento. Ambos decidieron buscar la forma de que sus tortillas se vendieran, y decidieron ponerlas más cerca de los clientes, llevándolas a vender a las tiendas más conocidas de la época, en los barrios paceños de El Chollal, con Pepe Castro Manríquez; en el centro, con don Conrado de la Peña; en Pueblo Nuevo, con Bernardo Maldonado, y en El Manglito, con Ramón Orantes.

Entre otras cosas, se asegura que a don Ramón se deben las famosas serenatas del Jardín Velasco, en esta plaza, a la que también se le dio el nombre de Plaza Constitución. Serenatas que luego, y durante muchos años, se hicieron parte de la tradición paceña. En el curso de los años, na-

cerían sus hijas e hijo: Guadalupe, maestra de educación superior, también graduada en cultura de belleza, cocina, y corte y confección; Ramona, médico cirujano dentista, egresada de la Universidad de Guadalajara (ella y la doctora Carmen Rodríguez Cota, son las pioneras, las dos egresadas de la Facultad de Odontología de la U. de G. Las dos también trabajaron como dentistas militares, con grados de oficiales, en la Secretaría de la Defensa Nacional). José, que siempre estuvo trabajando en los negocios de sus padres, y luego se establecería por su cuenta, como vendedor de refacciones automotrices; Jacinta California, contadora; Irma, quien fallecería en su infancia, y Rosalba, que también colaboraba en los negocios familiares.

Don Ramón y doña Lupe, patriarcas de la familia Briceño Rodríguez, de común acuerdo, también podemos decir que fueron pioneros para darles carrera a sus hijas mujeres. José, conocido como el Chepe Briceño, quería ser marino militar de carrera, pero al cambiar la Escuela Naval de Mazatlán a Veracruz, ya no pudo irse. Sus padres lo necesitaban cerca y aquí se quedó. Pero don Ramón y doña Lupe formaron una familia trabajadora, tesonera, que lo que han logrado, lo han hecho a base de trabajo, a costa de grandes esfuerzos, y respondiéndoles a sus padres, que con grandes sacrificios, a veces hasta el desmayo, por trabajar sin descanso, los ayudaron e impulsaron a superarse.

Hay algo que se comentó durante la administración del licenciado Víctor Manuel Liceaga Ruibal, cuando siendo gobernador del estado, su gobierno implementó un programa para apoyar la creación de pequeñas empresas. Ramona Briceño Rodríguez siempre había tenido la inquietud de refundar la tortillería de sus padres, pero decidió que fabricaría tortillas de harina. Solicitó el préstamo al gobierno estatal, y dicen que cuando le comunicaron al gobernador Liceaga acerca de la solicitud de Ramona, dijo: “Présténle el dinero. Ella va a pagar el préstamo. Son gente honrada y trabajadora”. Eso demuestra que la semilla sembrada por sus padres, su ejemplo y sus enseñanzas, rindió buenos frutos.

Agobiado por el cansancio y las enfermedades físicas, don Ramón Briceño Ruelas falleció en la ciudad de La Paz, el 30 de noviembre de

1972; coincidentemente, el día del cumpleaños de Lupe, su primogénita. Fue enterrado en esta ciudad, en el Panteón de Los San Juanes, en la tierra que adoptó como suya, y que con su trabajo, su ingenio y esfuerzo, contribuyó a engrandecer. Es un verdadero Forjador de Sudcalifornia.

Ingeniero Francisco
Domínguez Salgado
Orgullosamente todosanteño



FRANCISCO DOMÍNGUEZ SALGADO



Es uno de los personajes más representativos del auténtico carácter de los sudcalifornianos. De mente muy ágil, dicharachero, directo y muy franco en el hablar. Su plática, siempre amena, está salpicada de malas palabras, pero que en él no se oyen mal; más bien, refuerzan sus comentarios.

Oriundo de Todos Santos, donde nació el 4 de octubre de 1927, se confiesa orgullosamente todosanteño. Sus padres fueron don Carlos Domínguez Legaspi y doña Chepita Salgado de Domínguez. Como vemos, sus raíces son profundamente sudcalifornianas, y no las puede ni las quiere ocultar.

A lo largo de sus casi ochenta años, Paco ha hecho muchísimos amigos. Muchos de ellos se han ido quedando en el camino, como es la ley natural; pero con los que sobreviven o los que sigue haciendo, cultiva una amistad sincera, sin hipocresías.

En su nativo Todos Santos cursó la educación primaria, en la querida escuela Melitón Albáñez. En la ciudad de La Paz cursó la secundaria, en la José María Morelos y Pavón, única escuela de ese nivel a lo largo y ancho del Territorio Sur de la Baja California, dirigida por la sabia mente y férrea mano del profesor Domingo Carballo Félix, Maestro de Maestros.

Al concluir sus estudios secundarios, se fue a Ciudad Juárez, Chihuahua, donde ingresó en la prestigiada Escuela de Agricultura Escobar, Hermanos y Cía., con los Cebolleros de Juárez, como se les conocía en

todo el país, y que, según el propio Paco, era una escuela muy dura. Sus maestros eran muy exigentes y el plantel se distinguía por ser militarizado y con férrea disciplina. En dicho plantel concluyó sus estudios profesionales de ingeniero agrónomo en 1949, regresando a la ciudad de La Paz.

Gobernaba el Territorio el general don Agustín Olachea Avilés, quien le dio empleo. En esa época, recuerda Paco, los profesionistas eran muy escasos, y más aún los profesionistas nativos sudcalifornianos; así que entró a la Dirección de Recursos Hidráulicos, donde llegó a ser ingeniero residente.

“Ahí aprendí a hacer topografía e hice algunos levantamientos topográficos. A propósito, hice el levantamiento de El Mogote. Lo recuerdo ahora que andan haciendo ahí algunas obras... Lo hice junto con un gringo. Desde entonces, el general Olachea tenía la visión de hacer una especie de Venecia, con canales y otras obras que fueran atractivo turístico.

Luego fui procurador Agrario del Territorio, en 1951. Pero como ya estaba ganando mi sueldo, le fui dando largas a la titulada. Entonces mi padre habló con don Agustín, que entre paréntesis era su compadre, porque el general Olachea fue mi padrino de confirmación y era muy amigo de mi familia. Bueno, pues, mi padre le pidió al gobernador que me presionara para que me fuera a titular y, desde luego, Olachea atendió de inmediato la petición muy justa de su compadre. Así que me llamó y me dijo tajante: ‘Mira Paco, si no te vas inmediatamente a titular y me traes tu título, ya no tienes trabajo. Te mando mucho a la chingada’. Así que no tuve más remedio que irme a Ciudad Juárez. La verdad es que ya tenía hecha mi tesis profesional, la que titulé ‘Cultivo e industrialización de la caña de azúcar en el Territorio de Baja California Sur’.

Como vemos, la cabra siempre tira al monte, el ingeniero Domínguez le rendía así un homenaje a su tierra natal, la bella población cañera.

“Lo malo es que a Ciudad Juárez me enviaban la mitad de mi sueldo, como una especie de beca, y ya tú verás que ni me titulaba ni me regresaba, pura vida en Juárez. Así que don Chale, mi padre, volvió a hablar con su compadre, el gobernador, para que me ordenara regresarme de inmediato. Y que me llega una telegrama donde me dicen que si no me

regresaba con mi título profesional en la mano, me olvidara de mi trabajo y de mi sueldo. Así que entendí que debía de titularme y regresarme de inmediato, y eso hice.

Regresé, y en 1951 el general Olachea me mandó como director agrícola al Valle de Santo Domingo. Ése era mi puesto. Invité a dos amigos míos, también ingenieros agrónomos, para que vinieran al Territorio; y los llevé al Valle para que nos ayudaran en la medición. Recuerdo que lo dividimos en cuatro secciones. Ahí estuve de 1951 a 1959, porque, como dije antes, ya había sido procurador Agrario en el Territorio...

Trabajamos muy duro. El general Olachea nos mandaba palma, alimento, trabajadores. Había que hacer perforaciones. Me decía siempre: ‘Ten mucho cuidado, al que presente más desmante y más trabajo. Haz una lista para luego pasársela a Sami Morales’, que era el que estaba como jefe de recursos hidráulicos aquí en La Paz, y ellos eran los que autorizaban las perforaciones”.

Así se inició la apertura del Valle de Santo Domingo, con muchas penurias, con muchos sacrificios y sufrimientos.

“El gobierno del Territorio les dio su aval a los agricultores. Recuerdo que en una reunión donde estábamos Raúl Estrada Navarro, entonces tesorero del gobierno del Territorio; don Cuauhtémoc Hidalgo Puppo, que era el oficial mayor del gobierno territorial; el capitán José María Garma González, que era el secretario particular de don Agustín, entre otros, discutimos lo relacionado con el avance de las obras del Valle.

El general nos decía: ‘Miren, ya sé que esta gente, los colonos, no van a poder pagar al principio; pero vamos a ver cómo le hacemos para que el Valle salga para adelante’. Entonces un rancho, con pozo, con un equipo de bombeo y con un tractor, andaba por los 250 mil pesos. Una verdadera fortuna en aquellos tiempos. A los dos años se vinieron los vencimientos y, como es natural, los colonos no tuvieron para hacer los pagos, y el gobierno territorial era su aval.

Entonces la Federación, al ver que no le pagaban, empezó a recortar las participaciones del Territorio, que por cierto, en esos años, no eran muchas... Así que a don Agustín se le vino encima una depresión económica

muy fuerte, porque le estaban quitando gran parte de las participaciones del Territorio para pagar los avales que había dado el gobierno local a los agricultores del Valle de Santo Domingo.

Pero, el general Olachea, con mucha visión, construyó la casa en El Caimancito, que entonces se llamaba Casa Presidencial, porque ahí se recibía a los presidentes de la República. Esta casa se construyó con recursos del Territorio, pero también con recursos de personas de aquí, como don Miguel L. Cornejo González y Miguel Pino Pallas, entre otros. Así que no sólo el gobierno aportó dinero. Al terminarla, el general Olachea invitó al presidente licenciado Miguel Alemán Valdés, a visitar el Territorio y la ciudad de La Paz. Luego ofreció una cena en esta casa. Ahí estuve yo —recuerda Paco—, también estuvo mi compadre Alberto Alvarado Arámburo (QEPD), quien creo, era el encargado del Molino Harinero. Ahí, en esa casa, el Presidente Miguel Alemán le prestó dinero al Gobierno del Territorio para que saliera de sus apuros y pagara todas sus deudas. Y ésa es la historia del Valle de Santo Domingo y de cómo fue creciendo.

Recuerdo a los colonos que recién llegaron con sus familias. Fueron épocas de mucho sacrificio, de muchas penurias, entre ellos a Raymundo Hernández, la familia Álvarez, los de la colonia Allende y muchos, muchos otros más. Por el Valle de Santo Domingo anduve mucho tiempo. Luego vinieron cambios en el gobierno territorial. Al general Olachea se lo llevaron a la presidencia del comité ejecutivo nacional del PRI. Se vino la cuestión del Frente de Unificación Sudcaliforniano, el FUS. Llegó el general de división Bonifacio Salinas Leal a gobernar el Territorio, y como era natural, trajo a toda su gente y sacó a toda la gente sudcaliforniana. Yo fui uno de los pocos que dejaron. En ese ínter, don Agustín ya había pasado de la presidencia nacional del PRI a la Secretaría de la Defensa Nacional, como titular, y recuerdo que me puso un radiograma. Entonces yo estaba trabajando en San José del Cabo. Me localizó un subteniente, quien al encontrarme, me dijo: ‘Oiga, aquí traigo un radiograma de mi general secretario’. Intrigado, lo leí, y decía: ‘Si acepta trabajo, sírvase avisarme para mandar por usted’. Me fui inmediatamente a Todos Santos con mi padre, por un camino de brecha, y se hacían muchas horas. Llegué como a la medianoche a la casa de mis padres, y al día siguiente mi papá

me encontró dormido en un catre, en el corredor, y me preguntó qué andaba haciendo. Le enseñé el radiograma, y su respuesta fue tajante: 'Pues tienes que ir, porque Agustín es el segundo jefe de la nación'. Yo ya estaba casado, así que ahí vengo a La Paz. Mi mujer se fue para atrás, pero la que peor se puso fue mi suegra, doña Guadalupe Castro de Castro, que muy acongojada, me dijo: 'Mira, nomás, mi hija se casó con un muchacho de aquí, de Baja California Sur... cómo iba a creer yo que se iban a ir a vivir fuera'. Y es que Aída era su única hija mujer.

Total –continúa Paco– que le dije al general Olachea que sí, pero yo pensaba que me iba a ir a trabajar al Distrito Federal o cerca de ahí, porque en el radiograma me decía que iba a mandar una máquina por mí, y ésta fue nada menos que una fortaleza de la Fuerza Aérea Mexicana, de la FAM; y ahí voy, con perro, gato, macetas, etcétera, para Chihuahua, a encargarme de la granja que tenía el ejército para la crianza de sus caballos, la granja Santa Gertrudis. Llevaba instrucciones de que ya que dejara acomodada a mi familia, me fuera a la ciudad de México, a recibir instrucciones directamente del general secretario, don Agustín Olachea Avilés. Así lo hice. Me dijo: 'Mira hijo, revisa bien, ve todo lo que necesites para trabajar, quiero que ayudes mucho al comandante, el general Alberto Ramos Sesam', con el que por cierto hice muy buena amistad. Hasta compadres nos hicimos.

Bueno, al secretario de la Defensa Nacional le dije que necesitaba una máquina perforadora, un topo, porque pretendíamos hacer bordos para tener el agua, ya que iba a sembrar pastura, como el mismo Olachea deseaba. Pastura para la caballada. Y todo eso hicimos con la ayuda de la tropa, y también lo que nunca había pasado, sembramos avena para la caballada. Cuando el general Olachea vino y vio la siembra y todo eso por primera vez, como dice la canción, se puso muy contento de ver tanta pastura y tantas pacas que habíamos hecho.

A todo eso, yo ya era mayor del ejército de caballería. Pero luego vinieron los cambios sexenales y con ellos la presidencia de la República. El licenciado Gustavo Díaz Ordaz llegó a ella; y a Santa Gertrudis fue un coronel recomendado que, creo, era hermano de la esposa de Díaz Ordaz, y luegoito chocó conmigo. Seguramente, llevaba instrucciones de echarme

para afuera. Entonces el general Olachea me mandó a un rancho de cría de caballos del ejército, a San Juan del Río, Querétaro, donde estuve muy contento. Era una hacienda muy hermosa. Yo estaba como segundo comandante de cría del Ejército nacional.

En Santa Gertrudis, Chihuahua, el criadero de caballos y todas las instalaciones ocupaban una extensión de 175 mil hectáreas, y nosotros lo dividimos en postas, potreros, de cinco mil y diez mil hectáreas. Ahí teníamos como cinco mil caballos que se le entregaban al ejército cada año, para todo el país, para sus regimientos de caballería. Había que recorrer serranías, lugares de difícil acceso. Ahora todo ha cambiado, ahora ya casi todos están motorizados”.

Paco sigue recordando aquellos años duros pero felices, junto a Aída, su esposa, y a sus hijos pequeños; haciendo amigos y ganando experiencia.

Y sigue hilvanando recuerdos de su vida este todosanteño de pura cepa. Paco Domínguez sigue haciendo remembranzas. Recuerda que en la hacienda de San Juan del Río, Querétaro, en uno de sus muros decía: “Esta hacienda le fue regalada por Hernán Cortés al hijo de La Malinche”.

“Era una hacienda preciosa –continúa relatando–. Había caballada de la muy fina, de monta directa. Esta caballada era criada para regalos muy especiales que los presidentes de la República hacían a otros jefes de Estado, a embajadores, etcétera. Antes de terminar el sexenio del presidente, yo me dije que también se le estaba acabando el tiempo al secretario de la Defensa Nacional, al general Agustín Olachea Avilés. Así que fui con él, y le dije: ‘Señor, mándeme a mi tierra porque cuando esto se acabe, si no es que antes, me van a correr y me van a echar para afuera. Bueno, mi general, para acabar pronto, a usted y a mí nos van a correr juntos’.

Paco –pregunté–, ¿el general Olachea era tu padrino, verdad?

Sí –contestó–, era mi padrino de confirmación, un gran amigo de mi padre.

“Así que después de eso, me regresé al Territorio. Estuve una temporada sin trabajar en el gobierno. Puse un supermercado aquí, en la esquina de la casa. Luego me fui a Todos Santos, donde sembré aguacate. Ahí estuve con Aída y los muchachos algunos años, y luego nos regresamos a La Paz,

donde le compré el restaurante Flamingo's (un restaurante-bar) a mi compadre Ovidio Rodríguez (QEPD), y lo estuve trabajando algunos años.

Aída, mi esposa, me ayudó muchísimo. Era una excelente ama de casa, muy organizada, y sabía mucho de cocina. También mis hijos Francisco, Napoleón y Fernando me ayudaban, aunque todavía estaban chamacos. Yo tenía, y sigo teniendo, una gran amistad con el licenciado Ángel César Mendoza Arámburo, desde hacía mucho tiempo, porque Ángel César era muy amigo de Héctor Castro, mi cuñado. Así que cuando aspiró a la gubernatura, yo estuve en su campaña. Cuando llegó a la gubernatura, me invitó a trabajar con él, y le pregunté: 'Bueno... ¿y cuánto me vas a pagar?' Me dijo una cantidad, y le dije que no, porque con el Flamingo's y mis huertas, yo estaba ganando mucho más.

Fue hasta después de un año cuando le acepté la oferta y me fui a trabajar al Agua Potable, que era una dependencia estatal y abarcaba también todo el medio rural. Por cierto, cuando me entregaron el Sistema, invité a uno de los encargados a que me enseñara las instalaciones, pero el hombre no conocía ni dónde estaban los equipos de bombeo, ni sabía dónde quedaba nada. Esos sistemas los controlaban las recaudaciones de Renta de los municipios, ¡hazme el favor! Era un desastre como estaba todo, y Ángel César quería que pusiera orden, que todo se organizara lo mejor posible. Trabajamos muy duro, yo y mis colaboradores. De ahí nos pasaron a la Dirección de Agua Potable y Alcantarillado, que luego pasó a ser la Comisión de Agua Potable y Alcantarillado, la C.A.P.A., desde Guerrero Negro a Cabo San Lucas.

Recuerdo que siempre andaba con la cabeza llena de problemas, para allá y para acá. Tú sabes que los problemas más serios son los del agua potable y alcantarillado. Afortunadamente, cooperaron las plantas desaladoras que estaban en San Juanico, Bahía Asunción y Bahía Tortugas. Nosotros, a todas les dábamos mantenimiento y cobraban. Nos encontramos con un déficit muy grande. Había gente que debía agua, mucha de la cual sí podía pagar porque tenía dinero, negocios, posibilidades, pero no les daba la gana cubrir sus adeudos. Pero nos pusimos duros, ésa es la verdad, y logramos recuperar mucho dinero.

Terminó el sexenio de Ángel César, y cuando llegó mi compadre Alberto a la gubernatura, me ratificó en el puesto. Precisamente por andar cobrando, me echaban mucho en Contacto Directo, pero había que cobrarle a los morosos. Mucha gente hablaba al programa de radio y nos echaba; pero, como digo, entre ellos había mucha gente que podía pagar y no lo hacía, porque no estaban acostumbrados a hacerlo, y no les daba la gana. Pero salimos adelante nuevamente.

Se consiguió un crédito en el Banco Mundial, y se hizo un tercer acueducto de Los Bledales a La Paz. Íbamos a cambiar las tuberías de drenaje en un gran sector de la ciudad de La Paz, en el primer cuadro, así como las redes de agua potable. Logramos hacer algo, pero por esa época, el presidente licenciado Miguel de la Madrid Hurtado impulsaba la descentralización del gobierno y de la administración. Promovía la autosuficiencia de los municipios mexicanos con la bandera del 115 constitucional, y desde la ciudad de México llegó la orden al estado, como a los demás del país, para que se entregaran las instalaciones y los sistemas de Agua Potable y Alcantarillado a los ayuntamientos.

No me gustó la orden. Así que le dije a mi compadre Alberto: 'Mire compadre: hay muchos gobiernos estatales que no han entregado esos sistemas, y no se los van a entregar a sus municipios, porque se les van a venir muchos problemas. Si quiere, córrame a mí a la *chingada*, pero no entregue esos sistemas a los municipios'. Pero Alberto quiso hacerlo, y ya ves. Más vale ni hablar de eso. Tú lo sabes, Armida —dice Paco—, porque trabajaste conmigo, que para entregar la CAPA solicité una auditoría; dejé dinero en bancos, cubierto el pago de la luz y los compromisos de la CAPA. El contador público Domingo Aragón Ceseña era el contralor del gobierno estatal.

Entregamos 49 millones y medio de pesos. Algunos amigos me dijeron que no fuera tonto, que no entregara ese dinero, que al cabo se lo iban a fregar en el ayuntamiento. Pero no quise. No soy ningún santo, pero les dije: 'Miren. Yo soy de Baja California Sur. Aquí me voy a quedar. Aquí está mi familia, aquí están mis hijos y mis nietos, mi descendencia. No quiero que el día de mañana a ellos los señalen y no puedan ni contestar ni defenderse'. Así que entregué el dinero y los almacenes, con suficientes

refacciones para reparar los equipos, para afrontar cualquier problema, cualquier emergencia.

Los almacenes estaban llenos de lo que se necesitaba, porque ahí reparábamos nuestros equipos de bombeo. Los mantenimientos los dábamos siempre para no afectar a la población en época de calor. Había problemas, es cierto, pero no tan graves. Yo tuve muy buen personal, tanto en la administración como en el campo. Siempre jalaron conmigo.

Ahora se afirma que los sistemas de Agua Potable y Alcantarillado (los SAPAs) son las cajas chicas de los ayuntamientos. No me consta. Nosotros éramos autónomos. Hacíamos pequeñas obras y las hacíamos con nuestro dinero. Alberto, cuando me ratificó, fue muy claro: ‘Compadre, no me vengas a estar pidiendo dinero porque te voy a dar más que pura madre..., ¡Rásquese con sus uñas!...’ A nosotros, el gobierno estatal, a pesar de que de ahí dependíamos, nunca nos dio nada ni nos ayudó a salir de ningún apuro. Teníamos que salir adelante nosotros mismos.

Alberto se levantaba muy temprano, y luego de leer los periódicos, las revistas y todo lo que le llevaban, tomando café y fumando, allá en El Caimancito, donde vivió con su familia, empezaba a llamar a sus funcionarios para que le dieran un informe de cómo andaban las cosas en las dependencias a sus cargos. No dejaba títere con cabeza. Luego, siempre que podía, salía a recorrer la ciudad, o bien, cuando venía de El Caimancito al Palacio de Gobierno, iba checando las calles. Pobre de mí si encontraba derrames de aguas negras o alguna tubería de agua potable tirando agua. Nadie me quitaba la *mentada* de madre que me daba. Los *madrazos* iban de lado a lado. Iban y venían. Retumbaban. De *pendejo* no me bajaba, y me decía que si para qué cabrones me tenía en el puesto.

Pero fueron tiempos que recuerdo con cariño. Tanto Ángel César como Alberto, fueron muy buenos gobernadores. Y como te digo, tuve muy buen personal. A todos los recuerdo con afecto. Les reconozco su trabajo, porque nunca se me rajaron. A la hora que se necesitaba, ahí estaban, al pie del cañón”, dice el ingeniero Domínguez con emoción.

Cambiamos el tema, y le preguntamos sobre su vida personal, a grandes rasgos. Paco. Tu relación con tu esposa Aída Castro Castro de Domínguez..., ¿Cómo empezó?

“Mira lo que es el destino —contestó—. Mi padre me envió a estudiar el quinto año de primaria a La Paz. Vivía yo con su hermana, Gala de Kachock. Él quería que aprendiera taquigrafía y mecanografía, porque de algo me iban a servir. Me inscribieron en la escuela particular Incorporada 20 de Noviembre, de Conchita Casillas. Ahí conocí a Aída y a su amiga inseparable, la Upi, Lupita Mendoza Arámburo, hermana de Ángel César. Aída se reía de mí porque decía que nada más me la llevaba comiendo, y es que seguido me mandaban de Todos Santos panochas de gajo, guayabates, alfeñiques, cubanas, empanadas y queso. Mi papá tenía un trapiche. Pero a Aída yo se la reviraba y le decía que ella era la tragona. Entonces estaba bien robusta. Bien robustita. (Paco sonrío, recordando esos tiempos). Mi padre y el padre de Aída, don Juan Manuel Castro, eran conocidos. Pero hasta ahí las noticias.

Cuando regresé de pasante, la volví a ver en la botica de Rubén, su hermano. La Baja California, donde hoy está el Baratísimo. Platicábamos, y empezó la amistad. Luego siguió el noviazgo. Me fui a recibir, y nos carteábamos, como se usaba entonces. Se estaban enfriando las relaciones porque yo no regresaba, pues, como ya dije, me la pasaba muy a gusto en Ciudad Juárez. Por fin, regresé, y formalizamos el noviazgo. Nos quisimos mucho, pero nos dábamos nuestras buenas peleadas de novios. Aída, entonces, me regresaba todas mis cartas, retratos y regalos. Mi ahora querida comadre Celia Polanco, era nuestra confidente, y a ella le tocaba llevarme las cosas de Aída, cuando nos peleábamos, y de regreso cuando nos contentábamos. Así que un día en que me oyó decirle a Aída que le iba a traer a regalar un venadito que me habían dado en Todos Santos para que ella lo tuviera en su casa, Celia brincó muy asustada, y nos dijo: ‘¡Eso sí que no!, porque bonita me voy a ver yo, llevando y trayendo al mentado venado por las calles de La Paz’.

Aída y yo nos casamos, y nuestros padrinos de bodas fueron el general Agustín Olachea Avilés y su esposa, doña Ana María Borbón de Olachea. Recuerdo que cuando don Agustín me abrazó para felicitarme, me dijo: —Hijo, yo tengo el doble derecho de joderte. Le pregunté: —¿Por qué, señor? , porque soy dos veces tu padrino. Riéndome, le dije: —Entonces yo tengo el doble derecho de pedirle. Don Agustín soltó la carcajada.

Aída siempre me apoyó y me acompañó en mi trabajo. Me seguía a donde me mandaban, adonde me cambiaban, y siempre se adaptó. Tuvimos cuatro hijos: Francisco, Nora, Fernando y Napoleón. Ellos ya nos dieron varios nietos.

Nos andábamos preparando para nuestros festejos por las Bodas de Oro, por nuestros cincuenta años de casados, pero nos faltaron cuatro meses. Aída, luego de ser operada exitosamente del corazón, estaba muy contenta, y nos fuimos a festejar con un viaje a Europa. Pero al regreso le detectaron cáncer en el pulmón, lo que terminó con su vida rápidamente, en pocos meses.” (A Paco se le llenan los ojos de lágrimas).

Por nuestra parte, diremos que Aída fue una gran mujer, una señora de los pies a la cabeza. Dedicada a su esposo, a sus hijos, a sus nietos. Fue una excelente hija y muy buena hermana. Buscó la unión familiar, donde sus hijas e hijos políticos se integraron a la familia. Fue una amiga muy sincera. Tuvo muchas amistades. Excelente ama de casa. Su familia giró en torno de ella y de Paco.

Paco la sigue llorando, la sigue recordando, y nos comenta: “Siento la presencia de Aída en nuestra casa, en nuestra recámara, en el hogar que juntos compartimos por varias décadas. Estoy seguro de que Aída todavía vive aquí”, nos dice... Y le creemos.

Finalmente, Paco nos comenta:

“Cuando salí de la CAPA, ya no quise trabajar en el gobierno, y me dediqué a mis negocios. Sigo trabajando en lo que me dejó mi padre, en Todos Santos y San Pedrito. Una herencia que viene desde mi abuelo paterno, don Antonio, que fue un hombre muy visionario. Empezó su capital viajando en burro por los ranchos, comprando y vendiendo productos regionales, pero con una inteligencia nata. Hay personas que nacen con ese don, y mi abuelo fue una de ellas. Compró tierras, el trapiche, terrenos en La Paz. Eso es lo que yo trabajo ahora, junto con mis hijos”.

Sobre sus muchos amigos, Paco nos dice que algunos ya se le han adelantado en el viaje eterno. Pero sigue frecuentando a Ángel César, a Pepe Roque, a su cuñado Óscar Rodríguez de la Vega y familia, casado con su hermana Jarina, a Crisóforo Salido Almada y a otros. “Siempre me llevé muy bien con mis cuñados. Aída era la única mujer. El más cabrón

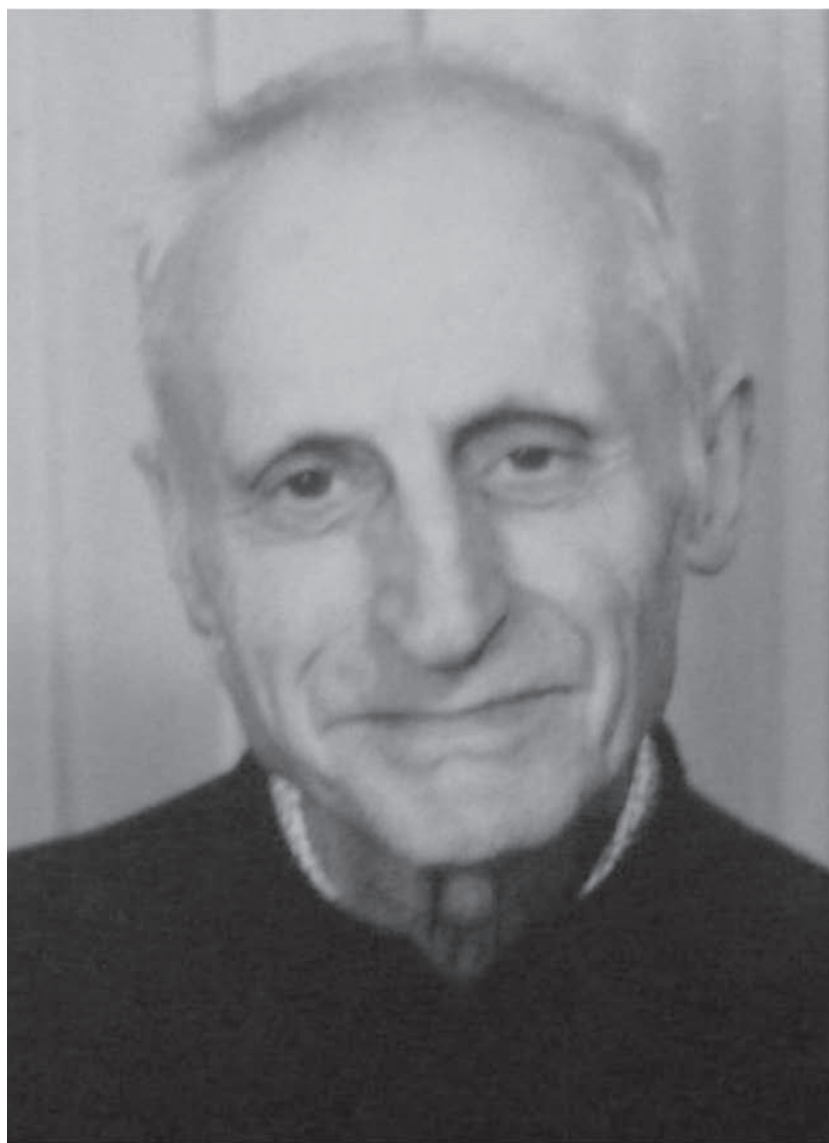
de todos era Héctor –soltando la carcajada, dice–, pero me llevo muy bien con él”.

Y así terminan sus recuerdos. Los de este todosanteño de pura cepa. Paco murió el 11 de febrero del 2011.

Carlos Pizzioli Ferrari

Misionero por la gracia de Dios





CARLOS PIZZIOLI FERRARI



Aunque no tenemos muchos datos biográficos de él, sentimos que debe de ser recordado este santo sacerdote, por toda la bondad y dulzura que proyectó, que derramó entre el pueblo sudcaliforniano.

Nació en San Ambrosio, Verona, Italia, en 1897. Desde muy temprana edad escuchó el llamado de Dios, decidido desde entonces a irse de misionero para llevar la palabra divina por aquellas tierras que necesitaran evangelizarse. Muy joven, apenas de 26 años, y recién salido del seminario, fue enviado a África, donde durante los años de 1923 a 1928 estuvo evangelizando a los naturales de ese continente.

Luego de predicar la doctrina cristiana, más de obra que de palabra, porque era una persona de natural bondad, humilde y comprensivo, sus superiores lo mandaron al otro extremo del mundo, a México, a la parte sur de la península de Baja California, todavía por esos años considerada como tierra de misiones.

Durante varias décadas ejerció aquí su ministerio. Fue un sacerdote verdaderamente ejemplar en toda esta región. Un sacerdocio que fue un verdadero apostolado de sacrificio, de piedad y humildad, y de mucho amor al prójimo. De amor a Dios, sobre todas las cosas.

El padre Carlitos, como lo llamaban cariñosamente sus feligreses, estuvo como encargado de la iglesia de Las Pocitas, en la zona norte del municipio de La Paz, hoy cabecera de la delegación municipal de Los Dolores. Contribuyó entusiastamente en la fundación del Seminario

Menor del Sagrado Corazón, en la ciudad de La Paz, B.C.S., en donde fue rector por varios años.

El padre Carlos Pizzioli Ferrari murió en esta capital, el 15 de diciembre de 1985, a los 88 años de edad, y su cuerpo está sepultado en el Panteón de Los San Juanes. Lo cobija la tierra que tanto amó. Muchas personas van a su sepulcro; le rezan para que interceda ante el Creador por Baja California Sur y sus habitantes, ya que cuando vivió este santo misionero comboniano, recibieron tantas cosas buenas de él, pues fue un sacerdote que predicó la humildad, la caridad, el amor al prójimo y el amor a Dios, sobre todas las cosas.

Doctor José Santa Ana Piñeda
Cardiólogo



JOSÉ SANTA ANA PIÑEDA



Profesionista de gran prestigio. Es una persona muy estimada en nuestra comunidad sudcaliforniana. José Santa Ana Piñeda es oriundo de la población de Todos Santos, B.C.S. Hijo de José Santa Ana Villarino y de Esthela Piñeda Chacón de Santa Ana. Sus hermanos: Julia Esthela, Norma Cecilia y Julio César Santa Ana Piñeda. Pepe está felizmente casado con la química farmacobióloga María Luisa Estrada Ruibal, y son padres de las preciosas gemelas Beatriz Eugenia y Martha Isabel.

Pepe cursó sus estudios primarios en la escuela Melitón Albáñez, de su población natal; luego se fue a la ciudad de La Paz, capital del todavía Territorio Sur de la Baja California, a estudiar la secundaria, ingresando a la única de todo el Territorio en esos años: la muy prestigiada escuela secundaria José María Morelos y Pavón, que estaba bajo la dirección del maestro Domingo Carballo Félix. Al concluir sus estudios en este plantel, sus padres lo enviaron a Hermosillo, Sonora, a cursar la preparatoria, ya que entonces el Territorio no contaba con ningún plantel de ese nivel. En Hermosillo estudió el bachillerato de ciencias biológicas y, al obtener su certificado correspondiente, por cierto con excelentes calificaciones, Pepe se va a continuar sus estudios a la ciudad de México, ingresando a la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde termina su carrera, para orgullo personal y de su familia.

Cuando le preguntamos al doctor Santa Ana cuál fue el suceso que más lo impactó en su infancia, allá en Todos Santos, nos contesta que fue

la expropiación de tierras, ocurrida en 1939, por mandato del entonces presidente de la República general Lázaro Cárdenas del Río.

Desde su apreciación personal, este suceso cambió radicalmente el rumbo de la vida de muchos todosanteños, como la de muchos mexicanos. Recuerda que en esos años, Todos Santos vivía en una tranquilidad idílica, siempre verde, con agua en abundancia, donde no se pasaban grandes necesidades, pues existiendo seis trapiches funcionando a toda su capacidad, había trabajo suficiente para todos y, por ende, había dinero suficiente para satisfacer las necesidades familiares.

La siembra de la caña de azúcar y su procesamiento, constituían una excelente fuente de ingresos para todos y, en esa época, también por Puerto Algodones se embarcaba toda la cosecha del tomate que se sembraba en Todos Santos; por cierto, cosecha muy abundante y de excelente calidad; lo que también significaba una importante fuente de trabajo e ingresos para las familias todosanteñas.

Había armonía entre patrones y obreros; y unión entre los habitantes que, por haber convivido entre varias generaciones y hasta por estar ligados por lazos de sangre, constituían realmente una gran familia, que vivía relativamente tranquila y feliz.

Pepe, a pesar de su corta edad, percibió el cambio ocurrido a raíz de la expropiación de las tierras; sobre todo, porque su padre, al haberle expropiado los terrenos que eran su patrimonio y el de su familia, ya nunca fue el mismo. Nunca pudo recuperarse de este golpe y se derrumbó moralmente, ya que se sentía perdido, pensando que ya nada podía dar buen resultado, y que ya no valía la pena luchar.

Fue su madre, doña Esthela, la que con mucho valor, con mucho coraje para enfrentar las vicisitudes de la vida, decidió venirse con toda la familia a la ciudad de La Paz, a luchar para que sus hijos estudiaran y así superar la crisis económica; pero, sobre todo, la crisis moral, que lucharan para poder labrarse un futuro sin temor y sin amarguras. Doña Esthela, a quien la recordamos como una mujer de carácter fuerte y de agudo ingenio, comprendió muy inteligentemente que, a pesar de la expropiación y de todo lo malo que ésta trajo consigo, no había acabado con ellos; que el mundo no se había derrumbado, y que podían y debían salir adelante.

Al preguntarle a Pepe Santa Ana las razones que tuvo para estudiar la carrera de medicina, una carrera muy dura, nos responde que sin duda alguna fue por vocación innata, porque se sintió inclinado hacia esa profesión desde niño. En sus juegos infantiles, siempre quería hacerla de médico. Comenta que se entretenía curando árboles y plantas, vendando sus ramas o, bien, inyectándoles agua teñida, vendando los troncos y poniéndoles emplastos de lodo. “Claro está —dice sonriendo— que conmigo o sin mí, las plantas seguían viviendo”.

Recuerda con especial estimación y agradecimiento al general Agustín Olachea Avilés, por la inapreciable ayuda que siempre le brindó, cuando siendo gobernador del Territorio, y sabiendo de la difícil situación económica por la que atravesaba su familia, lo auxilió dándole becas, pasajes, y estimulándolo invariablemente con palabras alentadoras.

Al terminar la carrera de medicina, don Agustín le ofreció el puesto de jefe del Centro de Salud de Santa Rosalía, ya que ahí necesitaban un doctor de absoluta confianza, quien debía encargarse también de los servicios médicos de la recién formada Compañía Minera de Santa Rosalía, porque la compañía francesa El Boleo acababa de liquidar a sus trabajadores, y los médicos que ahí laboraban, se negaban a trabajar con el gobierno del Territorio.

Pepe recuerda con nostalgia que, cuando llegó a trabajar a aquel mineral, se encontró con un ambiente sumamente hostil. Le tenían mucha desconfianza por su juventud y su inexperiencia; cosa que él aceptó como muy natural, puesto que en Santa Rosalía siempre existió una magnífica planta de médicos, mucho mejor, si se quiere, que en la ciudad de La Paz, que era la capital del Territorio Sur de la Baja California. Además, por si fuera poco, contando Santa Rosalía y sus alrededores con una población superior a los diez mil habitantes, únicamente destinaron a dos médicos para atenderla.

Sin embargo, Pepe reconoce que fue ahí donde realmente se formó como médico. Tenía que hacerla de todo: de cirujano, de anestesista, partero, oculista, etcétera. Fue, sin duda alguna, una práctica intensísima, como jamás lo pensó; teniendo que tomar decisiones de vida o muerte, sin poder acudir ante nadie en demanda de consejo ni para compartir res-

ponsabilidades. Por la obligación moral que sentía con el general Olachea, se vio obligado a cancelar su viaje y renunciar a una plaza que le habían ofrecido en un prestigiado hospital de Nashville, Texas, E.U.A., lo que representaba una magnífica oportunidad para su carrera, no sólo desde el punto de vista profesional, sino también en lo económico.

Años más tarde, platicando con el general Olachea, el doctor Santa Ana le comentó lo anterior; y don Agustín, sorprendido por lo que ignoraba totalmente, porque Pepe nunca se lo había dicho, pues nunca se atrevió a contárselo, le preguntó: “¿Y te ha pesado, hijo?” “Entonces yo, con plena seguridad le respondí que no. Y es cierto”, dice Pepe, y comenta que nunca se ha arrepentido de haber tomado la decisión de quedarse en Santa Rosalía, en el Territorio, y de haber aceptado ése, que fue su primer nombramiento.

Asegura que su estancia en Santa Rosalía representa una de las etapas más hermosas de su vida, porque, insiste, en que fue ahí donde realmente se formó como médico, y donde hizo muchísimas y magníficas amistades, que luego de varias décadas de haberlas iniciado, todavía perduran. Y si se proponía que su estancia en Cachanía fuera breve, ésta se prolongó por diez años. Ya casado, vivió ahí cinco años.

Se casó aquí, en La Paz, con Marilú Estrada Ruibal. Recuerda que cuando ella y él partieron de La Paz para instalarse en Santa Rosalía, para la familia de su esposa esto representó una tragedia; todos lloraban, y Marilú también se fue llorando a lágrima viva. Pero años más tarde, fue a la inversa: al despedirse de los amigos para venirse a radicar a La Paz, Marilú también se vino llorando a lágrima viva nuevamente.

Ambos habían logrado hacerse de muchos afectos, de ganarse el respeto y de cultivar muchas amistades que, como dice Pepe, han perdurado a lo largo de los años. Los dos, Marilú y Pepe, se ganaron el cariño y la admiración de la gente de Santa Rosalía, no sólo como profesionistas, sino como seres sensibles y de gran calidad humana.

Pepe comenta que fue en Santa Rosalía donde nacieron los compadrazgos con el licenciado Héctor Castro Castro y su esposa Rosa María Salazar de Castro; con el ingeniero Octavio Reséndiz y su esposa Laura Cornejo Estrada, prima de Marilú. Héctor Castro, en aquellos años

era juez en esa población minera; por su parte, Octavio Reséndiz entonces era delegado de gobierno en Santa Rosalía; con el ingeniero Roberto Díaz Flores, quien era jefe de minas y, más tarde, director de Roca Fosfórica Mexicana en nuestro estado; nació también la amistad con el ingeniero minero Mariano Martínez Medina y su esposa, Yolanda Amador Soto de Martínez (Mariano trabajaba en la isla San Marcos, con la empresa que explotaba el yeso).

Haciendo un paréntesis, comentaremos que el doctor José Santa Ana Piñeda y su esposa, la QFB María Luisa Estrada Ruibal de Santa Ana, egresada de la Facultad de Química de la UNAM, Marilú para su familia, esposo y numerosas amistades, forman un matrimonio sólido, querido y respetado por quienes los conocen y tratan, ya sea por amistad o profesionalmente.

Le preguntamos a Pepe que si cómo se había enamorado de Marilú, y nos responde que siendo las familias de ambos, amigas de muchos años, ellos tenían la oportunidad de verse con frecuencia, con mucha frecuencia. Se trataron, puede decirse desde siempre; pero fue cuando los dos, cursando ya la secundaria, él en tercero y ella en primero, el noviazgo empezó a florecer. Un noviazgo dulce y tranquilo. Los dos estaban en el Club de Exploradores Huaxoros, fundado y dirigido por el profesor César Piñeda Chacón, tío materno de Pepe, y ahí los jovencitos tuvieron más oportunidad de tratarse.

Como Pepe ya recordó en líneas anteriores, terminada la secundaria se fue a Hermosillo a cursar la preparatoria, y al concluir ésta, marchó a la ciudad de México a cursar sus estudios profesionales. Marilú, por su parte, al terminar en La Paz la secundaria, se fue a la capital del país, a estudiar la preparatoria, y al concluirla, ingresó a la UNAM, donde cursó la carrera de química farmacobióloga. Hay que recalcar que los dos, así como son excelentes profesionistas, también fueron destacados estudiantes.

En la capital del país, el noviazgo continuó. Pepe dice que siempre admiró a Marilú por su bondad, por su dulzura, por su elegancia, y realmente Marilú es una gran dama, muy comprensiva; pero él, además, la admiraba por ser una hija muy amorosa y una extraordinaria hermana. Ella es muy apegada a su familia en general. Hasta la fecha, con todos

sus familiares lleva una relación magnífica. Como en todos los noviazgos, hubo entre ellos peleas y reconciliaciones, pero siempre volvían.

Ya viviendo Pepe en Santa Rosalía, y después de uno de tantos disgustos entre ellos, Pepe decidió que la única mujer con la que deseaba compartir su vida, era con ella. Y realmente Marilú siempre ha sido, a lo largo de los años, la única mujer en la vida de Pepe. Así que el joven doctor se vino a La Paz, la buscó, le pidió que se casara con él, y ella aceptó. La boda religiosa fue en la Parroquia de Nuestra Señora de La Paz, la boda civil en la casa familiar de la novia, y el matrimonio ha durado felizmente casado por varias décadas.

Ellos son padres de unas lindas gemelas y, de común acuerdo, decidieron criarlas un poquito a la antigua y un poquito a la moderna; sin el rigor extremo de los padres antiguos, pero tampoco con el libertinaje de los tiempos modernos. Tratando siempre de que sus hijas los respeten, pero procurando también que ellas se sientan respetadas y queridas como personas y seres humanos muy valiosos para ellos. Que sepan que existe una autoridad compartida entre el padre y la madre, autoridad que ellas deben acatar. Escuchándolas siempre, y haciéndolas sentir que sus padres son sus amigos y que pueden confiar en ellos plenamente.

Han tratado también de que sus hijas comprendan que todas las personas son iguales, sin distinción de clases y de posición económica; que comprendan que toda la gente es digna de respeto; inclusive, les han enseñado que la servidumbre y todas las personas que trabajan para ellos merecen su respeto y hasta su cariño, porque son partes importantes de la familia. Hasta la fecha, este sistema les sigue funcionando.

Pepe señala que una de las cualidades que siempre ha admirado en su esposa es que, a pesar de ser una profesionista, una persona muy ocupada, es muy participativa dentro de la comunidad. Es una excelente madre y una esposa ejemplar, que dedica todo el tiempo que puede para atender su hogar y que muchas veces prefiere declinar compromisos sociales para quedarse en su casa, con su esposo y sus hijas. Cuando sus hijas eran pequeñas, así fue. Ella prefería quedarse, atender a su marido y ayudarles a las hijas con sus tareas; y ahora, ya con las gemelas casadas, todavía prefiere atender a Pepe y quedarse con sus nietas y nietos.

Cuando las gemelas estaban pequeñas, y ya siendo adolescentes, trataron siempre de salir todos juntos en las vacaciones; así convivían y se conocían todos mejor. Marilú siempre se distinguió por ser muy buena hija, una persona muy apegada a su familia y, debido a ello, al aceptar la proposición matrimonial de Pepe, le puso como condición que le permitiera seguir trabajando, ya que deseaba que con el fruto de su trabajo, se solventaran las necesidades de su señora madre, doña Clotilde Ruibal Gómez, cariñosamente conocida como Tilita Ruibal.

Ella quería tener su dinero propio, así se lo dijo a Pepe. "...porque si no, no hay matrimonio". Él aceptó, y desde entonces el esposo considera que ella ha sido pieza clave en el éxito de su relación matrimonial. Ninguno de los dos interviene en la labor del otro, aunque ambas profesiones se complementen. Los dos se tienen un profundo respeto como personas, como esposos y como profesionistas.

Como Marilú es una persona tan inteligente, dulce y comprensiva, no ha sido nada difícil convivir con ella. Construyeron una nueva casa. Una residencia muy completa. Pero no hay que fijarse sólo en el éxito material que esto representa, sino en que es el fruto de su trabajo, del esfuerzo compartido del matrimonio Santa Ana Estrada. Es un hogar confortable, cómodo, cálido, donde se respira tranquilidad. Decorado con muy buen gusto, sin estridencias, donde la familia Santa Ana Estrada encuentra siempre la paz que ellos desean y lo que han buscado, teniendo la fortuna de encontrarlo.

Pepe y Marilú tienen muchas cualidades, y una de ellas es que saben ser muy buenos amigos. Están pendientes, no sólo de las amistades que tienen como matrimonio, sino también de las amistades de sus hijas. Nunca les ha importado la posición económica de las personas con las que se relacionan, asegura Pepe; les importa más la cuestión moral y las buenas costumbres, pero "somos muy respetuosos de los demás", aclara.

Retomando la vida profesional del doctor Santa Ana Piñeda, destacamos que tiene un extenso y variado currículum vitae. Su vida profesional ha sido intensísima. Se inició, como ya dijimos, dentro de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, en 1955. Fue director del Centro de Salud de Santa Rosalía, y médico legista adscrito al Juzgado de Primera Instancia

y a la Agencia del Ministerio Público de esa misma población minera, puestos que tuvo a su cargo durante diez años. También fue médico auxiliar del ISSSTE; médico adscrito a la delegación territorial en la Sección de Tránsito por cuatro años; médico de la Compañía Minera de Santa Rosalía por diez años; subteniente auxiliar médico cirujano para prestar asistencia médica a los destacamentos militares en Santa Rosalía, El Arco y San Lucas, comunidades aledañas al puerto minero y cabeza de la delegación territorial; médico consultante del Dispensario Padre César Castaldi, en la Parroquia de Santa Rosalía; médico examinador de los pilotos civiles, autorizados por el Departamento Médico de la Secretaría de Comunicaciones y Transportes; profesor de química en la escuela secundaria Nocturna por Cooperación; así como profesor de química en la escuela secundaria particular Salvatierra, también de Santa Rosalía.

El galeno todosanteño ha participado en muchos congresos médicos, y ha tomado muchos cursos de actualización de su especialidad, la cardiología; ha asistido a innumerables asambleas de cirujanos; ha estado como asistente en las jornadas médicas celebradas periódicamente por la Academia Nacional de Medicina; ha tomado cursos de administración de hospitales; es exbecario del Instituto Nacional de Cardiología, y miembro de la Sociedad de Becarios y Residentes del propio Instituto.

Durante diez años fue socio del Club Rotario de Santa Rosalía, ocupando diversos cargos en varias directivas, hasta llegar a la presidencia. Ya establecido en La Paz, ha continuado siendo socio de este club de servicio social, en donde también ha ocupado diferentes cargos en las mesas directivas a lo largo de los años, por su dinamismo, simpatía y, desde luego, ha llegado a la presidencia del Club La Paz Fundador.

El doctor Santa Ana Piñeda ha sido director del Centro de Salud, director del Hospital Civil Juan María de Salvatierra, jefe de enseñanza y luego director del mismo nosocomio, aquí en la ciudad de La Paz.

Pepe recuerda que siendo gobernador del Territorio el licenciado Hugo Cervantes del Río, en varias ocasiones le ofreció el puesto de director de Servicios Coordinados, como profesionista y además porque lo unían lazos de amistad con el licenciado Cervantes y su familia.



Aclara el doctor Santa Ana Piñeda que entonces estaba firmemente convencido de que debía seguir ejerciendo la medicina postulante; esto es, a la cabecera del enfermo, dentro del consultorio o desde el hospital. Luego reflexiona diciendo que las situaciones cambian, como cambia la forma de pensar de las personas, pero que entonces él creyó obrar correctamente.

Pero con el tiempo, el médico todosanteño asumiría la dirección del Hospital Juan María de Salvatierra, no viéndolo únicamente desde el punto de vista político, sino que lo sintió como una obligación, tanto de médico, como de sudcaliforniano, porque este centro hospitalario estaba y sigue estando en eterna crisis, ya que siempre se ha trabajado en precaria situación económica. Y al respecto, Pepe aprovecha este relato de su vida y experiencia profesional, para pedir a las autoridades federales y estatales que aumenten los subsidios que le entregan al nosocomio, porque no es posible seguir trabajando con el mismo presupuesto por

varios años y porque además el hospital Salvatierra, ante las instalaciones del ISSSTE y el IMSS, se queda en gran desventaja, muy rezagado, y si se recuerda que hay que dar alojamiento, ropa, comida, atención médica y medicinas a los enfermos, se comprende la situación. También hay que tomar en cuenta que muchos de ellos, por no decir la mayoría de los que ingresan y buscan ser atendidos ahí, no pagan sus gastos; y, por lo tanto, el Salvatierra siempre está en penuria, en eterna penuria.

Pepe manifiesta orgulosamente que el hospital Salvatierra está reconocido desde hace varios años por la Secretaría de Salud, por la UNAM y por la Universidad Autónoma de Guadalajara, como hospital-escuela que, aparte de la labor asistencial, cuenta con todas las especialidades médicas para atender las necesidades de la población; además, la UNAM estableció en él el Sistema Residencia Rotatoria. También en este lugar se imparten cursos, de acuerdo a un programa de la propia UNAM, y se entrena a los médicos que después estudiarán una especialidad. Son cinco los residentes en cada especialidad. El curso tiene una duración de un año, y Santa Ana Piñeda se muestra muy satisfecho de los resultados logrados, porque los exalumnos han quedado muy bien y ya son tres generaciones. También hay cursos a los que asisten 15 alumnos durante un año, y se tienen alumnos procedentes de la ciudad de México, de Baja California, de la Autónoma de Guadalajara y hasta del extranjero.

Al preguntarle sobre sus planes a futuro, siendo un médico todavía joven y con mucho futuro, responde que desea asistir a un curso de dos meses para ver algo de terapia intensiva, actualizarse lo más y mejor que pueda en su especialidad, para el mejor desempeño de su profesión, tanto en su trabajo en el sector Salud, como en su consultorio particular.

Siendo persona inteligente, posee un agudo ingenio y ese buen humor que distingue a los todosanteños. Considerando esto, Pepe nos cuenta algunas anécdotas, sólo unas cuantas, porque tiene cientos.

“Cierta vez, cuando vivía en Santa Rosalía, estaba atendiendo a un enfermo que se hallaba muy grave. Realmente ya estaba en las últimas. Yo tenía que irme de vacaciones a la ciudad de México y, precisamente la tarde anterior a mi salida, fui a visitar a ese enfermo. Por supuesto, su esposa estaba presente, y cuando terminé de auscultarlo, la señora me

dijo, llamándome aparte: ‘Doctor, como mi esposo ya está muy grave y usted se va a ir de viaje, quiero pedirle un gran favor: quisiera que de una vez me dejara extendido y firmado el certificado de defunción, para que yo no tenga problemas cuando él se muera’. Con mi inexperiencia de aquellos años, se me hizo fácil atender su petición. Así que extendí y firmé el dichoso certificado.

“Marilú y yo estuvimos de vacaciones fuera de Santa Rosalía por varias semanas, y al regresar, la primera visita que recibí fue la de la esposa del paciente que yo sinceramente creía que ya estaba muerto. La pasé para conocer los últimos detalles del seguro fallecimiento de su esposo.

“La mujer, al verme, me dijo: —Doctor, vengo a darle las gracias por el favor tan grande que me hizo, no tuve ningún problema.

“Le respondí, conmovido por su atención, que no se preocupara, que no fue nada porque su esposo ya estaba muy grave, ya no tenía remedio.

“Y, sintiéndome muy paternal, le aconsejé: —Hay que seguir viviendo, hay que resignarse. Ella me escuchó muy atentamente, pero para mi gran sorpresa, me dijo: —No doctor, es que mi marido SIEMPRE NO SE MURIÓ, así que vengo a devolverle el certificado de defunción que tan bondadosamente me extendió.

“Desde entonces, nunca he vuelto a firmar ningún documento de éstos, hasta comprobar que la persona realmente haya fallecido, porque así como esta señora era buena y noble, ¿qué tal si alguien utiliza el documento ya firmado legalmente para asesinar a alguien...? Hasta yo hubiera sido cómplice por hacer favores”.

Dentro de los pacientes del doctor Santa Ana se cuentan muchos ciudadanos, entre los que no faltan, obviamente, sus paisanos de Todos Santos. Él recuerda que un día llegó a consultarlo una ocurrente señora que, riéndose, le dijo:

“Pepe, no te levantes, no te desesperes, porque te traigo una novedad, pero no te me adelantes... . (Se sentó en una silla, y continuó) Tú me estás curando la pierna derecha, ¿verdad? Pero, verás que esta mañosa (agregó, señalándose la pierna izquierda), ¿dónde crees que se iba a quedar atrás, la copiona? Así que ahora, cuando la derecha me duele, la izquierda dizque ya se contagió,...y ahora me duelen las dos, ¿cómo la ves? ...pero

no te mortifiques, la vamos a castigar... ¡tú sígueme dando medicina nada más para la pata derecha, y la izquierda que se amuele por copiona!” Y el galeno dice, riéndose: “...como si se pudiera dar medicina sólo para una parte del cuerpo”.

Entre sus posesiones más preciadas, Pepe y Marilú atesoran una carta que les entregaron en nombre del pueblo de Santa Rosalía cuando, al despedirse de ese mineral, les organizaron una gran fiesta. Ellos ya cambiaban su residencia a la ciudad de La Paz.

La carta dice:

En nombre de los aquí presentes, ofrecemos al matrimonio Santa Ana este modesto agasajo, como una expresión sincera de afecto, de agradecimiento y de admiración hacia dos profesionistas, con motivo de su ausencia definitiva de esta población, en la que supieron cultivar y conquistar muchas y sinceras amistades, y por su elevado sentido de solidaridad, su innata bondad y su enorme simpatía. En donde también supieron cultivar la gratitud de todo el pueblo, mediante el eficiente ejercicio de sus respectivas profesiones, las cuales practicaron, no como un *modus vivendi* egoísta, aunque legítimo, sino como un apostolado generoso, que llevó a nuestros hogares la salud, la confianza y el consuelo.

En estos casos no se olvidan fácilmente, nunca se olvidan mejor dicho. Hoy y siempre perdurará en nuestro ánimo el pesar por la ausencia de estos buenos amigos y sólo nos consuela el saber que irán en busca de mejores oportunidades para incrementar sus ya vastos conocimientos profesionales para el mejor servicio de la humanidad doliente.

Quiera Dios ayudarles en todas sus actividades y premiar sus esfuerzos y sacrificios, así como concedernos el volverlos a ver algún día en estas tierras, en las que siempre serán bien recibidos con alegría, gratitud y cariño.”

Firmada esta carta por muchísimas personas, éste es un testimonio de veras valiosísimo y que, sin duda, ha resultado ser un estímulo magnífico, tanto para Pepe como para Marilú.

Cuando se fundó la Universidad Autónoma de Baja California Sur, durante el sexenio del licenciado Ángel César Mendoza Arámburo, primer gobernador constitucional del estado elegido libremente por el voto de sus paisanos, se debía decidir democráticamente también a quien sería el

primer rector de la citada institución. Hubo varios candidatos finalistas para ocupar tan digno cargo, entre ellos dos distinguidos médicos: Enrique Von Borstel Labastida y Francisco Cardoza Carballo, por cierto, ambos maestros del doctor José Santa Ana Piñeda, y éste nos dice que fue un verdadero honor que también lo incluyeran a él en la lista de los posibles rectores de la UABCS. Igualmente, en esta relación se incluyó al arquitecto Tomás Balarezo Cota, compañero y amigo secundario de Pepe y de Ángel César, quien, a la postre, fue elegido como el primer rector de nuestra Máxima Casa de Estudios.

Concluyen por ahora los recuerdos del doctor José Santa Ana Piñeda, y sobre el particular, les decimos a nuestros lectores y lectoras que fue una enorme satisfacción personal entrevistar a este excepcional ser humano, así como conocer también pasajes de la vida de su esposa Marilú. Esta charla con Pepe Santa Ana, se publicó por varios años en la Revista Nosotras, hasta que le cambié el nombre, pues ahora se llama California Gráfica. El primer número salió a la luz pública en noviembre de 1978. Hace ya 33 años.

En esos años transcurridos, Pepe y Marilú vieron materializados muchos de sus sueños. Los dos son personas de profunda fe católica. Siguieron ejerciendo todavía sus profesiones por más de cuatro décadas; luego se retiró Marilú, poco después también lo hizo él, por problemas de salud. Sus hijas se casaron, y les han dado varios nietos y nietas que son su felicidad y orgullo. Ambos perdieron a varios allegados, familiares y a muchas amistades. Siguen juntos. Ya celebraron sus Bodas de Oro, y Pepe nos dice que él sigue leyendo mucho, ahora que tiene más tiempo; continúa cultivando a sus amistades; disfrutando de la compañía de Marilú, de sus hijas, nietos y nietas, de su familia en general, y de sus numerosas amistades. Una vida plenamente vivida, ya que ambos pueden decir, sin falsa modestia, que han servido de ejemplo valioso para muchas generaciones de sudcalifornianos, hombres y mujeres, que decidieron también ser profesionistas como ellos.

Carlota Salgado Domínguez de Coronado

Pionera del Valle de Santo Domingo
(Publicado en la revista *Nosotras*, septiembre de 1979)



CARLOTA SALGADO DOMÍNGUEZ



Elegimos a la señora Carlota Salgado Domínguez de Coronado, de profundas raíces sudcalifornianas y todosanteñas, porque, sin exageración, puede representar lo que la mujer sudcaliforniana y la mexicana ha sido, es y seguirá siendo, seguramente por su fortaleza de carácter y su espíritu indomable, al que ninguna dificultad puede vencer, que lejos de desmayar ante las vicisitudes, demuestran su valor, creciendo ante la tormenta, sabiendo salir airoso, contagiando su optimismo y transmitiendo su valentía a quienes las rodean.

Pero dejémosle la palabra a esta todosanteña:

Nací en la ciudad de La Paz, B.C.S. Fueron mis padres Martín Salgado Villarino y Rosa Domínguez Orozco de Salgado. Estudié en esta misma capital, pero muy jovencita me puse de novia con Leoncio Coronado Núñez y nos casamos el 23 de diciembre de 1942, cuando yo tenía escasos 15 años. Él apenas tenía 19.

Leoncio era originario de Todos Santos, como mi familia. Siendo conscripto, se tuvo que dar de alta en el ejército, porque entonces a los conscriptos los sorteaban y los enviaban a hacer su servicio militar a México, D.F., a Guadalajara o a Monterrey, N.L. A Leoncio le aconsejaron que para evitar que lo enviaran fuera, se diera de alta en el ejército, y así fue como ingresó al 5º Batallón de Infantería.

Ya casados, viajamos a Tepic, Nayarit, en donde el general Agustín Olachea Avilés era el comandante de la zona militar; y luego a Guada-



lajara, Jalisco, donde el general Olachea se hizo cargo de la XV Zona Militar. Siempre con él, siempre con don Agustín. Cuando regresamos al Territorio, Leoncio y yo nos fuimos a vivir a Loreto, donde estuvimos dos años y siete meses.

Para ese entonces, ya teníamos pensado que Leoncio dejara la milicia y emigrar a Ensenada, donde teníamos familiares; pensábamos que ahí podríamos tener mejores oportunidades para trabajar y hacer dinero. Pero, cuando estábamos a punto de irnos rumbo a Ensenada, el general Olachea mandó llamar a Leoncio. El general era entonces gobernador del

Territorio Sur de la Baja California, y acababa de abrir las tierras del Valle de Santo Domingo.

Por eso necesitaba mucha gente que supiera y quisiera trabajar, y además, Leoncio sabía mucho de medicina, porque desde que entró al ejército, lo metieron a enfermería. Don Agustín pensó que así se podría atender a los colonos y a sus familias, con ayuda de los médicos de La Paz.

Recuerdo que, cuando Leoncio me comunicó lo del ofrecimiento de don Agustín, ambos, de común acuerdo, llegamos a la conclusión de que ahí estaba nuestro porvenir. Leoncio se vino primero que nosotros. Años más tarde, platicando con don Agustín, nos dijo que él estaba seguro que aceptaría su ofrecimiento, porque siendo soldado, estaba acostumbrado a obedecer, a soportar penurias e incomodidades.

Mi esposo y yo siempre hemos trabajado juntos, y así como lo animé a darse de baja, así lo animé también a que aceptara venirse al Valle.... Y nosotros con él —se refiere a ella y a su hijo Carlos, entonces todavía muy pequeño—. Me quedé sola en Loreto por unos cinco meses con mi niño. Con Leoncio nos comunicábamos por radio, no había conductos muy seguido, y sola tuve que afrontar muchos problemas. Carlitos se me enfermó de tosferina. Afortunadamente, la gente de Loreto fue muy buena con nosotros y nunca nos faltó nada.

Llegamos al Valle de Santo Domingo el 15 de junio de 1950, luego de casi una semana de viaje. El gobierno del Territorio les había regalado a los colonos un dompe, y en ese vehículo hacíamos los viajes a La Paz. Recuerdo que pasábamos por los llanos y médanos de Irai, y como no había dinero, los colonos llenaban el dompe de leña, y con eso podíamos comprar la gasolina. Nos acomodábamos como podíamos. Recuerdo cuántas veces don Paulino Maya Noriega amarró a mi hijo Carlitos para que no se cayera del camión. A veces el dompe se quedaba tirado días enteros porque había qué encargar las piezas de repuesto hasta La Paz, y si ahí las tenían o había que hacerlas, teníamos que esperar hasta que llegara el enviado con la dichosa pieza y con un mecánico.

Pero nada nos desanimó. Teníamos mucha fe en el Valle de Santo Domingo, mucha fe en el general Agustín Olachea, que en verdad nos alentó mucho y, además, porque teníamos muchas ganas de trabajar y

prosperar; por eso los de más temple nos quedamos. Hay que reconocerlo, sin hipocresías –dice Carlota, con firmeza y convicción.

Se fundó la colonia La Nueva California, cien colonos, con un lote cada uno. Todos fueron propietarios de su lote porque el general Olachea opinaba que debían de ser propietarios de la tierra que trabajaban, y así le pondrían mayor interés. La trabajarían con más gusto. ‘De lo contrario –decía–, no les importará si la pierden’. Nuestros ranchos prosperaron, pero eso sí, en ellos dejamos alma y vida, allá en esa tierra. Recuerdo que los socios que vivían en la ciudad de México, nos enviaban trescientos pesos para comprar comida y la leña que, como digo, se vendía para comprar la gasolina del camión.

Entonces no había más que brechas, no teníamos caminos buenos y ni soñábamos con carretera pavimentada. Había lugares por donde sólo se podía transitar de noche, cuando el sol no calentaba y la tierra húmeda se apisonaba; de lo contrario, el transporte, el carro, se atascaba, y bien podía quedarse tirado una semana, mientras le buscaban y le hallaban las piezas en La Paz, o pasaba alguien que ayudara a sacarlo del atascadero.

El gobierno territorial le daba a Leoncio seiscientos pesos al mes, o sean 20 pesos diarios, para que atendiera a los colonos y a sus familias. Las medicinas las recogía en el dispensario, y el doctor Alberto Forcada Martínez, médico militar, le daba instrucciones de cómo usarlas. Durante esos viajes a La Paz, Leoncio aprovechaba para consultar, ya sea con Forcada o con otros médicos, algunos casos de pacientes a quienes atendía en todo el Valle de Santo Domingo.

Forcada Martínez era entonces director de la enfermería militar en el Territorio. Esto, de 1948 a 1954, y tenía su consultorio particular en la avenida 5 de Mayo y callejón 18 de Marzo, en esta ciudad.

Sin mentir –asegura Carlota–, podemos decir que se salvaron muchas vidas y que también trajimos muchas vidas al mundo, y te digo trajimos, porque yo le ayudaba a Leoncio a atender a las parturientas. Todos trabajamos muy duro en aquellos años. Fue la época heroica del Valle de Santo Domingo, cuando nada había, y todo estaba por hacerse.

Sobrevivieron, sobrevivimos, los más fuertes, los que no nos arredramos ante la adversidad; a los que no nos asustaron ni el trabajo ni las penurias.

Hubo épocas en las que anduvimos con el agua al cuello, cuando nadie tenía fe en nosotros y hasta se burlaban cruelmente del general Olachea y de sus sueños de locura, pero ya ves, Armida, con el transcurso de los años todo lo que logramos hacer.

Muchos de los que vinieron, es cierto que se aprovecharon de la ocasión y de la situación, pidieron créditos que nunca pagaron; fueron éstos a los que el pueblo sudcaliforniano bautizó muy atinadamente con el mote de los ‘agricultores nylon’. Aquéllos que se vivían en la terraza del hotel Perla y por la noche en los lupanares que funcionaban en aquellos años, enamorando muchachas y dándose vida de reyes, sin trabajar ni por equivocación. Pero se tuvieron que ir cuando ya no tuvieron nada, ni nada les dieron. Se fueron, afortunadamente para todos.

Yo también trabajé muy duro por mi cuenta –recuerda Carlota, la Tota Coronado, para familiares y amistades, para sus paisanos del Valle, como le gusta decir—. Como siempre me gustó mucho el comercio, empecé a comprar mercancía; me puse a vender telas, mercería, perfumería, etcétera; y le fui agregando lo que me pedían. Así empezó a aumentar mi clientela. Aunque nunca había sido comerciante, puse mi tienda y, ya ves, todavía la tengo –dice la Tota, sonriendo—. No me ha ido tan mal... También aprendí a cortar el pelo y a dar permanente, pensando en que las mujeres de los colonos y de los trabajadores agrícolas, aunque trabajaban tan duro, tanto o más que sus hombres, no querían dejar de ser mujeres, con su natural coquetería...

Un día a la semana les daba permanente, y ese día tenía que levantarme en la madrugada, porque mis clientas, viniendo de tan lejos, no podían darse el lujo de regresar o de posponer su citas. Así que yo, buena y sana o enferma, las tenía que atender. Era un gran compromiso moral el que yo sentía con ellas.

Carlos, nuestro hijo, hizo su primaria en la escuela de la colonia. Era una escuela con maestro unitario. El pobre no pudo tener más estudios, aunque años después estudió aviación, y luego fue propietario de Aéreo-Fumigaciones Coronado, y tuvo cuatro aviones. Carlos siempre ha sido muy apegado a nosotros.

Ahora que veo las casas de muchos ranchos, con todas sus comodidades, me acuerdo de la primera casa en la que vivimos. Era uno de esos albergues camineros para la gente que viajaba al norte, al Territorio Norte de la Baja California. Estaba hecho de lodo revuelto con zacate. Como ahí vivíamos varias familias, a mí me dieron una parte del corredor. Coloqué unas mantas, y mi defensa eran unas bancas de madera.

Leoncio tenía que salir mucho por su trabajo, de día y de noche, porque en esa época no sólo atendía a los colonos y a sus familias, sino que también atendía a enfermos de la sierra y de las rancherías de los alrededores, de donde lo llamaban para que fuera a atender partos, a inyectar o a curarlos. Carlitos y yo nos quedábamos solos, con el resto de las mujeres de los otros colonos, pues sus hombres también se iban a trabajar a los campos, a desmontar y a preparar las tierras.

Por las noches oíamos el aullar de los coyotes. Estos animales nos comían el nixtamal y las gallinas. Hacíamos la comida para que alcanzara para todos. No podíamos darnos el lujo de que cada quien quisiera una comida especial. Así no nos rendirían ni la carne ni las verduras. La carne, lo mismo podía ser de liebre, de tejón o de conejo; a veces había puerco o se mataba alguna res; también podía ser algún pájaro u otros animales que ya no me quiero ni acordar, porque cuando se tiene hambre, no se puede ser muy remilgoso.

Los lugares más cercanos para ir de visita los domingos eran Palo Bola, con la familia de don Lucio Astorga, como a unos cuarenta kilómetros. Ahí estaba el rancho Santo Domingo. Cuando llovía, el agua se estancaba muy feo; entonces ni rastros de Ciudad Constitución, que hoy es una ciudad moderna y floreciente. Por eso el Valle lleva ese nombre. Después de algunos años, nosotros íbamos a algunas playas más o menos cercanas; pero eso fue años después, porque al principio fue puro trabajo. Queríamos labrar nuestro patrimonio, y para ello había que trabajar y luchar, luchar y trabajar muy duro.

Muchos desertaron. Ellos, con sus mujeres y sus hijos. No todos aguantaron. Nosotros nos aferramos a la tierra, siempre con fe, con la esperanza de que haríamos florecer el desierto, y así fue...

Ahora es pura vida. Nuestros ranchos están florecientes. Claro que tenemos nuestras altas y bajas, pero ya no estamos desprotegidos. También tenemos mucha experiencia...

Nosotros vimos nacer al Valle de Santo Domingo. Nos contagiamos con la fe de otro soñador, el general Agustín Olachea Avilés, que siempre tuvo fe en el Valle de Santo Domingo, en el futuro del Valle. Cuando todos se reían de él y lo atacaban, los colonos confiamos en él, y él confió en nosotros. Medimos nuestras fuerzas con la naturaleza hostil y con mucho orgullo puedo decir que triunfamos.

Se nos hace un sueño lo que logramos. Esto es obra nuestra, el Valle es nuestro, muy nuestro –dice la Tota Coronado, con mucha emoción–. Creo que don Isidro Rivera Ortiz, como el resto de los que iniciamos el Valle de Santo Domingo, así como los que llegaron después y han continuado nuestra obra, nuestra labor, estarán de acuerdo conmigo, el Valle es nuestra obra, el Valle es nuestro, muy nuestro –remacha la Tota Coronado, con firmeza.

Nosotros, gracias a Dios, no podemos quejarnos; tenemos, después de tantos trabajos, de tantas penurias, una forma de vivir holgada. Los años de penurias y de privaciones quedaron muy atrás. Continuamos trabajando, es cierto, pero habiendo trabajado tan duro durante nuestra vida, no podemos quedarnos sentados descansando, cuando todavía queda tanto por hacer.

Carlos, nuestro hijo, se casó el 15 de julio de 1972, con Eva Galindo Félix, una guapa sonorensa, a los veintidós años de haber llegado al Valle. Ella es una muchacha admirable, que ha sabido ser muy buena esposa, muy buena madre y muy buena nuera. Sus padres vinieron de Ciudad Obregón, Sonora, y son gente decente y muy trabajadora. Carlos y Evita tienen dos hijos: Francisco Javier, de seis años, y Carlos Alberto, de cinco años. Nos han dado mucha felicidad nuestros nietos, ya que a Eva la consideramos una hija más. La queremos como a una hija también.

Cada año vamos a San Javier, para el 3 de diciembre, a cumplir con la manda que le prometí al Santo cuando vivíamos en Loreto y Leoncio se me estaba muriendo de pulmonía. Ya estaba desahuciado, y unas señoras

amigas mías me recomendaron que se lo encomendara a San Javier, y San Javier me hizo el milagro. Me lo sacó de las puertas de la muerte.



¿Qué más te puedo decir de mi vida? Pues, que le doy gracias a Dios por habernos dado la fuerza suficiente para luchar y al fin lograr lo que hoy tenemos, producto de nuestro trabajo. ¿Que si qué les recomiendo a las nuevas generaciones? Pues que no desfallezcan y que no quieran todo muy fácil. Se aprecian más las cosas que más han costado; que luchen, y siempre tendrán su recompensa —dice finalmente la Tota Coronado, una sudcaliforniana muy valiosa, Carlota Salgado Domínguez de Coronado.

Leoncio y su inseparable y ejemplar compañera de tantos años, hace ya tiempo que pagaron su tributo a la madre tierra. Se quedaron para siempre en su querido Valle de Santo Domingo, por el que los dos tanto lucharon, para que creciera y prosperara. Se quedaron ahí, como tantos y tantos colonos, como muchos de los pioneros del Valle.

Carlos, su hijo, también murió años después. También ahí se quedó. Leoncio y la Tota Coronado dejaron para sus descendientes un hermoso legado; y ahora los dos, junto con Carlos, su hijo, todavía rezan por el Valle de Santo Domingo, su querido Valle...

Anita Ruibal Cosca

Prestigiada partera y un ser humano excepcional



ANITA RUIBAL COSCA



La entrevistamos en su hogar, ya jubilada, publicando esta entrevista en el número 4 de la Revista *Nosotras*, de enero de 1979. Nos declaró: “Soy una mujer muy feliz, nunca he recibido ofensas de nadie. Me integré a La Paz, me identifiqué con su gente y aquí quiero morirme. Aquí quiero que me entierren. Sí, efectivamente, soy muy feliz. La vida me dio muchas cosas buenas, no puedo quejarme. Como digo, nunca recibí ninguna grosería de nadie; al contrario, todos me respetaron, y a lo largo de mi vida acumulé muy buenos recuerdos”.

Estas palabras son de Anita Ruibal Cosca, enfermera y partera jubilada, que a lo largo de su vida fue derramando bondades y dulzura. Anita Ruibal, así simplemente, fue conocida en la comunidad. Ella nos dijo:

Nací en Guaymas, Sonora, el 24 de marzo de 1900. Voy con el siglo XX. Fueron mis padres don Enrique Ruibal y doña Faustina Cosca; ambos españoles, que vinieron a México en busca de mejores horizontes. Tuvieron once hijos: cinco hombres y seis mujeres; pero, ya en España, habían muerto tres de las mujeres y en Guaymas murió el cuarto hijo. Yo fui la única que nació en México y fui hija póstuma, porque mi padre murió en enero de 1900, y yo nací hasta marzo de ese mismo año. El mayor de mis hermanos fue Luis, al que yo siempre me sentí muy unida; también quise muchísimo a su esposa, mi cuñada Clotilde Gómez de Ruibal.

Cursé la primaria en Guaymas, donde hice también algunos estudios para mujeres, pero siempre sentí inclinación por la medicina. Radicando en

Guaymas, a veces venía a La Paz a visitar a Luis mi hermano y a Enedina mi hermana, que vivían aquí. Me encantaba la ciudad, pero me encantó más su gente; por eso, más tarde decidí venirme a vivir aquí. Cursé estudios de obstetricia en la escuela del Departamento de Salubridad de los Estados Unidos, en El Paso, Texas. En 1939 vine otra vez a La Paz. Entonces, el doctor Esteban Morales me mandó decir, por conducto de unas amigas mutuas, Leonor y Adela Morales, que me hiciera cargo del Centro Infantil, como enfermera. Este Centro estaba ubicado donde después estuvo la Escuela de Música y ahora está una tienda de artesanías, en Belisario Domínguez e Independencia, en esta ciudad.

Más tarde, los servicios del Centro se fusionaron con Salubridad, que entonces dirigía el doctor Raúl Carrillo Salgado, con el que trabajé durante veintitrés años. Luego me dieron el nombramiento de encargada del Departamento Pre-Natal, y en 1962 pasé al Centro de Salud, trabajando con los hijos del doctor Raúl Carrillo Salgado, Raúl y Antonio, que ya eran doctores siguiendo los pasos de su padre, y además, estuve de auxiliar con los doctores Jesús Soltero Gaytán e Ignacio Izquierdo Bravo.

Le preguntamos a Anita que si cuántos niños trajo al mundo, y sonriendo nos dice que varios miles. En especial, recuerda a una hermosa niña, la primera que trajo al mundo aquí en La Paz, una hija de la familia Tarango, a quien ella llama *Mi mascota*, porque siente que esa niña le trajo mucha suerte.

Una de las cosas que me hicieron retirarme de mi profesión, no obstante amarla tanto, fue que no se descansa casi nunca, es agobiante, y además, yo ya he trabajado muy duro en toda mi vida. La verdad es que yo ya quería descansar. Sentía también que ya no tenía las energías suficientes para resistir las agobiantes jornadas. Además, los partos casi siempre son en la noche o en la madrugada. Las criaturas no entienden de horarios.

En una de esas noches de mucho trabajo, recuerdo haber traído al mundo a cuatro bebés: a Perlita Habiff Scholnick, a un hijo de Lalo Manríquez, a un niño de la familia Moyrón y a Laurita, la hija mayor de Quichu Isáis. Por cierto que ellas, Perlita y Laurita, se dicen *cuatas* de cariño; nacieron el mismo día y con muy poca diferencia de horario.

Una de las cosas que más me impresionaron, sucedió la noche en que nos azotó el chubasco de 1959. Me vinieron a avisar que María Luisa Moyrón de Cerecer estaba por dar a luz. En esos años, ella y su esposo atendían el restaurante en el que comían los trabajadores de Caminos, los que construían la carretera al Valle de Santo Domingo. Si mal no recuerdo, éste se hallaba ubicado en el kilómetro 12. Don Fernando, el esposo de María Luisa, muy atento me informó que la carretera estaba intransitable, que ya no podía pasar ningún carro, más que hasta cierto tramo, y que sería preferible que mejor nos fuéramos en lancha y desembarcar en una de las playitas cercanas; pero no acepté esta sugerencia porque me dio más miedo el mar, pensando en lo revuelto que estaría con el chubasco, y le dije que mejor nos fuéramos caminando... Caminamos por un largo trecho, pero todos, inclusive los trabajadores de Caminos, se portaron muy bien conmigo. A cada rato, ellos me enjuagaban los zapatos, y es que yo no sé andar descalza, y los zapatos se me llenaban de arena y las piedritas me molestaban mucho. Pensaba dentro de mí que íbamos a llegar cuando ya hubiera nacido el niño; pero, afortunadamente, no fue así. Tuvimos algunos problemas, es cierto, porque el niño venía parado, pero afortunadamente María Luisa se portó muy valiente. Ella dice que yo les salvé la vida, la de ella y la del niño... No es cierto..., el mérito es de ella y desde luego de Dios, porque él nos ayudó.

Me tocó también ir en lancha hasta Pichilingue, a atender varios partos de las esposas de los marinos que vivían ahí. Yo que siempre le he tenido pánico al mar, pero ni modo, era mi obligación. Recuerdo que mis hermanos y toda la familia siempre se quedaban llorando...; pensaban que iba a la muerte. Recuerdo que hasta se me llegaron a hincar, pidiéndome que no saliera; pero era mi vocación, era mi profesión, y sentía también una gran responsabilidad con la gente que en mí confiaba.

Una noche llegaron a buscarme unos rancheros; venían armados con rifles. Me dijeron que una mujer de su rancho estaba por tener un niño; venían de un rancho más allá de San Pedro. Mi familia no quería que fuera porque pensaba que me iban a matar en el camino; pero como yo nada debía... nada temía. Así que me vestí y me fui. Atendí a la mujer. El

niño nació bien y a ella la dejé dormida; pero a la hora de pedirles que me trajeran de regreso a mi casa, me dijeron que como el carro en que habían ido por mí no era de ellos... pues ya se había regresado... ¡y era la una de la mañana! Yo tenía que entrar a mi trabajo a las once de la mañana y nunca me gustó faltar, por muy justificada que estuviera mi falta. Así que me vine caminando. Recé y recé, sin ninguna lámpara que me alumbrara, acordándome de las víboras, de las tarántulas y de los animales con rabia.

Después de mucho caminar, llegué a San Pedro y ahí toqué la puerta de una familia Angulo, que eran mis clientes. No me querían abrir la puerta, hasta que la señora reconoció mi voz y les dijo quién era. Me abrieron y luego me prepararon una cama, pero tampoco me podían traer porque no tenían carro; así que al día siguiente me tuve que aventar otra caminata hasta La Paz. No me gustaba faltar a mi trabajo, pero ese día le mandé avisar al doctor Carrillo Salgado que no podía ir, y más tarde le conté lo que me había pasado.

El doctor Carrillo se doblaba de la risa, y me decía: Partera pueblerina, partera de rancho, siempre las llevan, pero nunca las regresan cuando nace el chamaco. El doctor Raúl Carrillo Salgado fue un gran maestro para mí y me tenía mucha confianza. Cuando lo iban a veces a llamar, preguntaba: ¿Qué allá no está Anita? ¿Para qué me quieren a mí? Ella puede sola. Nunca fue egoísta con nadie. Por eso lo quisimos y lo admiramos tanto.

Acerca de lo que nos contó Anita Ruibal, del parto que le tocó atender el día del chubasco de 1959, después nos comentó la señora Graciela Cerecer de González Rubio que, efectivamente, Anita Ruibal atendió a su mamá María Luisa de Cerecer, el 8 de octubre de 1959, el día del chubasco. Ese día nació su hermano Ramiro Cerecer Moyrón.

Retomando las memorias de Anita, ella dice: Ni el embarazo ni el parto son una enfermedad. Por lo tanto, las mujeres embarazadas no tienen que usar esos términos. No se van a aliviar el día que den a luz, porque no están enfermas.

Las mujeres deben de aceptar el embarazo como algo propio y exclusivo de su sexo, con orgullo y felicidad. La maternidad es el don que Dios concedió a la mujer. Entonces, ¿por qué rechazarlo, por qué temerle, por qué renegar tanto cuando van a tener una criatura? Además, siempre

que puedan, deben de amamantar a sus hijos. En la leche materna están comprendidos todos los elementos que el niño necesita: hormonas, vitaminas, defensas. No hay sustituto para la leche materna. En Estados Unidos y Europa, cada día hay más médicos que están insistiendo ante el mayor número de madres, para convencerlas de que amamenten a sus hijos. En México, nuestra clase pobre así lo hace; pero la clase rica y la clase media, que siempre quiere imitar a la primera, creen que es de mal gusto amamantar a los niños, y se limitan a preparar o a mandar preparar biberones. No saben el daño tan grande que les hacen a sus niños y el daño tan grande que se hacen a sí mismas. Quizá también por eso hay tanto cáncer en los senos.

También el parto debe de ser natural, no apresurado. Ojalá que en La Paz pronto pueda haber un centro donde preparen a las madres para que en forma natural tengan a sus hijos. Ésa es la más grande ilusión de mi vida. Lástima que yo ya no voy a vivir para verlo. Me hubiera gustado participar en él.

Recuerdo que cuando estaba en el Centro Infantil, varias veces me empiojé. Como entonces no había tantos insecticidas ni desinfectantes como hay ahora para matar a los animales, me tenía que estar lavando la cabeza y metiéndome el peine para matar los piojos. Era el único remedio. Mis hermanos y mi familia se morían de la mortificación. Varias veces enchinché las camas, no sólo la mía, sino hasta las de los sobrinos que vivían con nosotros. Varias veces tuve que tirar los colchones y comprar otros nuevos, porque a veces me tocaba atender a personas que no eran muy limpias, pero también eso era parte de mi profesión. No quería hacer distinciones, para mí todos eran iguales, pobres y ricos, amigos y desconocidos. Todos tenían derecho a que los atendiera.

Recuerdo que a Enriqueta Verdugo de Isáis la ayudé a traer al mundo a su niña más chica. Enriqueta y yo somos muy amigas. Precisamente le estaba curando el cordón umbilical a la niña —el que le corté cuando nació—, cuando me tuve que ir a atender a una sirvienta de nuestra casa, que se había ido con un viudo con varios hijos. Por cierto, que los casamos, porque pensé que no era lo mismo decirles a sus padres que se había casado, a avisarles nomás que se había fugado. La noche en que nació su hijo, la

velé hasta que dio a luz. Muy temprano me dijo su esposo que ya se venía a La Paz a trabajar —se venía en una carreta tirada por un caballo viejo—. Me subí a la carreta y me vine con él hasta la casa de Enriqueta para curar a su niña. Cuando ella me vio y me reconoció, me dijo: ¡Ay, Anita, cómo quisiera tener una cámara y retratarte!

Me tocaba atender algunos partos, donde los padres nunca estaban contentos con el niño que les nacía: a veces querían varones, a veces mujercitas. Recuerdo en especial a una señora que ya tenía varias niñas y cuando le nació otra más, se puso muy triste. Yo, para consolarla, le dije que su recién nacida era tan bonita que parecía Miss Universo. Años más tarde, caminando por una calle, me alcanzó una jovencita que me dijo: Anita, soy la Miss Universo... Me dio mucho gusto verla tan grande, tan sana y tan bonita.

Seguido me alcanzan personas en la calle para recordarme que yo les traje al mundo a sus hijos, o bien, me dicen que yo los traje a ellos. Son mis mayores satisfacciones, y me da mucha alegría. Traje al mundo a muchos de la familia Abaroa, ya ves que son un montón. Todas las familias que atendí, siempre fueron muy buenas conmigo; me recibían con muchas atenciones.

También traje al mundo a los hijos de Mercedes Salgado de Estrada. Recuerdo que una tarde me mandaron avisar que Mercedes ya se sentía muy mal. A mí me extrañó, porque la había revisado y todavía le faltaba. Además, como ya la había atendido en varias ocasiones, la conocía muy bien; pero de todas maneras fui a verla. Efectivamente, cuando llegué, me di cuenta de que todavía le faltaba mucho; pero ella, riéndose, me dijo:

Anita, te me quedas, porque luego otras gentes te mandan llamar, y quién sabe para dónde te me vayas, y yo no quiero que me atienda otra persona. Me prepararon una cama y nos dormimos las dos y, efectivamente, su niña nació hasta el otro día. Nunca le tuve miedo a los partos que se presentaban difíciles. Sabía que calmando a la madre, manteniéndola tranquila y confiada, el problema era mucho más sencillo. Eso me lo repitieron mucho en El Paso, y yo lo comprobé muchas veces.

Atendí a muchas familias sinarquistas cuando recién llegaron a La Paz. Sus mujeres eran todas ellas muy valientes. Recuerdo a una de ellas en

especial. Me llamaron una noche y me encontré en una casa muy pobre. La mujer estaba en la cocina, sentada en cuclillas en el piso de tierra. Cuando le pedí que se acostara, no quiso. Me dijo que no, que a todos sus hijos así los había tenido. Nunca le vi una expresión de dolor; pero me di cuenta de que lo tenía, por las contracciones del vientre. Tuvo gemelos y los dos venían parados; sin embargo, aquella mujer nunca se quejó. Sus hijos nacieron y ella misma los arropó con mucha tranquilidad, como la cosa más natural del mundo... y así era.

Tengo un diploma por mis primeros 31 años de servicios como enfermera. Me lo dio la Secretaría de Salubridad y Asistencia, y fui la primera mujer sudcaliforniana que recibió su medalla. Me la entregó el licenciado Hugo Cervantes del Río, cuando era gobernador del Territorio. Recuerdo con mucho cariño al licenciado Cervantes y a su esposa María Luisa Vallejo de Cervantes, porque los dos fueron muy atentos conmigo y me tuvieron muchas consideraciones. Yo los inyectaba. Al principio el licenciado Cervantes me tenía miedo. Pensaba que la inyección le iba a doler mucho. Su esposa lo tuvo que calmar; pero después él mismo me mandaba llamar.

Mi medalla y mi diploma me los entregaron en 1970, y el diploma está firmado por el doctor Ignacio Morones Prieto, secretario de Salubridad y Asistencia; y por el doctor Rómulo Sánchez Mireles, director general del IMSS. Ellos integran la Comisión Coordinadora Mixta de Actividades en Salud Pública, Asistencia y Seguridad Social. Recuerdo que el doctor Aceves Parra, al entregarme el diploma, me dio un beso en la mejilla, y horas más tarde, al ir a despedirlo al aeropuerto, el licenciado Cervantes del Río, riéndose, me preguntó: —Anita, ¿qué le gusto más sinceramente, el diploma o el beso? Yo, riéndome también, le respondí: —Licenciado, a mi edad, naturalmente que el beso.

Conociendo su experiencia, le preguntamos cuál es la causa de que muchas madres tengan tantos problemas para amamantar a sus hijos. Nos contesta que se debe a las tensiones tan grandes que soportan, además del rechazo que muchas mujeres sienten hacia la maternidad. Es que deberían de tomarla con mucha seriedad. Piensan que por el hecho de engendrar a los hijos y traerlos al mundo, ya cumplieron con su misión y sus obli-

gaciones. Antes, los niños nacían en los hogares, donde las mujeres se sentían en su medio, pero ahora todas las madres van a los sanatorios. Ahí las madres sufren mucho, les apresuran los partos. Hay tanto trabajo, que médicos y enfermeras, aunque quisieran, no les brindan toda la atención que necesitan y que las madres tanto desearían. Quieren sentirse reconfortadas, que les inspiren confianza, sentirse consoladas. Pero eso podría hacerse en las casas, siempre y cuando el parto no presentara problemas. Recuerdo que Laurita Cornejo Estrada de Reséndiz no quiso tener a sus hijos ni en hospitales ni en sanatorios. A todos los tuvo en su casa, y ella se portó maravillosamente.

A las enfermeras les digo que amen y respeten su profesión, que la dignifiquen;...;Eso les daría tantas satisfacciones! Pueden ser y son muy útiles, pero no se conviertan en seres materializados que sólo van en pos del sueldo, del dinero. Yo tengo una enorme tranquilidad de conciencia, porque nunca me dediqué a practicar abortos; al contrario, luché porque las madres que renegaban de su embarazo, aceptaran su maternidad y valientemente tuvieran a sus hijos.

Puedo afirmar que soy una mujer feliz, que nunca recibí ofensas de nadie, y sí mucho cariño, mucho respeto. Me identifiqué con la gente de La Paz y aquí quiero morirme, aquí quiero que me entierren. De mi trabajo guardo muchos y muy buenos recuerdos. Dios y la vida me dieron muchas cosas buenas.

Ella murió a mediados de 1992, aquí en la Paz, la ciudad que tanto amó. Aquí está enterrada, tal y como ella quería, en el Panteón de Los San Juanes. Tuvo una vida feliz y una muerte tranquila. Fue por la vida derramando bondades, y como sembró rosas, cosechó siempre rosas. Fue una de nuestras valiosas mujeres sudcalifornianas.

Ojalá que algún día veamos un Centro de Salud, aquí en el municipio de La Paz, que lleve el nombre de “Enfermera Anita Ruibal Cosca.”

Doctor Enrique Von Borstel

Labastida

Ginecólogo y ser humano excepcional



ENRIQUE VON BORSTEL LABASTIDA

Dice el sabio refrán que “Cuando Dios da, da a manos llenas”. A nuestro entrevistado, doctor Enrique Von Borstel Labastida, mejor conocido como El Plique, la naturaleza lo colmó de muchos dones. Él mismo reconocía que Dios había sido muy generoso con su persona. Lo dotó de un gran atractivo físico, de una inteligencia superior y de una hermosa voz de tenor y, por si fuera poco, de una gran dosis de sentido común que, como gustaba decir la maestra tapatía Irene Robledo García, “es el menos común de los sentidos”. Pero también fue dotado con la humildad suficiente para no envanecerse con los dones recibidos.

A este afamado ginecólogo lo entrevistamos en su hogar, en enero de 1980, donde nos recibió amablemente.

Nací en la ciudad de La Paz, el 21 de abril de 1920. Me cuenta mi mamá que vine al mundo en una casa que estaba situada junto a lo que hoy es el Supermercado Arámburo, de la calle Madero. Fueron mis padres Enrique Von Borstel Mendoza y Beatriz Labastida Moreno de Von Borstel. Mi padre era de ascendencia alemana y mi madre fue, quizá, la mujer más bonita de su época. Cursé parte de mis estudios primarios aquí en La Paz; pero después, debido a cambios en nuestra situación económica, nos fuimos a vivir a Tijuana, donde terminé la primaria en la escuela Miguel Z. Martínez. Luego cursé estudios de recetario taquígrafo, en la escuela Álvaro Obregón. En Tijuana, mi padre trabajaba como pagador en la Presa Rodríguez, que entonces estaba en construcción. Además, era recaudador

de Rentas de todo el Territorio Norte de la Baja California, cuando era gobernador el general Agustín Olachea Avilés. Cuando don Agustín dejó el poder, aunque en Tijuana los jefes de mi padre no querían que renunciara, decidió hacerlo para regresar a La Paz; y es que él, como ser humano podría tener defectos, pero era muy honrado; para él la honradez era una religión. La gente estaba feliz, porque desde que él era el recaudador de Rentas, las cosas marchaban bien y los pagos nunca se retrasaban.

Pero mi padre era gente de Olachea, y a él lo seguimos otra vez a La Paz. Entré entonces a la secundaria, ubicada entonces en donde ahora está la cancha Gómez Jiménez. Sabiendo taquigrafía, mecanografía y hablando perfectamente el inglés, don Enrique Ruffo Polastri, comerciante y político, me pidió que fuera su secretario particular, ofreciéndome el fabuloso sueldo, para aquellos años, de seiscientos pesos al mes. Como sabía que mi familia necesitaba el dinero, casi acepté el trabajo, que para mí era una gran oportunidad; pero mi padre, con más visión que yo, me dijo que mejor estudiara, y que si después no quería continuar, entonces me pusiera a trabajar. Él se metió al negocio de la explotación de las perlas, así que entré a la secundaria; pero entré a segundo año, porque el primero me lo contaron revalidándome las materias, ya que las presenté en exámenes a título de suficiencia.

Al terminar la secundaria, el maestro y abogado Gustavo Moreno Uruchurtu, que había sido fundador de la Secundaria No. 14, habló con el gobernador del Territorio Sur de la Baja California, el coronel Rafael Pedrajo Martínez (1938-1941), a quien le dijo que era una lástima que me desaprovecharan con unas calificaciones tan altas como las que yo tenía. Así que me mandaron a la ciudad de México, pero contra mi voluntad, porque yo veía las condiciones tan precarias de mi familia, y realmente lo que yo quería era trabajar.

En la capital del país llegamos a la Casa del Estudiante, entonces situada en Venezuela 32. Llegamos a puro pasar hambre. A mí me mandaban cincuenta pesos al mes y, aunque todo era tan barato, no me alcanzaban para nada. Ahí convivimos Cuauhtémoc y Alfonso Güero Guerrero González, el *Chapo* García, Refugio *Cuco* Castro León, el ingeniero Manuel Mendoza, Alejandro *Cano* Sepúlveda, así como con Eloy Cota y Enrique Romero.

Como digo, las hambres que pasábamos eran tremendas. Entonces, el Güero Guerrero nos consiguió cien birote diarios en Salubridad y Asistencia –no eran de muy buena calidad porque tenían mucho salvado–, así como diez litros de leche –tampoco era de vacas Jersey, más bien era muy aguada–; pero la leche y el pan nos alimentaban, nos mataban el hambre y medio alcanzaban para repartirlos entre dieciséis muchachos estudiantes.

Entonces decidimos formar una cooperativa y contratamos a una cocinera, a doña María Lechuga, a quien le dábamos, cada uno, veinticinco pesos al mes. La comida buena era a mediodía; consistía en una sopa aguada, un guisado chirrío y frijoles. En la mañana y en la noche solamente comíamos avena con birote.

Si vieras que después de tantos años de comer avena, la tenía tan aborrecida, que hasta hace como año y medio que empiezo a medio comer la dichosa avena. De nuestras casas, de cuando en cuando nos mandaban las clásicas encomiendas de panocha de gajo, tortillas de harina, queso de apoyo y carne seca de res para hacer machaca; pero eso era muy raro, y cuando eso pasaba, nos enfermábamos del estómago, de las hartadas que nos dábamos. Yo ya estaba en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Facultad de Medicina.

Precisamente en mis años de estudiante conocí a Graciela, mi mujer (se refiere a la doctora Graciela Álvarez de Von Borstel). Ella fue mi compañera en la preparatoria primero, y luego en la facultad. Terminamos juntos la carrera. La preparatoria la cursamos en San Ildefonso y la carrera de medicina en Santo Domingo, donde estuvo la Santa Inquisición en tiempos de la Colonia, que de santa nada tenía. En el Hospital General yo fui jefe de Guardia, debido a mis altas calificaciones. Estaba de director el doctor Gabriel Escobar K. para hacer el servicio, Graciela se fue a Tepoztlán, y yo lo hice en San Antonio, aquí en el Territorio. Recuerdo que los fines de semana me venía a La Paz de *raite*, en el primer carro que saliera; pero de regreso me iba en el camión de don Juan de la Peña Rosas. Y era parada obligada llegar a dejarle mercancía a don Nicandro Navarro, allá en El Triunfo, quien siempre nos invitaba un vaso de agua fresca de naranjitas con un piquete de tequila.

Graciela se recibió el 5 de julio de 1946, y a mí me fijaron la fecha de mi examen para el 20 de agosto del mismo año. Trabajé una temporada, y nos casamos el 12 de febrero de 1947, después de que ahorré algo y de que me prestaron dinero para la boda. Duré tres años pagando la deuda. Doña Amparo Borbón de Batani, hermana de doña Anita Borbón de Olachea, esposa del general Agustín Olachea, tenía una casa de huéspedes en Acapulco, y ella nos invitó a pasar allá nuestra luna de miel. Mi papá nos dio los pasajes. De común acuerdo quisimos radicar en La Paz. Graciela trabajó durante año y medio como jefa de Servicios Médicos Escolares en las escuelas, pero perdió a su primer bebé y ya no quiso ejercer. Dijo que prefería cuidarse para ser madre y no ejercer como doctora. Así que únicamente continuó dando sus clases de biología en la secundaria Morelos.

Yo tuve mi primer empleo como médico de Emergencia y Policía. A mí me tocaba lidiar con todos los borrachos. Después estuve de ayudante de medicina especial, en el Hospital Juan María de Salvatierra; del precursor del ISSSTE, el servicio médico de los empleados del gobierno del Territorio, mi jefe era el doctor Alberto Forcada Martínez. Luego fui a especializarme en ginecología, en el Hospital Central Militar de la ciudad de México; también cursé la especialidad de ginecología y obstetricia en el Sanatorio Español de la capital de la República, con el doctor Manuel Álvarez Bravo, y en el Hospital Clínica Dos del Seguro Social, que entonces era de ginecología; y, antes de esto, estuve tres años como ayudante de cirugía del doctor Adán Velarde Oaxaca.

En 1953 fui a Los Ángeles y a Glendale, donde realicé estudios de ginecología y emergencias, y he asistido a innumerables congresos médicos y cursos de actualización en todo México y en muchos lugares de Estados Unidos de Norteamérica. En 1959 empecé a juntar médicos para formar la Asociación Médica Sudcaliforniana; naturalmente, me secundaron los doctores Raúl A. Carrillo Salgado, Guillermo Corssen Luna, Cirilo Mondragón y Francisco Cardoza Carballo; como éramos muy pocos, también entraron Juan Ángel Cordero, técnico anestesista, y Manuel Siroub, que es químico. Años después, y con el doctor Romeo Gamboa Navarro, formamos el Colegio Médico de La Paz, que nos costó tres años de trabajo. Naturalmente, fui el primer presidente de ambas asociaciones, porque yo

era el de todas las vueltas. En 1968, el Colegio Médico de La Paz quedó registrado legalmente.

Durante once años di clases de biología y anatomía en la secundaria federal; también di clases de química, pero tuve que renunciar por falta de tiempo. Mi carrera de medicina la seguí casi obligadamente. Mi papá era el que quería que estudiara, y pensé que si de chico me gustaba la biología, lo mejor que podía hacer, era estudiar medicina. Siempre fui estudioso, porque consideraba que no podía perder el tiempo si no teníamos dinero. Entre otras cosas, también fui el primer secretario del Club de Leones. El general Agustín Olachea Avilés había fundado en La Paz el Club de Leones, y a mí me eligieron secretario cuando todavía estaba estudiando en México; así que, al llegar de regreso a La Paz, me encontré con que ya era *León*.

Doctor, ¿cuáles han sido algunos de los sucesos que más lo han impactado en el ejercicio de la medicina?

Tengo de todo: cosas tristes, muchas satisfacciones profesionales, recompensas morales, desengaños y golpes. Entre ellos, te contaré que un día, estaba yo jugando tenis. Entonces jugábamos mucho en la cancha que tenía en su casa don Roberto Ruffo. Jugábamos el propio don Ernesto, Enrique Ruffo Valadez, Simón Romero, Carlos Moreno, mejor conocido como *Chale* Moreno, Pepe Gibert y El *Mañanita* Zumaya, al que, cuando le ganábamos, como era más grande que nosotros, nos pegaba. Estábamos jugando ese día, cuando me mandaron llamar de la casa de Arturo Sotelo y Canett, que estaba muy grave, ya estaba arañando las puertas del panteón. Tenía una peritonitis aguda, la panza la tenía como de madera. Recuerdo que cuando entré al Hospital Salvatierra, la Mary Salgado, su esposa, me agarró de las manos llorando, y me decía: ¡Sálvalo, Plique!, ¡sálmelo por favor! Le contesté: Mary: Voy a hacer todo lo humanamente posible, pero está muy grave. Empecé a intervenir. Ya tenía el estómago lleno de excremento. Se lo limpiamos a puños. Sinceramente, dudé que se salvara; sin embargo se salvó. No cabe duda que Yerba mala nunca muere. Todavía vive el cabrón, dice el Plique Von Borstel, riéndose. Y es cierto, hizo tan buen trabajo el médico, que don Arturo murió muchos años después, casi cumpliendo el siglo de vida.

Yo le digo en broma a Arturo que es mi hijo putativo y muy reputativo. Se recuperó magníficamente. Por cierto que, en esos días, era muy difícil conseguir la sangre para las transfusiones y Arturo la necesitaba urgentemente; pero tuvo la fortuna de que una enfermera, Carmen Sandoval, me la ofreciera, y se la pusimos. Repito, Arturo se recuperó magníficamente, y como yo los quiero mucho a él y a la Mary, cuando sabía que se andaba portando mal, delante de él yo le decía a la Mary: Ya ves. Para eso querías que salvara a esta chingadera..., para que te hiciera sufrir. Pero, ahí sigue después de que lo operé. De eso hace veinticinco años. Todavía vive el viejo Arturo, cabeza enjabonada.

Recuerdo que en una junta médica, Juan Manuel Castro Cota, médico de Cabo San Lucas, me preguntó que si me acordaba de él. Le respondí que no; y me dijo: Pero hombre, doctor. Usted nos salvó a mí y a mi mamá, que tenía una hemorragia tremenda; y como yo era prematuro, su enfermera Lucía Angulo me alimentaba con un gotero, y usted inventó una incubadora con focos y sábanas, y ahí me crié. ¡Vaya! —le dije—, nomás no lo digas, porque van a decir que estoy muy viejo.

He realizado como diez mil operaciones grandes e infinidad de pequeñas, y todavía digo que necesito seguir aprendiendo. En medicina siempre hay qué aprender. Siempre.

Esto nos dice de la modestia, de la humildad del doctor Enrique Von Borstel Labastida, porque está considerado como uno de los mejores cirujanos que han tenido Baja California Sur y México, cuya personalidad como ser humano y médico ha influido en muchos jóvenes, hombres y mujeres, para estudiar medicina.

Un sábado por la tarde, dice, me llamó la enfermera Leonarda Rivera, avisándome que acababa de llegar una emergencia. Corrí al Hospital Salvatierra, y cuál no sería mi sorpresa, encontrarme con un niño de unos once años de edad, que, herido en el vientre, traía sus tripas en un sombrero de palma, junto con un menudo de res que estaba limpiando. Al preguntarle a sus acompañantes cómo se había herido, nos dijeron que estaba limpiando un menudo en el rastro, pero como el piso estaba tan resbaloso por el estiércol, el agua y los orines de las reses, etcétera, el chamaco, al caminar se resbaló, y como llevaba el cuchillo en la mano, se

hirió; afortunadamente no estaba solo, y los trabajadores lo levantaron, y hasta eso, estuvieron separando algunas de sus tripas del dichoso menudo; las pusieron junto con el menudo en un sombrero de palma de uno de ellos y lo trajeron lo más rápidamente que pudieron al hospital. Se le habían salido como tres metros del intestino grueso. Lo tuvimos que limpiar con muchos litros de suero y don Ángel Román le dio la anestesia.

Pero lo tuvimos que revisar en vivo. Hasta eso que se portó muy valiente. Creo que el mismo susto le sirvió para paralizarlo. Revisamos sus tripas. Afortunadamente no se cortó ninguna. Únicamente el mesenterio hubo que suturarlo. A propósito, el mesenterio es una membrana conjuntiva que fija diversas estructuras del intestino delgado a la parte posterior del abdomen. Te digo que le abrimos la herida, la revisamos, y como únicamente se le salieron las tripas, le pusimos tres drenes pélvicos, y le suturamos la herida, esperando lo peor, la peritonitis. En toda La Paz, sólo conseguimos cien mil unidades de penicilina, pero el condenado chamaco no tuvo ni siquiera una calentura. Hace poco oí que me hablaba alguien en una sala del hospital. Era el mismo chamaco, ahora convertido en un tremendo hombrón. No lo reconocí de momento, hasta que me dijo: Pero doctor..., cómo que no me recuerda, si soy el del menudo... . Fíjese —me dijo—, que estoy tan sano, que nunca he padecido ni siquiera un dolor de estómago... Cosas de Dios... —reflexiona el médico.

Eran tiempos muy duros todavía para la medicina en el estado, entonces todavía Territorio. No teníamos instrumental. Muchas veces recurrimos a operar con birloquín de carpintero. Nos duraban de dos a tres operaciones las cuchillas de carey esterilizado. Hacíamos placas y agarradores. Usábamos también alambre de plata, pero en adultos, cuando el hueso ya no crecía.

Recuerdo también el caso de un hombre que iba al aeropuerto y el carro se volcó, cayéndole en el brazo. Le despedazó el antebrazo, quedándole únicamente la arteria radical. Estaba listo para que se lo amputaran, pero el doctor Lico Cardoza, el viejo, y yo, quisimos hacerle la lucha. Le limpiamos quirúrgicamente los nervios. No estaban dañados ni trozados. Lo tuvimos abierto un tiempo, e inventé enyesarle el brazo con alambón de construcción, esterilizado. Tuvimos que unir los pedazos y hacer una

especie de jaula. Poco a poco empezó a mover el brazo. Después de seis o siete operaciones, y luego de otros tantos meses, ya estaba sano; pero eso sí, la mano le quedó inútil.

Años después, ya en el Seguro Social, me habló el *Manelich*, Manuel Taylor, para decirme que en el hospital había un borracho, esposo de una mujer que acababa de dar a luz, que estaba insultando a todos y queriéndose llevar a la mujer para su casa. Llegué al Seguro Social, muy enojado, porque es cierto que ahí estamos para atender a la gente, pero no para aguantarle majaderías a nadie; y al ver al borracho le metí una buena maltratada, y le dije: Se la va a llevar cuando yo lo disponga, ¡y estése en paz o lo mando a la cárcel, aquí le aguanto sus majaderías pura fregada! El borracho se me quedó viendo, y me dijo muy contrito: Como usted quiera, mi doctorcito. Yo soy el del brazo desconchinflado... Efectivamente, era el mismo al que años antes habíamos operado Lico Cardoza Carballo y yo. Se me cuadró como militar, y me pidió perdón, repitiendo: Con usted, nada, doctorcito. Lo que usted mande. Todo está bien. Todo lo que usted disponga.

Graciela y yo tuvimos cuatro hijos: Graciela, casada, vive en Monterrey, me ha dado varios nietos; Teresita, casada con Guillermo Ibarra Salgado, también me han dado nietos; el licenciado Enrique Von Borstel Álvarez, casado con Silvia Salgado Ruffo, también con descendencia; y Ricardo, el más chico, que estudia odontología, a punto de terminar su carrera. Guillermo Ibarra Von Borstel, mi nieto mayor, es mi compañero de pesca y de paseos. El pobre tiene ya trece primas y ningún primo.

¿Cuáles son sus planes a futuro?

Probablemente me jubile en el Seguro Social, pero sin desligarme. Después de los sesenta años, ya parece que me deben algo, pero no quiero asistir a cursos de difusión, conferencias médicas, a presenciar y a ayudar en operaciones. Uno es tan simple, que cree que las cosas no van a funcionar sin uno,...que no serán igual,...cuando hay gente tanto o más valiosa que uno. Quiero ir en plan de enseñar, tanto al Hospital Regional Militar como al Hospital Salvatierra, al ISSSTE y al propio Seguro Social. Afortunadamente, en todos tengo muy buenos amigos; dedicarme, desde luego, a mi clientela particular. Afortunadamente, también aquí, en Baja California Sur, los médicos estamos muy unidos; nos ayudamos unos a

otros, sin recurrir a envidias ni boicotear a otros médicos. Una situación única en el país realmente, porque en otras entidades las situaciones se tornan insoportables. Antes de que se me olvide, quiero comentarte que cuando estudiante estuve tres años en la Cruz Roja, en México, DF, con Ernesto Amtmann.

Sobre mi currículum, debo decirte que fui el primer miembro del American College of Surgeon, elegido en Baja California Sur, en 1972; en 1967 ingresé a la Asociación Sinaloense de Ginecología y Obstetricia y a la Federación Mexicana de Ginecología y Obstetricia. Fui certificado especialista en ginecología y obstetricia por el Consejo Médico, con el examen respectivo, en 1972; certificado especialista en cirugía general por el Consejo Mexicano de Cirugía General, en 1978; miembro de la Asociación Médica de Sonora, en 1968; de la Sociedad de Cirugía de Mano del Caribe, de la Sociedad Latinoamericana de Medicina Aeronáutica y del Espacio y miembro honorario del International College Osteopathic Surgeon; y director de la Clínica Hospital del Seguro Social, de 1968 hasta 1979, ya que en octubre de ese mismo año me ascendieron a supervisor delegacional de los Servicios Médicos en el Estado.

Eso es lo que más o menos he logrado realizar dentro de mi profesión, escogida casi a fuerzas, por indicaciones y visión de mi padre; porque si me hubiera dejado hacer lo que yo quería, fuera comerciante. Así que ya ves, si mi padre no tenía más visión que yo mismo.

Doctor, ¿qué consejos les daría a las nuevas generaciones de médicos? Nos contesta con algo que, sinceramente, y sin querer lastimar a nadie, consideramos que debería ser el ideal que deben de perseguir quienes se dedican a esta difícil, sufrida, muy competitiva, pero muy noble profesión:

A los jóvenes médicos, les digo esto: que se preparen muy bien en la medicina; que estudien muy bien los principios básicos para ser buenos médicos, buenos cirujanos, buenos especialistas. Que nunca menosprecien consejos o ayuda sincera, que se acuerden que en 'Casa del jabonero, el que no cae resbala'. Que no se crean Dios, porque Dios nada más hay uno; que no desprecien, insisto, ningún consejo, así sea de un practicante o una enfermera, ya que ellos pueden darse cuenta de detalles que uno no, por la misma preocupación o por atender al paciente en lo

que creemos que es más urgente. Un cirujano puede tener quince, veinte o cien si tú quieres, operaciones exitosas, y eso hace que uno se llene de vanidad; pero, en una quizá nos falle, y eso hace que salgamos pensando que somos el médico más pendejo de todo el mundo, y que maldita la hora en la que estudiamos medicina. Ésa es la verdad. Nunca hay que llenarnos de vanidad, de soberbia, pensando que somos el non plus ultra de los médicos. Deben de escuchar hasta a los principiantes. Todos tienen algo muy bueno qué darnos.

Afortunadamente, agrega, aquí en La Paz siempre nos hemos consultado unos a otros, sin sentir ninguna cortedad. No somos infalibles. El médico debe de ser humilde. Cada enfermo es un caso distinto; tiene distintos antecedentes patológicos; influyen la herencia, el medio ambiente y tantos factores... La última palabra del médico la dice Dios..., aunque muchos nos empeñemos en negarlo y tratemos de suplantarlos... .

Ahora, afortunadamente, tienen mejor tecnología; pero deben también de trabajar en equipo y decir con honestidad las fallas. Pero el médico siempre deberá ser bueno, útil y honesto. No caer en la mercadotecnia de la profesión y únicamente pretender enriquecerse.

Al terminar la entrevista, no podemos menos que congratularnos de haberlo tenido como maestro en la secundaria Morelos. De que él sea sudcaliforniano; de que pertenezca a esta entidad tan necesitada de valores profesionales, intelectuales y morales. El doctor Enrique Von Borstel Labastida deja una profunda huella en la vida. Una gran enseñanza para las nuevas generaciones.

Murió años después. El cáncer acabó con su vida, pero no le arrebató el sentido del humor, la fortaleza de carácter. Fue valiente y un buen creyente en Dios, hasta el fin de sus días. El hospital del Instituto Mexicano del Seguro Social, aquí en La Paz, su ciudad natal, lleva su nombre, con mucho orgullo, y debido a sus grandes merecimientos como médico y como ser humano.

Contenido

Prólogo.....	5
Vidas con huella	9
Alma Consuelo Bátiz Ríos Taquígrafa parlamentaria bilingüe y contadora privada (Publicado en la revista <i>Nosotras</i> , julio de 1991).....	11
Lic. Jesús Antonio Álvarez Rico Un ejemplo a seguir: recordando (Publicado en la revista <i>Nosotras</i> , mayo de 1981)	19
Monseñor Juan Giordani Misionero comboniano	27
Aída Castro de Domínguez Una mujer plenamente realizada	35
Profr. Silvestre Hirales Carballo Un gran ser humano y maestro ejemplar	43
María Salgado de Sotelo Valiosa mujer sudcaliforniana.....	53

Don Antonio Olachea Montejano Ranchero sudcaliforniano (Publicado en la revista <i>Nosotras</i> , junio de 1989)	65
Flora Zermeño Ojeda Periodista y luchadora social.....	73
Profesora Rosa Hirales Carballo de Beltrán.....	83
C.P. Manuel Jorge Santa Ana González Un valioso ser humano.....	91
Jesús Leonor (Quichu) Isáis Verdugo Concertista de piano	99
Xóchitl y Aldo Una bella historia de amor	125
Rubén Alejo Aréchiga Espinoza Abogado, notario público y hombre de bien.....	135
Don Ramón Briceño Ruelas Honradez, tesón e ingenio.....	147
Ingeniero Francisco Domínguez Salgado Orgullosamente todosanteño	157
Carlos Pizzioli Ferrari Misionero por la gracia de Dios.....	173
Doctor José Santa Ana Piñeda Cardiólogo	179
Carlota Salgado Domínguez de Coronado Pionera del Valle de Santo Domingo	197

Anita Ruibal Cosca

Prestigiada partera y un ser humano excepcional 209

Doctor Enrique Von Borstel Labastida

Ginecólogo y ser humano excepcional 221

Vidas con huella

Se terminó de imprimir en Formas e Imágenes, S.A. de C.V. en septiembre de 2018.

La impresión de interiores se realizó en papel Cultural de 90 gr.

Impresión de forros en cartulina Couché de 300 gr.

Su tiraje consta de 500 ejemplares.